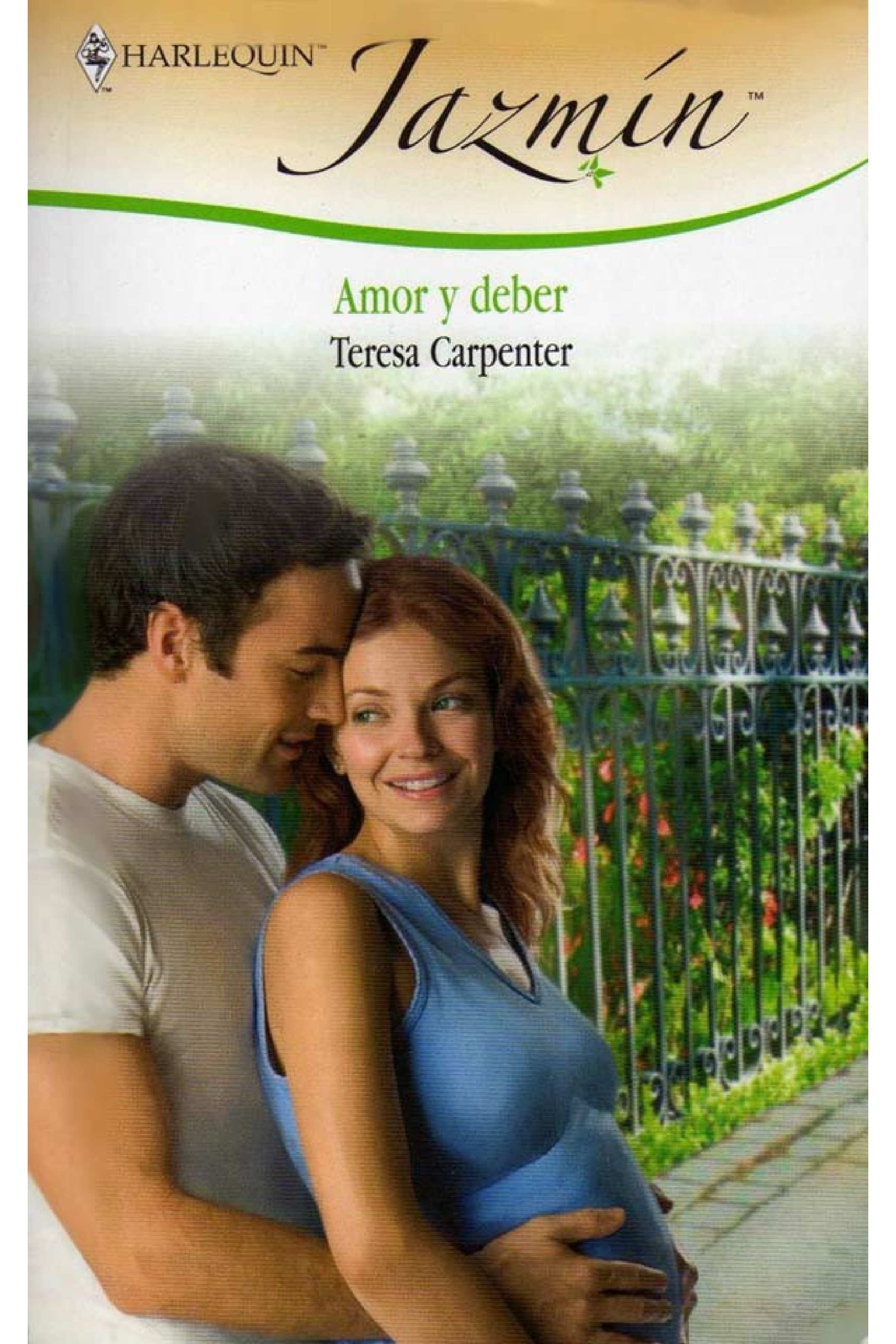
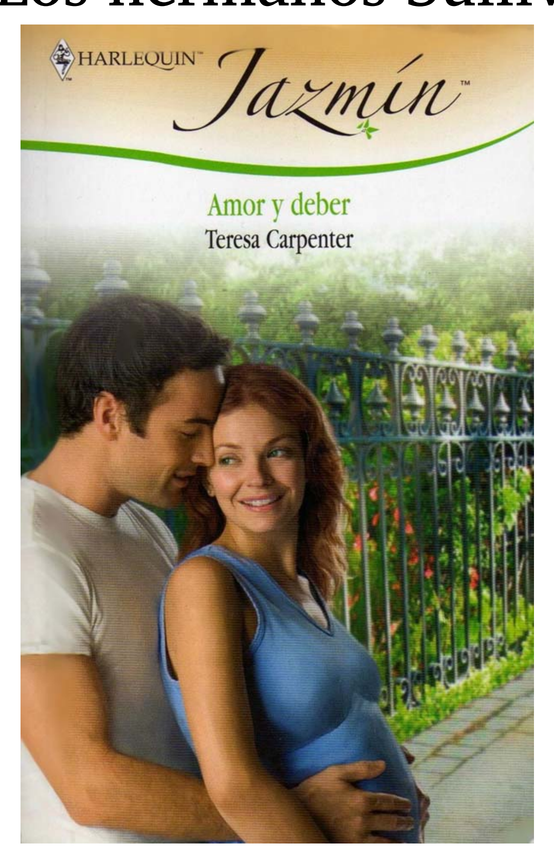

HARLEQUIN™
Jazmín™
Amor y deber
Teresa Carpenter

Amor y deber

Teresa Carpenter

3º Los hermanos Sullivan



Amor y deber (2008)
Título Original: Her Baby, His Proposal (2008)
Serie: 3º Los hermanos Sullivan – 9º Multiserie Bebé a bordo
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2231
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Brock Sullivan y Jesse Manning

Argumento:

El militar se había convertido en padre a tiempo completo… pero no en esposo.

Como miembro de las Fuerzas Especiales de la Marina, Brock Sullivan vivía de acuerdo con su propio código de honor, un código que no le permitía ver cómo Jesse tenía que apañárselas sola estando embarazada. No tenía por qué ayudarla, pero decidió ofrecerle cierta seguridad mientras él estaba lejos luchando por su país.

Jesse estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por su hijo, incluso a renunciar a su sueño de encontrar el amor y convertirse en la esposa de conveniencia de Brock. Pero su marido volvió inesperadamente después de que lo hirieran en una batalla y lo que era un simple matrimonio de conveniencia se convirtió en algo mucho más complicado.

Capítulo Uno

Hola, nena. Lo hemos pasado bien, pero se acabó. No puedo ser padre. Como tú misma dices, todavía no he madurado. Te deseo lo mejor. Buena suerte con el niño.

Tad

PD: He usado el ordenador de Tracy para abrirte una cuenta on-line y he sacado el dinero que me debías. La contraseña es «adiós».

Jesse Manning arrugó la nota pegada a la prueba de embarazo y la tiró. Mensaje recibido. Angustiada, corrió al ordenador de Tracy y entró en su cuenta. Tad la había dejado sin blanca, sola y, quizá, aunque rogaba que no fuera así, embarazada.

Se retiró el rojo cabello del rostro y respiró profundamente para ahuyentar el pánico.

Con una risa histérica recordó que era Tad quien le debía dinero a ella, y quien había insistido en que abriera una cuenta en el banco.

Además, Tracy le había pedido ciento cincuenta dólares porque no le alcanzaba para pagar el alquiler, así que su situación financiera y emocional era dramática.

Llamó al banco para intentar anular la transferencia, pero le dijeron que debía hacer la reclamación por escrito y avisar a la policía del robo.

Jesse pensó que lo haría. Ya no protegería a Tad. Lo que había hecho era imperdonable.

Su desaparición no le sorprendía. En realidad hacía tiempo que su relación había acabado. Lo increíble era que no tuviera en cuenta que no sólo le robaba a ella sino, al menos potencialmente, a su hijo.

Un año antes le había dejado y se había mudado a San Diego, pero cometió el error de creer que había cambiado cuando, tres meses atrás, se había presentado a su puerta.

Con el dinero, Tad acababa de robarle sus sueños. Una vez más. Deseaba enseñar y llevaba tiempo ahorrando para poder pagarse los estudios mientras conseguía el derecho de residencia en California.

Tendría que volver a empezar de cero.

Dejó a un lado la prueba de embarazo, se peinó el cabello, se

puso rímel y corrió al autobús. No pensaba sufrir porque Tad la hubiera dejado. No lo merecía.

Mientras trabajaba en la hamburguesería Green Garter, cerca del puerto, siguió reflexionando sobre su desastrosa situación económica. Así que cuando Stan le dijo que necesitaba personal para el turno de la tarde, se ofreció a cubrirlo.

—¡Pelirroja! —la llamó alguien—. Necesitamos otra ronda.

Jesse apretó los dientes al oír el odiado apelativo y asintió con la cabeza para indicar que había oído. Por el rabillo del ojo vio a su jefe con una amplia sonrisa para recordarle que así era como debía tratar a los clientes y, obedientemente, sonrió.

Para cuando empezó el segundo turno, sentía dolor de cabeza y una punzada en el estómago le recordó que no había comido. Aun así, no tenía ganas de comer. Sabía que debía hacerlo para mantener el nivel de energía, pero los últimos días había estado inapetente. Algo a lo que no había dado ninguna importancia hasta que se dio cuenta de que no le había bajado el periodo.

Pero aquél no era el momento de pensar en su posible, aunque poco probable, embarazo. Quizá no se trataba más que de agotamiento. Lo cierto era que la comida le daba náuseas, y eso complicaba un tanto su trabajo. El olor a aceite, combinado con el de sudor y bebida no contribuían a que se sintiera mejor. Mucho antes de que se acabara el turno ya se arrepentía de haberlo aceptado. Tendría que estar hasta las tres de la mañana y durante esas horas, esquivar las sobonas manos de los marineros se convertiría en un ejercicio tísico para el que no estaba preparada.

—Jesse, la comanda está lista.

Jesse bebió un sorbo de cola para asentar su estómago antes de seguir.

El capitán Brock Sullivan entró en Green Garter para tomar una copa y descansar. La música *country* sonaba lo bastante alta como para impedir pensar, y el olor a cebolla frita y a carne a la plancha impregnaba el aire.

Precisamente lo que necesitaba.

De una ojeada, reconoció a algunos amigos y detectó algunos alborotadores. También a la camarera de ojos marrones y cabello rojo. La elección entre Mac's Place y el Green Garter solía resultar sencilla gracias a que las camareras del último eran mucho más

simpáticas y bonitas.

El barco partía al extranjero en seis días y había pasado sus horas de servicio instruyendo a la tropa sobre procedimientos internacionales. Las cuatro horas restantes, se había ocupado de sus propios asuntos.

—¡Brock! —lo llamó alguien desde el fondo del bar. Él saludó con la cabeza al tiempo que rechazaba la oferta de los oficiales de unirse a ellos, y ocupó su mesa habitual.

Quería una cerveza, una hamburguesa y un par de horas para relajarse.

Cómodamente sentado, con las piernas estiradas, contempló a la pelirroja que se acercaba a su mesa. Aunque lo acusaran de machista, no podía evitar que le gustara una mujer con piernas largas y minifalda negra, completada con una camisa blanca que dejaba ver un generoso escote.

Era una lástima que Jesse fuera demasiado joven para él porque la idea de comprobar entre las sábanas si era tan apasionada como su cabello anunciaba le resultaba extremadamente tentadora. Siempre le hacía pensar en un tiempo de juventud y esperanza, en otro mundo y otra mujer perdidos hacía tiempo. Después de dieciséis años, Sherry raramente ocupaba su pensamiento, pero cuando lo hacía, el sentimiento de culpa que despertaba en él lo acompañaba durante días.

—Buenas tardes —dijo la pelirroja con voz apagada al tiempo que pestañeaba como si le costara enfocar—. ¿Qué quiere tomar?

Al ver su extrema palidez y que se balanceaba sobre los pies, Brock fue consciente de que no se encontraba bien.

—¿Te pasa algo? —preguntó instintivamente, sujetándola por el codo.

—Creo que necesito sentarme —Jesse se humedeció los secos labios, pero Brock vio que sudaba y que apretaba con fuerza su cuaderno de notas—. Estoy mareada.

Brock se puso en pie de un salto para ayudarla, pero antes de que le retirara una silla, Jesse colapsó en sus brazos.

—Jesse —una voz insistente, amable, la llamaba—. Jesse, recupérate.

Ella intentó recordar dónde estaba. Era el Green Garter, pero ¿qué hacía en el suelo? ¿Por qué le daba vueltas la cabeza? ¿Qué

había pasado?

—Echaos atrás, dejadle espacio. ¿Jesse? Abre esos preciosos ojos.

Reconocía la voz, pero no lograba ponerle cara. Abrió los ojos y le deslumbró la luz del techo. Parpadeó y miró en otra dirección. Notó algo bajo la cabeza. Alguien le había puesto una cazadora que olía a almizcle y que le permitió identificar al hombre que se inclinaba sobre ella intentando reavivarla.

Brock Sullivan.

—Vamos, cariño, así me gusta, abre los ojos —el olor a pasta de dientes le indicó lo próximo que se encontraba.

Demasiado cerca. Pronto se daría cuenta de que había recuperado la conciencia y ella tendría que abrir los ojos y mirarlo.

Brock Sullivan, capitán de navío, amable y respetuoso, al que siempre acudían los marineros en apuros. Un verdadero caballero en todo, menos en la hambrienta mirada que a veces le dirigía, como si quisiera comérsela.

Más de una vez, Jesse había pensado que, de no haber estado con Tad, habría dejado que lo hiciera. Aunque debía pasar de los treinta era un hombre espectacular, alto, fuerte, fibroso, con unos anchos hombros que parecían poder soportar el peso del mundo entero. ¿Cómo no sentirse tentada, sobre todo mirando aquellos profundos ojos azules?

Había oído a los jóvenes de la marina hablar de él con respeto y algo de temor, de lo que había deducido que era severo, pero justo. Les ayudaba en momentos difíciles a condición de que aprendieran de sus errores.

Se sentía avergonzada de haberse desmayado ante él y por un segundo pensó que, si se quedaba inmóvil, él y los demás se olvidarían de ella y la tierra se la tragaría. ¿No era California la tierra de los terremotos? ¿No podía tener suerte y que se produjera uno en aquel momento?

—No reacciona —dijo otra voz—. Tenemos que llamar a urgencias. Tiene que ir al hospital.

Jesse abrió los ojos alarmada. No podía permitir que la llevaran al hospital. No tenía dinero para pagar el servicio médico.

—Bienvenida —la saludó Sullivan mirándola fijamente con sus impresionantes ojos azules—. Llevas un par de minutos desmayada. ¿Cómo te encuentras?

Al ver la preocupación que reflejaba la mirada de Sullivan, Jesse

esbozó una sonrisa.

—Regular.

—¿Te duele algo?

«El orgullo», pensó Jesse. La cabeza le retumbaba, seguía sintiendo náuseas y notaba una punzada de dolor debajo de la cintura. Pero se le pasaría con beber un poco de agua y volver al trabajo.

—Estoy bien. No he almorzado y me ha dado un pequeño mareo.

—¿Almorzar? —dijo Brock con sorna—. Son las diez. ¿Eso significa que tampoco has cenado?

—Puede —dijo ella, incómoda por sentirse en una posición tan débil—. Pero ya estoy bien.

Para demostrarlo, intentó sentarse. Su cabeza y su estómago reaccionaron al instante, pero disimuló y ahuyentó el temor que se instaló en su mente.

—Tranquila —Sullivan la ayudó sujetándole un brazo y la espalda.

Jesse se apoyó en él para ponerse en pie. Cada milímetro era un esfuerzo, pero consiguió sentarse en una silla que le ofreció su jefe, Stan.

Jesse se dio cuenta de que era él quien había sugerido llamar a la ambulancia. Se cuadró de hombros para demostrar que estaba bien. No podía enfermar. Miró a Stan fijamente.

—Lo siento. Ya estoy mucho mejor.

En cuanto pronunció aquellas palabras, la visión se le nubló y echó la cabeza hacia delante para que el cabello ocultara su rostro. Sintió un sudor frío en la frente y supo que estaba a punto de volver a desmayarse. Pero no podía permitírselo.

Una mano delicada y al mismo tiempo firme le empujó la cabeza hacia delante hasta que descansó sobre sus rodillas. Enseguida notó que la sangre le volvía a circular, pero el dolor del vientre se intensificó y se llevó la mano al costado instintivamente.

—Se acabó —dijo Sullivan—. Te llevo a urgencias.

—No —protestó Jesse. Intentó incorporarse, pero él la retuvo sujetándole la cabeza con firmeza. Con la mirada fija en el suelo, siguió argumentando que no necesitaba atención médica—. Sólo es un dolor de cabeza —intentó convencerlo—. Con una aspirina y una hamburguesa se me pasará.

Se incorporó y en aquella ocasión él la soltó. Jesse se puso en

pie y lo miró con gesto decidido.

—No pienso ir al hospital.

Su irritación no impresionó a Sullivan.

—De acuerdo —se cruzó de brazos—. Demuestra que puedes caminar hasta la barra y te dejaré en paz.

Jesse miró hacia la barra diciéndose que lo lograría. No tenía opción. No podía quedarse sin trabajo. Se irguió para recuperar el equilibrio y dio dos pasos. Sullivan se mantuvo a su lado. Jesse quería lanzarle una mirada fulminante, pero no tenía energía.

Al oír a Martina McBride animarla, Jesse miró a su alrededor y vio que la observaban todos los clientes, desde los marineros a los mandos, y se sintió como si la pasearan por la borda con la única diferencia de que los que la observaban no eran sus enemigos.

Dio un paso en falso y se tuvo que apoyar en una mesa. Un joven se puso en pie de un salto y la tomó por el codo. Ella sacudió la cabeza frenéticamente. Tenía que hacerlo sola. Pero ya era demasiado tarde.

Sullivan se adelantó, le rodeó la cintura con un brazo y la condujo hacia la puerta.

—Apóyate en mí.

Su solidez era demasiado tentadora como para resistirse. Consciente de que había hecho todo cuanto podía para fingir que no pasaba nada, descansó en él. Obligarse a comer una hamburguesa no iba a servirle de nada.

—Espera —dijo cuando llegaban al coche—, necesito el bolso y el abrigo.

Stan se los llevó en cuestión de segundos.

—Ojalá no sea nada —dijo, dirigiéndose a Sullivan.

—En cuanto sepa algo, te llamo —dijo él. Y la ayudó a subir al asiento del acompañante.

—¿Quieres que avise a alguien? —preguntó Stan.

Jesse pensó en la nota de despedida de Tad y negó con la cabeza.

Miró el perfil de Sullivan de soslayo, tan firme, tan seguro. Probablemente no había cometido ni un error en toda su vida. ¿Cómo podría entender una vida como la suya, plagada de errores? ¿Cómo explicarle a alguien así que cada día era una lucha por sobrevivir?

Claro que era lógico ir al hospital. El problema era no tener dinero para pagarlo. Había llegado el momento de decirlo.

Carraspeó.

—Escuche… —¿cómo debía dirigirse a él?

Sullivan la miró de reojo y le tendió la mano.

—Brock Sullivan. Puedes llamarme Brock.

Capítulo Dos

—Me llamo Jesse —dijo ella, tomando la mano de Brock.

—Encantado, Jesse, pero si pretendes convencerme de que no te lleve al hospital, ahórrate el esfuerzo.

—Estoy bien, de verdad.

Brock sacudió la cabeza.

—Te has desmayado y uno no se desmaya sin motivo. Además, te has llevado la mano al costado como si te doliera. No pienso dejarte hasta que te haya visto un médico.

—¡No tengo dinero! —dijo ella, avergonzada—. No puedo pagar la tarifa de urgencias.

Brock la miró como si no comprendiera el problema.

—Yo pagaré. Ya me lo devolverás.

Hizo que sonara un plan tan razonable que Jesse se sintió aún peor.

—No puedo permitirlo.

—¿Por qué no?

Jesse no podía explicarle que no comprendía cómo un extraño mostraba más interés y compasión por ella que Tad.

Sólo llevaba en San Diego un año, así que no era una experta en las normas de la marina, pero sí había aprendido que la reputación de un marino era lo más valioso que tenía. La Armada apoyaba a las familias, y censuraba a los marineros que no afrontaban sus responsabilidades.

Brock merecía que le diera una explicación.

—No puedo permitir que pagues porque creo que el médico va a decirme que estoy embarazada.

Se produjo un breve silencio. Jesse vio que Brock enarcaba las cejas para luego recomponer el gesto.

—Entonces, es imprescindible que te vea un médico, ¿no crees? —fue todo lo que dijo.

—Supongo que tienes razón —Jesse se acurrucó en el sillón, rodeándose la cintura con los brazos. Desde que había sospechado que podía estar embarazada, sus sentimientos habían estado cargados de duda y miedo.

No se trataba de que no quisiera tener hijos, sino de que siempre había pensado que los tendría cuando tuviera una carrera, marido,

un hogar.

Su presente era pura inestabilidad, sin futuro, sin novio, y en un destartalado apartamento que compartía con una amiga con la que no podía contar.

—Te he oído decir a Stan que no había nadie a quien avisar. ¿Quiere decir eso que el padre está ausente?

—Se ha marchado —dijo ella, consciente de que no tenía sentido mentir—. Se ha ido dejándome una nota de despedida.

—Puede que si supiera…

Jesse alzó la mano rápidamente para interrumpir a Brock.

—Ha dejado la nota pegada a la prueba de embarazo que compré ayer. La encontró en mi bolso cuando buscaba el dinero de mis propinas. ¡Basura!

Jesse apretó los labios.

—Eso es un piropo. ¿Por qué estabas con un tipo así? —preguntó, furioso.

—Hace mucho, mucho tiempo, estuve enamorada de él —Jesse rió quedamente—. Lo gracioso es que rompí con él y me mudé a San Diego para empezar de nuevo.

Brock la miró de reojo.

—Pero volvisteis a encontraros.

Jesse cerró los ojos y apoyó su dolorida cabeza en el fresco cristal de la ventanilla.

—Se presentó hace unos meses en mi casa, jurando que había cambiado. Al principio no le creí, pero después de un tiempo consiguió convencerme.

Sus palabras fueron recibidas con un desconcertante silencio. Jesse abrió los ojos y miró el perfil de Brock, cuya silueta se recortaba contra las luces del exterior.

—Lo siento —dijo ella—. Supongo que todo esto es demasiado personal para contártelo. Cometí un grave error y ahora estoy completamente sola —concluyó, más como si pensara en voz alta que dirigiéndose a él.

Ésa era la razón de que no se hubiera enfrentado a la posibilidad de estar embarazada, ni se hubiera planteado el futuro de su bebé, si es que lo estaba. Un frío helador le recorrió la espalda al pensar que con su actitud podía haber perjudicado al bebé. Brock posó su fuerte mano sobre la de ella.

—Esta noche no estás sola.

Brock mantuvo su palabra y permaneció junto a ella en la sala de espera hasta que el médico le pidió que lo dejara a solas con Jesse para examinarla.

El doctor Wilcox, un hombre mayor de cabello canoso la palpó cuidadosamente y le hizo una serie de preguntas extremadamente personales sobre sus relaciones sexuales y la fecha de su último periodo.

Mientras el doctor acababa la exploración, Jesse, con la mirada fija en el fluorescente del techo, se tuvo que morder el labio para no reír. En una sola noche había desvelado sus más oscuros secretos a un total desconocido y a un médico.

—Puede incorporarse —dijo el doctor Wilcox. Tras explicarle que estaba deshidratada, pidió a una enfermera que le pusiera suero intravenoso. A continuación llamó a Brock—. La señorita Manning está embarazada.

El médico siguió hablando, pero Jesse ya no escuchó nada más porque su mente invocó la imagen del bebé que estaba creciendo en su interior.

En unos segundos, sintió una desbordante ternura, los ojos se le llenaron de lágrimas y se llevó las manos al vientre a la vez que se arrepentía de cada pensamiento negativo que había tenido respecto a la posibilidad de estar embarazada. Un profundo sentimiento estableció al instante un vínculo inquebrantable entre ella y su hijo, y juró que nunca le fallaría.

—Señorita Manning, ¿me está escuchando? —preguntó el doctor Wilcox.

Jesse pestañeó repetidamente para salir de su ensimismamiento.

—¿Perdón?

Brock le apretó la mano afectuosamente y dijo:

—Será mejor que empiece de nuevo, doctor.

—Va a tener que cuidarse mejor —dijo el médico, incluyendo a Brock en una mirada reprobadora—. Además de estar deshidratada, tiene una infección de riñón y falta de hierro, por lo que me dice, está embarazada de dos meses y el primer trimestre es el más peligroso para el feto.

La severidad de la mirada con la que acompañó sus palabras hizo que Jesse se sintiera diminuta, especialmente cuando vio que, una vez más, incluía a Brock en la reprimenda.

—Doctor, se equivoca…

El médico alzó un dedo con gesto severo para interrumpirla.

—No me corresponde entender, señorita. Si quiere tener ese hijo, tendrá que realizar algunos cambios. En primer lugar, debe pasar veinticuatro horas en reposo, seguidas de un mes de escasa actividad.

—Un mes… —susurró Jesse, desconsolada.

—Necesita descansar y comer con regularidad, además de beber mucha agua. El zumo de arándanos es bueno para la infección de orina —continuó el doctor a medida que escribía en un papel—. Le recomiendo que vea a un obstetra —se puso en pie y guardó el bolígrafo y el cuaderno de notas en el bolsillo de su bata—. Buena suerte, señorita Manning —le estrechó la mano y, tras saludar a Brock con un gesto de la cabeza, salió de la habitación.

Con la mirada ausente, Jesse repasó el doblez del papel una y otra vez. Brock se lo quitó y lo guardó en su bolso.

—¿Estás bien? —preguntó.

Jesse quería disculparse por la actitud que el médico había adoptado hacia él al hacerlo parcialmente responsable de su situación. Alargó la mano hacia él y Brock, sin titubear, la tomó y se sentó en la silla que el médico había dejado vacía junto a la cama.

—Muchas gracias por todo —dijo ella, esbozando una sonrisa de agradecimiento; le miró a los ojos y en ellos sólo encontró empatía —. Tenerte a mi lado ha sido una gran ayuda.

—Me alegro —se limitó a decir él.

Jesse se mordisqueó el labio.

—Siento que el médico te haya…

—Calla —Brock le apretó la mano—. No eres responsable de lo que el médico haya pensado.

—Pero…

—Jesse, el mundo está lleno de gente que opina sin saber. La vida es demasiado corta como para preocuparse de cosas así.

—Aun así, lo siento. Y quiero que sepas que no tienes por qué quedarte más tiempo.

Brock no hizo ademán de moverse.

—Me quedaré hasta que se acabe el suero y te envíen a casa.

Jesse suspiró aliviada porque no quería quedarse en aquel lugar frío e impersonal donde la gente la juzgaba, pero la solución salina goteaba lentamente y no podía consentir que Brock perdiera más tiempo por ella, especialmente teniendo en cuenta que acababa de dar la una de la madrugada.

—Ya has hecho más que suficiente. Estoy segura de que podré volver sola a casa.

Brock se cruzó de brazos, se reclinó sobre el asiento y la miró fijamente.

—¿Cómo? ¿En autobús?

—No —Jesse calculó las propinas que tenía y mintió—. En taxi.

Brock tomó con el dedo su barbilla y la obligó a mirarlo.

—No intentes engañarme, Jesse. Es imposible que vayas a pagar un taxi cuando ni siquiera sabes cómo vas a pasar un mes sin trabajar.

Jesse se ruborizó. Sus miradas se encontraron y finalmente ella desvió la suya por temor a suplicarle que se quedara.

—Ya me las arreglaré —insistió.

Brock se puso en pie y una oleada de desilusión la invadió. Se marchaba. Jesse no logró forzar una sonrisa. Tragó saliva para no llorar.

—Adiós.

—Sólo voy a la cafetería. ¿Quieres que te traiga algo? No has comido nada.

Jesse abrió los ojos desorbitadamente.

—¡Dios mío! ¡Tú eres el que no ha comido nada! —exclamó.

Brock le guiñó un ojo.

—No te preocupes, sobreviviré. ¿Quieres que te traiga alguna cosa?

Jesse tenía todavía el estómago revuelto.

—Como mucho alguna galleta salada y zumo de arándanos.

—Muy bien. ¿Por qué no cierras los ojos e intentas descansar?

—Eso haré —asintió ella, aunque en el fondo no quería que Brock la dejara.

Con él se sentía a salvo. Sin él el hospital resultaba inhóspito y desangelado. Pero no debía olvidar que Brock sólo pasaría unas horas en su vida y que, cuanto antes lo asumiera, mejor.

Capítulo Tres

Para cuando llegaron a casa de Jesse eran casi las dos de la madrugada. Brock observó con desaprobación el deteriorado aspecto del edificio aunque, dado el vecindario en el que se encontraba, no le sorprendió.

Jesse se tropezó en las escaleras y él la sujetó por la cintura. Estaba exhausta física y emocionalmente y también Brock era presa de la fatiga. En menos de cuatro horas tendría que estar en pie para seguir con los preparativos de la misión a la que partirían en unos días.

Cuanto antes dejara a Jesse en la tranquilidad de su hogar y retomara a su vida, mejor. Jesse era encantadora y algo mayor de lo que siempre había creído, pero había una diferencia de doce años entre ellos, lo que la convertía, comparativamente, en una niña.

Jesse se detuvo ante una puerta tras la que se oía el retumbar de música y puso cara de contrariedad. Posó una mano sobre el pecho de Brock e hizo un esfuerzo por sonreír. Fingir no era una de sus habilidades.

—Gracias por haberme ayudado —dijo titubeante, y aunque pareció querer añadir algo más, abrió la puerta y entró.

La habitación estaba llena de humo. Tres personas, dos hombres y una mujer, estaban medio tiradas entre el sofá y los sillones. Del aparato de música colocado sobre una caja de plástico que servía al mismo tiempo de baúl y de mesa de café, salía *hip-hop*.

Al respirar el humo, Jesse palideció. Haciendo acopio de valor, alzó la barbilla y se despidió de Brock.

—Nunca olvidaré lo que has hecho. Te deseo lo mejor.

Brock volvió hacia las escaleras, pero su sentido del deber le hizo retroceder. El recuerdo de Sherry parecía perseguirlo aquella noche. De haber escuchado a su hermano dieciséis años atrás, no habría perdido aquello que más le importaba. De un plumazo había perdido a su prometida, su futuro y el respeto de su familia. Por eso sabía que, si se marchaba en aquel momento, la imagen de Jesse le perseguiría durante meses.

Dio media vuelta y, llamando a la puerta, entró. Los tres ocupantes le miraron con expresión extraviada.

—¿Qué hay, amigo? —dijo uno de los hombres, irguiéndose

levemente—. ¿Traes algo contigo?

Brock le ignoró y fue hacia lo que suponía eran los dormitorios, asumiendo que Jesse habría ido directa a la cama, pero un movimiento en un lateral reclamó su atención. Jesse estaba sentada ante la mesa de la cocina, con la cabeza apoyada en las manos.

Alzó la mirada cuando Brock se detuvo a su lado. Sus ojos brillaban con rabia a través de las lágrimas.

—Mi cama está ocupada.

Brock se inclinó y le acarició el cabello a la vez que preguntaba:

—¿Cuál es tu dormitorio?

—El de la derecha.

—Recoge tu bolso y tu chaqueta. Enseguida vuelvo.

Jesse lo sujetó por la muñeca.

—Brock, no te molestes.

Él le soltó la mano con suavidad.

—Tranquila —dijo—. Será mejor que también metas en el neceser todo lo necesario. Vas a pasar la noche en mi casa. Dormirás en la habitación de invitados.

Luego fue al repartidor, abrió la puerta de la derecha y encendió la luz. El hombre y la mujer que ocupaban la cama se separaron de un salto.

—¡Oye, tú! —gritó el hombre—. ¡Fuera de aquí! ¡La habitación está ocupada!

La mujer se cubrió con la sábana. El hombre se tapó la entrepierna con una almohada.

—Ya no —dijo Brock en el tono que reservaba a los reclutas díscolos—. Vestíos y salid de aquí. Ésta no es vuestra habitación.

—Tracy ha dicho que podíamos usarla —masculló el hombre en tono beligerante.

—No es Tracy quien paga la habitación, sino Jesse, y ella no os ha dado permiso, así que fuera de aquí ahora mismo.

La pareja lo miró como si no hubieran oído la orden. Brock los ignoró y, cruzando la habitación, sacó del armario una bolsa que llenó con lo que consideró básico para que Jesse pasara la noche fuera.

Después volvió a la cocina, donde ella lo esperaba con el bolso, el abrigo y el neceser.

—¿Estás lista? —preguntó él, ayudándola a ponerse el abrigo.

Detrás de él salieron el hombre y la mujer, y se marcharon del piso. Brock ni siquiera se molestó en mirarlos ni mucho menos en

responder a sus miradas de odio. Jesse les vio salir y, con una inexpresividad en su rostro que indicó a Brock lo exhausta que estaba, comentó:

—Se han ido. Ya no hace falta que me marche.

Brock la vio mirar hacia la puerta del dormitorio con cara de repulsión y supuso que no le tentaba la idea de dormir en una cama que acababa de ser usada por otros, y no precisamente para descansar. Pensara lo que pensara, daba lo mismo, porque él no pensaba dejarla en aquel lugar.

—¿Puedes andar o te llevo en brazos?

—Ya has hecho demasiado por mí.

Jesse alzó la barbilla con gesto digno, aunque sus ojos le miraban con expresión suplicante, y de pronto Brock no supo si quería que la dejara en paz o que insistiera. Lo único que sabía era que no tenía ni la energía ni la capacidad de leer su mente.

—Jesse —se oyó una voz aguda—. ¿Quién es ese hombre? ¿Dónde está Tad?

Brock volvió la cabeza y fijó la mirada en la mujer rubia de aspecto ebrio sentada en el borde de un sofá marrón. Por fin alguien parecía interesarse por Jesse. Había llegado a creer que no tenía absolutamente a nadie para cuidarla durante el embarazo.

Quizá Jesse quisiera que la dejara sola.

—Es mi compañera de piso, Tracy —dijo Jesse, antes de alzar la voz y añadir—: Tad se ha ido.

La mujer frunció el ceño y apagó el estéreo.

—¿Qué has dicho? —preguntó con una desagradable voz de pito —. ¿Dónde está Tad?

—Se ha ido —repitió Jesse.

—¿Adónde? —preguntó Tracy a la vez que se humedecía los labios—. Suele ser él quien trae la cerveza. ¿Cómo es que has vuelto tan pronto? Pensaba que estabas cubriendo el segundo turno.

Brock se dio cuenta de que aquélla no era una compañera de piso con cuya ayuda pudiera contar Jesse.

—¿Por eso has decidido celebrar una fiesta? —preguntó Jesse—. Esta mañana me has dicho que ibas a hacer un turno doble para pagarme lo que me debes del alquiler.

Tracy se encogió de hombros.

—Bueno, todavía falta mucho para el próximo pago —se excusó.

A lo largo de toda la noche, Brock había visto a Jesse mostrar valentía, pero en aquel momento la vio agachar la cabeza con gesto

abatido. La sujetó por la cintura y ella se apoyó en él. Por un momento pareció hacer el esfuerzo de recuperarse, pero súbitamente alzó la mirada hacia él y susurró:

—Por favor, sácame de aquí.

Brock no necesitaba más. Fue a tomarla en brazos pero ella dijo:

—Puedo caminar.

Brock asintió y, sin cruzar palabra con los demás, salieron.

Jesse durmió casi todo el día siguiente. Para cuando Brock la había metido en la cama no tenía ni fuerzas ni energía.

—Faltan pocas horas para que tenga que ir de servicio —de una manera completamente impersonal, Brock le ayudó a quitarse los zapatos, la falda y la blusa—. Duerme tanto como necesites. Come lo que quieras y descansa. Volveré para las seis.

Jesse se cubrió con las sábanas hasta la barbilla. Aunque no era propio de ella obedecer sin protestar, lo cierto era que nada le resultaba más tentador en aquel momento que dormir doce horas seguidas. Sin embargo, sentía una preocupación difusa que de pronto tomó forma.

—Tengo turno de mañana en la cafetería.

—El médico ha dicho que no debes trabajar —dijo Brock—. Yo mismo llamaré a Stan para decirle que no podrás acudir en un par de semanas.

Jesse iba a protestar, a decir que no podía permitírselo, pero lo siguiente de que tuvo consciencia fue de la luz del mediodía filtrándose por la persiana del dormitorio.

Se quedó adormilada, sin querer despertar a los dolores y preocupaciones que la esperaban cuando franqueara la frontera entre sueño y realidad. Finalmente, la necesidad de ir al cuarto de baño venció su resistencia. Sujetándose la dolorida cabeza, encontró el cuarto de baño azul y gris de Brock Sullivan y, súbitamente recordó todo: el bebé, la huida de Tad, la espantosa escena en su piso… Lo que no recordaba era haber sido atropellada por un camión, pero era la única explicación posible a los dolores que sentía por todo el cuerpo.

Se refrescó el rostro con agua fría y entonces recordó la caída en el Green Garter y la repugnante imagen de unos desconocidos ocupando su cama. El espejo reflejaba la cortina de ducha azul marino que tenía a su espalda. Se quitó el sujetador y las bragas y

se metió bajo el chorro de agua. Por unos maravillosos segundos consiguió olvidarlo todo excepto a Brock.

Sólo le quedaba la esperanza de haber tocado fondo, de no poder caer más bajo.

¿Qué haría? Un bebé estaba creciendo en sus entrañas. Posó las manos en su vientre mientras el agua caliente se deslizaba por su cuerpo. El médico había dicho que, si no quería perderlo, debía descansar y cuidarse. ¿Cómo iba a cuidarse y trabajar al mismo tiempo?

En primer lugar tendría que dejar de sentir lástima por sí misma. Así que cerró el grifo, se secó y fue a buscar la bolsa con sus cosas. Al no encontrar un camisón, se puso unas bragas limpias y decidió buscar una camiseta en el dormitorio de Brock.

La moqueta gris del vestíbulo se prolongaba en su dormitorio. El mobiliario era negro y de líneas rectas, y una colcha gris marengo cubría la cama que aquella mañana no había tenido tiempo de hacer.

La habitación olía como él, limpia y masculina. Jesse sintió que se le erizaba el vello. Había pasado la noche envuelta en aquel olor y le hizo recordar la eficiencia y consideración con la que Brock se había comportado. Junto a él, se había sentido cuidada y a salvo. Y quería seguir sintiendo lo mismo.

Así que, en lugar de buscar una camiseta limpia, se puso la camisa que Brock había dejado sobre una silla, se la llevó a la nariz y aspiró su aroma. Así era como él olía. Dando un suspiro, se la puso y al instante se sintió reconfortada.

A continuación fue a la cocina a tomar sus vitaminas con una botella de agua. Luego bebió un vaso de zumo de arándanos que Brock había comprado de camino a su casa. Habiendo agotado toda la energía de que disponía, se dejó caer sobre la cama.

—Disculpe, señor, ¿puedo hablar con usted?

Brock terminó de firmar un documento, lo entregó y se volvió hacia el marinero que reclamaba su atención.

—¿Qué puedo hacer por usted, Sánchez?

El joven miró a su alrededor, carraspeó y alargó el cuello. Brock lo miró inquisitivamente.

—¿Qué sucede, marinero? ¿Tiene algún problema?

—No, señor —el joven volvió a carraspear—. Señor…, me

preguntaba si… —suspiró profundamente antes de sonreír de oreja a oreja—. Me caso mañana, señor, y quería pedirle que fuera mi padrino.

Brock cruzó los brazos y miró fijamente al miembro de su tripulación. Las partidas tendían a favorecer decisiones precipitadas y, en la experiencia de Brock, la mayoría de los matrimonios fracasaban.

—¿Lo ha pensado bien, Sánchez? ¿Está seguro de que no quiere esperar a la vuelta? Sólo serán unos meses.

—No, señor —dijo el marinero—. Amo a Angela. Usted me hizo darme cuenta de ello cuando me preguntó por qué estaba siempre tan celoso. Quiero casarme con ella —bajó la voz—. Está embarazada, y quiero que goce de los beneficios de estar casada mientras yo esté ausente.

Sánchez podía estar nervioso, pero se le notaba feliz. Y no había duda de que estaba dispuesto a asumir sus responsabilidades. Brock no podía reprenderle por actuar como un hombre. Le tendió la mano.

—Enhorabuena. Estaré encantado de ser su padrino.

Cuando volvió a despertar, Jesse se encontraba mucho mejor. Uno de los síntomas de su mejoría era que tenía hambre. Fue a por una manzana y, para cambiar de escenario, en lugar de volver a la cama, se echó en el sofá.

Durante más de una hora reflexionó sobre posibles soluciones a su problema sin encontrar ninguna. Aún estaba pensando cuando Brock volvió.

En cuanto lo vio se sintió más animada, pero al mismo tiempo se dijo que no debía depender de él, que, con toda seguridad, Brock volvía para llevarla a su casa en cuanto descansara y se quitara el uniforme.

Brock se sentó en la mesa de delante del sofá y escrutó su rostro. Ella sonrió tímidamente.

—Tienes mejor aspecto —comentó él—. ¿Qué tal te encuentras?

—Descansada.

—Eso está bien —Brock se dio una palmada en las rodillas y se puso en pie—. Voy a preparar algo de cenar. Luego hablaremos.

¿De qué querría hablar? Jesse agradecía todo lo que había hecho por ella, pero no podía convertirse en una carga para él ni dejar que

siguiera cuidando de ella.

Consciente de todo ello, volvió al dormitorio en el que había dormido, hizo la cama y se puso la ropa. Cuando concluyó, se sentó en el borde de la cama, agotada por el esfuerzo.

No había llamado a Stan porque Brock había dicho que se ocuparía de hacerlo y porque no sabía muy bien qué le diría cuando finalmente hablaran. Sabía que, por el bien de su hijo, debía plantearse posibilidades en las que no quería ni pensar. Y si era eso de lo que Brock quería hablarle, podía ahorrarse la molestia.

Brock hizo unos filetes a la plancha, ensalada y patatas asadas. Jesse comió con desgana lo que pudo y disfrutó de verle comer y masticar concienzudamente cada bocado.

Él le contó cómo le había ido el día, entreteniéndola con divertidas anécdotas de la tripulación y de los preparativos para la partida. A Jesse le apesadumbró saber que se marcharía, al mismo tiempo que se reprendía por tener sentimientos que no le correspondían.

¿Acaso no había aprendido la lección con Tad? Debería desconfiar de los hombres en general. Su padre no había sido más que un espectador indiferente de su vida, Tad un parásito indiferente, y con toda seguridad, al día siguiente Stan se revelaría como un jefe indiferente.

Lo mejor que podía hacer era incluir a Brock en la categoría de desconocido indiferente y seguir adelante con su vida. Suspiró profundamente. Bueno, quizá entraría en la categoría del irresistiblemente guapo desconocido indiferente.

Que se hubiera mostrado solícito y atento no debía engañarla. Que hubiera hecho más de lo que le correspondía, tampoco. Que no la hubiera abandonado cuando no tenía por qué haber cuidado de ella, tampoco.

¿O sí? Porque lo cierto era que se había portado con ella mejor que nadie en toda su vida y aunque apenas lo conociera, lo cierto era que iba a echarlo de menos.

—¿Estás en condiciones de hablar? —dijo Brock, dándole un vaso de zumo de arándano al tiempo que se sentaba en un sillón al lado del sofá.

—No hace falta, Brock —dijo ella, esbozando una sonrisa—. Ya he hecho la bolsa y podemos irnos cuando quieras.

—No te precipites. No deberías pasar tu embarazo sola. Háblame de Tad.

—Tad y yo éramos grandes amigos en el instituto. Mis padres eran poco afectivos. De hecho, yo creo que hubieran preferido no tenerme. Y los de Tad, le maltrataban física y verbalmente. Su padre pasaba de un empleo a otro; su madre nunca trabajó. Se divorciaron para que a ella le dieran una ayuda social del estado. Era una pareja espantosa. No sé cómo no me di cuenta de que Tad se volvería como ellos.

—¿Y tu familia?

Jesse sacudió la cabeza con vehemencia.

—Para mis padres no fui más que un estorbo. Te aseguro que no someteré a mi hijo a nada parecido. Nos irá mejor solos.

—Debes cuidarte las próximas seis semanas. ¿Cómo vas a hacerlo?

Jesse disimuló la angustia que ese pensamiento le causaba.

—El alquiler está pagado para tres semanas —dijo, intentando sonar lo más tranquila posible—. Seguro que puedo solicitar alguna ayuda social. Mi bebé es más importante que mi orgullo. Haré lo que haga falta para protegerla.

—¿Protegerla? ¿Es una niña?

Jesse frunció el ceño al darse cuenta de que, inconscientemente, había atribuido sexo al bebé. Era evidente que quería proporcionarle todo aquello que a ella le había faltado de niña, no en términos materiales, sino en cuanto a afecto y amor.

—Jesse, quiero hacerte una oferta —Brock se inclinó hacia delante—. No necesito que me contestes ahora mismo, pero necesitaré una respuesta para mañana por la mañana porque me voy en unos días. Decidas lo que decidas, quiero que sepas que conmigo siempre estarás segura.

Jesse lo miró y supo al instante que podía confiar en él como no había confiado en nadie.

—Puede que pienses que soy una tonta ingenua —dijo con un hilo de voz. ¿Cómo no iba a pensar algo así de ella cuando acababa de contarle su vida?—, pero te juro que sé cuidar de mí misma y de mi bebé.

Brock alzó la mano hacia su cabello, pero la retiró sin llegar a tocárselo.

—Creo que eres extremadamente valiente y generosa. Y no deberías cuidar de ti misma y del bebé sola. Quiero ayudarte. Si te casas conmigo tendrás seguro médico y un hogar.

Jesse abrió los ojos como platos.

—¿Casarme contigo?

—No es tan absurdo como puede parecer. La Armada me proporciona todos los beneficios necesarios. Si fueras mi esposa, tendrías acceso a un obstetra y a un pediatra para el bebé. Las mujeres de mis compañeros podrían ayudarte. Además, podrás formarte, estudiar una carrera.

Jesse pestañeó. Sonaba maravillosamente. Tanto, que le costaba creerlo.

Capítulo Cuatro

Jesse miró a Brock como si hubiera perdido el juicio.

—¿Estás seguro de que no tienes fiebre?

Brock sonrió.

—No es una proposición tan descabellada. Uno de mis marineros me ha pedido hoy que sea su padrino de boda. Quiere casarse antes de partir para que su mujer tenga seguro médico. Al hablar con él, me he dado cuenta de que, si nos casáramos, mi seguro también te cubriría a ti y al bebé. Yo parto a unas maniobras, así que podrías quedarte a vivir en la casa. Todos los gastos están pagados.

Jesse levantó una mano para hacerle callar.

—Brock, no puedo consentirlo —tragó saliva—. Tiene que haber algún tipo de servicio estatal para mujeres en mis circunstancias.

Brock le tomó la mano.

—Tendría que pagar el alquiler aunque no vivieras aquí. Además, podrías tomarte todo el tiempo que necesitaras para recuperarte y luego volver a trabajar o a estudiar, si es eso lo que prefieres.

Era una oferta tan maravillosa… De haberla escuchado en labios de cualquier otro hombre, Jesse habría asumido que el precio de aceptarla sería de naturaleza sexual. Pero se trataba de Sullivan, y él actuaba movido por el sentido del deber. Aun así, Jesse no pudo evitar que algo se rebelara en su interior por más que su lado más pragmático le obligara a estudiar las ventajas de la situación.

¿Sería capaz de casarse con un desconocido? La conclusión inmediata era que, haciéndolo, conseguiría mantener a su hijo.

Además, la oferta significada la posibilidad de recuperarse plenamente y de buscar un trabajo con un horario y unas características que no exigieran estar horas y horas de pie. Y si no necesitaba pagar un alquiler, incluso podría cumplir su sueño de estudiar y formarse como profesora de infantil. Todo el dinero que había ahorrado con ese fin, se lo había robado Tad.

La idea de poder estudiar de nuevo hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—Jesse —Brock le apretó la mano—. ¿Qué piensas? ¿Te casarás conmigo?

Jesse pestañeó para combatir las lágrimas y enfocó la mirada en

su atractivo rostro. Nunca había sido nadie tan generoso con ella. Nunca.

Así que debía plantearse aquella posibilidad en términos realistas. Alzó la mano y la posó en el mentón de Brock al tiempo que miraba fijamente sus bellos ojos azules.

—Gracias por hacerme una proposición tan maravillosa. ¿Has dicho que me darías tiempo para contestar?

—Por supuesto —dijo él, cubriendo con su mano la de ella en una caricia que hizo estremecer a Jesse—. Pero tendrás que contestar pronto porque me marcho en cinco días. Ahora, a no ser que quieras pasar aquí la noche, te llevaré a tu casa.

Precisamente porque hubiera querido más que nada quedarse con él, Jesse sacudió la cabeza vehementemente.

—Gracias, pero lo mejor será que me vaya a casa.

Él asintió y se puso en pie.

—¿Estarás lo bastante descansada para mañana como para acompañarme a la ceremonia?

—He dormido todo el día y me encuentro mucho mejor. El doctor dijo que reposara veinticuatro horas, así que yo creo que sí podré ir.

—Me alegro. Quizá para entonces puedas contestarme. Y si accedes, podremos casarnos cuanto antes.

Sentada al pie de su cama, Jesse miró por enésima vez el reloj. En menos de diez minutos, Brock iría a recogerla y ya no volvería nunca más a aquel apartamento.

A la media hora de cruzar la puerta la noche anterior, ya había decidido aceptar su propuesta. Todas sus posesiones estaban junto a la cama y no ocupaban más que una maleta, una bolsa de deportes y dos cajas. Eso era todo lo que había acumulado en veintitrés años de existencia, aparte de lo que había dejado atrás al mudarse a California. La vida, después de todo, no se basaba en cosas materiales.

Después de que Tracy la avasallara a los cinco minutos de estar en el apartamento, se dio cuenta de que había llegado el momento de relacionarse con gente con principios morales más sólidos. Gente responsable a la que le importaran los demás, dispuesta a ayudar sin esperar nada a cambio.

Gente como Brock Sullivan.

Por el bien de su bebé, Jesse iba a aceptar la oportunidad que le ofrecía y, en el futuro, le devolvería el favor de una manera u otra.

Sonó el timbre y el corazón se le aceleró. Se puso en pie de un salto, respiró profundamente y se secó las sudorosas manos en la falda vaquera. Había llegado el momento de dar la bienvenida a su futuro.

Rogó con todo su corazón que Brock no hubiera cambiado de idea, confiando en que, de haber sido así, la habría llamado al instante. Claro que siempre cabía la posibilidad de que fuera demasiado hombre como para darle la noticia por teléfono. Esa posibilidad hizo que se le acelerara el pulso.

«Deja de angustiarte», se dijo, irritada consigo misma. «Brock no es un muchacho indeciso e inmaduro. Es un hombre que se conoce bien a sí mismo y no te hubiera hecho la oferta sin habérselo pensado bien antes».

La reprimenda la llevó hasta la puerta. Cuando la abrió, se quedó sin aliento.

Con el uniforme de la marina, alto y erguido, Brock trasmitía seguridad en sí mismo y autoridad. Sus ojos azules, brillantes y de mirada inteligente, tenían una cierta frialdad que infundía respeto y temor.

Jesse tragó saliva al darse cuenta de que en aquel momento su pulso volvió a acelerarse, pero no por miedo, sino porque deseó al instante al hombre uniformado que tenía ante sí.

—Hola —dijo, humedeciéndose los labios y sonriendo tímidamente.

—Hola —saludó él, sonriendo a su vez—. ¿Estás preparada?

—¿Preparada? —repitió ella, distraída por su *sexy* sonrisa.

Él arqueó una ceja al tiempo que entraba en el apartamento.

—Sí, para la boda —explicó.

—¡Ah, claro! —ruborizándose, Jesse sacudió la cabeza para librarse de la expresión embobada con la que se había quedado y trató de adivinar por el rostro de Brock si se había arrepentido de su oferta—. Y tengo listas mis cosas. ¿O has cambiado de idea respecto a ayudarme?

—Yo no suelo cambiar de idea —dijo él con una convicción que Jesse envidió—. Puesto que vamos al ayuntamiento, si quieres, podemos casarnos hoy mismo.

Jesse sintió que el corazón se le aceleraba. Todo iba tan deprisa… Pero, después de todo, Brock le había advertido que

tenían poco tiempo. ¿Estaba verdaderamente convencida? ¿Qué otra alternativa le quedaba? Un destartalado apartamento con una compañera de piso desconsiderada y abusona, y un trabajo sin beneficios sociales ni futuro de ninguna clase.

—Claro que sí —dijo. Y fue hacia el salón—. Mis cosas están en mi dormitorio.

Brock la sujetó por el brazo.

—Yo las recogeré.

—Aunque no hay demasiado, no podrás con todo. Yo puedo llevar una de las cajas. Es muy ligera.

Brock le dio las llaves.

—Abre el maletero del coche. He aparcado delante de la puerta.

Desapareció en el dormitorio y Jesse salió. Mientras bajaba las escaleras se miró la minifalda vaquera negra, las botas altas y el jersey rosa y pensó que no era el conjunto más apropiado para una boda. Suspiró y decidió ver el lado positivo: era mejor que unos vaqueros y una camiseta, que era lo que llevaba habitualmente.

Llegó al coche y, para cuando abrió el maletero, Brock estaba detrás de ella. Había bajado todo en un viaje, colocando las cajas encima de la maleta. Jesse admiró su ingenio y su fuerza.

—¡Caramba, qué hombre tan musculoso! —bromeó para no sentirse humillada por lo poco que poseía.

Él le guiñó un ojo a la vez que dejaba las cosas en el coche.

—Hago pesas.

Jesse observó su ancho torso decorado por medallas de la Armada.

—Estoy segura de ello.

Su cabello, movido por la brisa, le tapó los ojos. Ella sacudió la cabeza para librarse de él, pero no lo consiguió.

—Déjame a mí —Brock le retiró el mechón con delicadeza detrás de la oreja y, al hacerlo, sus dedos rozaron su mejilla.

—Gracias —dijo ella, sintiendo que sus dedos le dejaban un rastro ardiente en la piel.

Antes de que llegara a abrir la puerta del acompañante, Brock se adelantó y la ayudó a sentarse. Era todo un caballero. Jesse sonrió agradecida al tiempo que se ajustaba el cinturón de seguridad.

No podía correr el riesgo de sentirse atraída por él. Por más que fuera a ser su marido, desearlo estaba completamente fuera de lugar; era inapropiado.

Aunque seguía sin entender qué le había hecho ofrecerle ayuda,

Jesse era consciente de que tenía un fuerte sentido del deber y de la responsabilidad. Ella había crecido en un ambiente de fría indiferencia, atendida por pura obligación. Había aceptado la proposición de Brock sólo y exclusivamente por el bien de su bebé.

Sánchez, su bonita novia, Angela, y veinte miembros de su familia llenaban la pequeña sala del ayuntamiento. En el aire resonaban las risas, los comentarios de alegría y los emotivos y esporádicos llantos de felicidad.

Aquellas demostraciones de amor familiar perturbaron a Brock, quien, aunque en el pasado había disfrutado de los beneficios de un medio similar, llevaba dieciséis años fuera de él, aislado.

Mientras la joven pareja rellenaba los papeles de la licencia de boda, Brock llevó a Jesse a un apartado para completar sus propios papeles.

Aunque Jesse participó activamente y no puso ninguna objeción a celebrar la ceremonia inmediatamente después de la de los Sánchez, a Brock no le había pasado inadvertida la mirada de tristeza que se había dirigido a sí misma al salir de su casa, y aun no siendo el hombre más sensible del mundo, fue consciente de que, para una mujer, el día de su boda tenía que ser especial.

Pidió a Jesse que lo disculpara y llamó a su amigo Jake para pedirle que actuara como padrino, a lo que éste accedió. Luego, llamó a la mujer de Jake, Emily, y también ella consintió en actuar de madrina. Al volver junto a Jesse, Brock le dijo que había un cambio de planes.

—Parece ser que no podremos casamos hoy —explicó—, tengo que volver a la base—. ¿Puede recomendarnos un juez de paz para esta tarde? —preguntó a la secretaria del ayuntamiento.

La mujer se puso en pie.

—Iré a preguntar si alguien puede oficiar la ceremonia. ¿Qué hora les viene bien?

—Las cinco y media, en el jardín —dijo Brock al tiempo que miraba a Jesse para asegurarse de que aprobaba la sugerencia. A continuación le preguntó—: ¿Te importa ir a pasar unas horas al centro comercial Horton Plaza?

Jesse siguió a la mujer con la mirada y luego se volvió hacia Brock.

—Claro que no. Pero si no te viene bien, no tenemos por qué

casarnos hoy.

La secretaria volvió anunciándoles que había un juez de paz disponible para la hora que habían solicitado. Brock le dio las gracias.

—Hoy es un buen día —tranquilizó a Jesse—. No tengo más que ultimar algunos detalles del viaje, eso es todo.

—Señor —Sánchez se asomó la cabeza en el apartado con una amplia sonrisa—. Estamos listos.

—Pues vamos a casarle, marinero —Brock se puso en pie y tendió la mano a Jesse—. No vaya a ser que esa preciosa novia suya recupere el juicio y se arrepienta.

Sánchez rió.

—Tiene razón, señor.

Jesse siguió a Brock de la mano y se reunieron con el resto de invitados.

Como hacía un día resplandeciente y eran un grupo grande, Angela y Sánchez eligieron celebrar la ceremonia en el exterior. Sin soltarse de Brock, Jesse descendió la escalinata con los demás hacia el gran árbol que servía de marco para la ceremonia.

En cierto momento, hizo ademán de quedarse atrás, pero Brock tiró de ella. Ni por un instante pareció incómodo con su compañía. Alto y erguido, en actitud solemne, charló con muchos de los invitados, atreviéndose a piropear a las madres de los dos contrayentes por su indumentaria y por su gran fortuna al haber elegido tan buena pareja sus respectivos hijos.

Por cómo le apretaba la mano, Jesse dedujo que se alegraba de contar con ella. Quizá acudir con una pareja le hacía resultar más humano, menos formal. Y si era eso de lo que se trataba, Jesse no podía sino admirarlo una vez más.

—Te tiene en muy alta estima —susurró a Brock.

Era evidente por el respeto con el que Sánchez se dirigía a él y en el hecho de haberle elegido como su padrino cuando podía haber pensado en cualquier otro miembro de su familia.

—Es un buen chico.

—Hacen muy buena pareja. Se ve que están muy enamorados.

Sánchez, muy elegante en su uniforme de gala, sujetaba a la menuda Angela por la cintura. Era evidente que adoraba a la mujer con la que había decidido compartir su vida.

—Necesitarán mucho amor para consolidar su relación. Casarse con un marinero requiere mucha paciencia y hacer muchos

sacrificios. Angela está embarazada y él parte en una misión de seis meses. No va a ser fácil para ninguno de los dos.

A Jesse le llamó la atención las similitudes que había con su caso. Por el tono de Brock, tuvo la sensación de que veía más probabilidades de éxito en su matrimonio de conveniencia que en el de amor. Pero ella miró al grupo que celebraba la felicidad de la pareja, los besos y abrazos que intercambiaban y pensó que se equivocaba.

—Les irá bien —dijo.

—¿Sí? —preguntó él con escepticismo—. ¿Por qué estás tan segura?

—Por sus familias —por contraste con su propia experiencia, supo que Sánchez y Angela tendrían éxito porque contaban con aquello que ella nunca había tenido: amor incondicional—. Los modelos de los que han aprendido les demuestran que es posible amarse incluso cuando las cosas se ponen difíciles.

—Comprendo —dijo él. Y el tono crispado de su voz hizo que Jesse lo mirara. Había adoptado una expresión seria—. Parece que están listos para empezar.

La ceremonia fue breve y en unos minutos, Brock estrechaba la mano de Sánchez y besaba a la novia. Jesse se acercó y les dio la enhorabuena.

Angela la miró con ojos brillantes.

—¿Usted también se casa hoy? —preguntó. Lanzó una mirada a Brock y puso los ojos en blanco—. Es una mujer muy afortunada. El señor Sullivan es un hombre excepcional. Y muy guapo —rió y besó a Jesse—. Enhorabuena.

Jes se asintió.

—Soy muy afortunada.

Jesse suponía que Brock la dejaría a la entrada del Horton Plaza, el mayor centro comercial de San Diego, en el que podría pasar unas horas mirando escaparates. La idea de buscar un vestido para la boda le resultaba tentadora, pero, consciente de que sólo tenía treinta dólares en el monedero intentó convencerse, sin éxito, de que no se trataba más que de una boda de conveniencia y que no tenía importancia lo que vistiera.

Al ver que Brock entraba en el aparcamiento, lo miró sorprendida.

—Pensaba que sólo venías a traerme.
—Tengo un poco de tiempo —dijo él, parando el motor—. No quiero irme sin asegurarme de que estás bien.
Jesse imaginó que con eso quería decir que quería asegurarse de que comiera algo, y lo siguió sin protestar. Lo cierto era que no había podido probar bocado por los nervios y en aquel momento tenía hambre.
Pero al ver que Brock giraba y entraba en Nordstrom, se dio cuenta de que tenía que dejar de asumir que sabía en qué estaba pensando. Se paró en seco al llegar junto a una selección de bolsos de Gucci.
—Brock, ¿por qué hemos entrado aquí?
Brock se detuvo unos pasos más adelante al comprobar que no le seguía. Sin inmutarse, retrocedió, le pasó el brazo por la cintura y la animó a continuar.
—No admito discusiones —dijo, adelantándose a subsiguientes preguntas—. Me han dicho que ésta es la tienda a la que acuden las novias.
—Brock, no —Jesse se resistió en vano pues él la arrastró consigo sin esfuerzo—. No sé qué tienes en mente, pero no hace falta. Ya has hecho más que suficiente.
Sin molestarse en contestar, Brock la llevó hasta el mostrador de atención al cliente, donde solicitó la ayuda de una estilista personal.
El caballero que atendía el mostrador hizo una llamada y a continuación anunció:
—Diana estará con ustedes en unos minutos.
—Gracias —dijo Jesse sonriendo—. ¿Le importaría disculparnos un momento? Cariño, tenemos que hablar —entrelazó su brazo con el de Brock y lo llevó hacia un lado—. No puedo permitirme un lugar como éste.
—Jesse —Brock le tomó la mano que apoyaba en su brazo, se la llevó a los labios y la besó—. Quiero que me dejes hacer esto por ti.
Jesse retiró la mano, consciente de que Brock estaba interpretando un papel ante su audiencia.
—Estate quieto —dijo—. No quiero que gastes dinero en mí. Poder beneficiarme de tu seguro médico o vivir en una casa que de todas formas estás pagando es una cosa, pero comprarme ropa, es algo muy distinto. Ni necesito ni quiero nada.
—Es una lástima, porque éste es mi regalo.
—No.

—Sí.
—¿Por qué?
Brock suspiró. Era evidente que no estaba acostumbrado a que cuestionaran sus decisiones.
—¿Por qué no puedes limitarte a darme las gracias?
—Porque antes tienes que explicarme por qué quieres hacerlo —Jesse se cruzó de brazos y alzó la barbilla. Al contrario de lo que Brock podía pensar, no acostumbraba a aceptar la ayuda de nadie, y cuanto antes lo supiera, mejor—. Ya te debo demasiado.
—Está bien —Brock miró a su alrededor y bajó la voz—. Puede que nuestro matrimonio vaya a ser meramente práctico, pero la licencia no es sólo un trámite.
—¿Qué quieres decir? —preguntó Jesse, suspicaz.
—Todo matrimonio tiene un significado y un propósito, y puede que estemos haciendo las cosas precipitadamente, pero soy de la opinión que, añadiendo algo de pompa y etiqueta a la boda, nos ayudará a recordar que lo que vamos a hacer es muy importante.
—Señor Sullivan —una morena alta con un vestido floreado se dirigió hacia ellos—. Soy Diana, su compradora personal.
Mientras Brock le saludaba y le rogaba que les diera unos minutos, Jesse reflexionó sobre lo que acababa de decirle. Brock tenía razón. Iban a firmar algo más que un contrato, así que debía tener claro cómo se sentía al respecto. ¿Estaba insinuando que quería algo más de lo que había propuesto inicialmente?
En cuanto Brock se volvió hacia ella, Jesse le tomó del brazo y lo llevó hacia otro departamento.
—Jesse, ¿estás bien?
—¿Qué ha cambiado? ¿Qué quieres? —preguntó ella con desconfianza.
Brock frunció el ceño.
—¿A qué te refieres? No ha cambiado nada.
—Has dicho que el matrimonio es más que un contrato, ¿qué quieres decir con eso? Has de saber que no pienso prostituirme a cambio de un seguro médico.
Brock echó la cabeza hacia atrás como si le hubiera abofeteado, pero reaccionó al instante irguiéndose y dirigiéndole una mirada heladora.
—Si crees que insinúo algo así, podemos acabar esto ahora mismo.
—Te he ofendido.

—Desde luego —Brock no negó lo obvio.

—Lo siento —dijo ella sinceramente aunque seguía queriendo saber qué precio le iba a costar la ayuda que estaba a punto de recibir—, pero necesito saber a qué estoy accediendo.

—Ya lo hemos hablado.

—Hablémoslo una vez más. ¿De qué debe hacerme consciente un poco de pompa y etiqueta?

—De que vas a ser mi esposa. La esposa del capitán Brock Sullivan. Y como tal serás responsable de mi reputación mientras esté ausente, te relacionarás con las demás mujeres de la Armada y lo que hagas condicionará en cierta medida lo que piensen de mí.

—¿Y te preocupa que ensucie tu imagen? —preguntó Jesse, que no sabía si sentirse insultada.

—No. Si lo pensara, no te habría hecho esta proposición. Pero necesito que lo sepas, y pienso que una ceremonia formal nos servirá a los dos para recordarlo. Así que, hazme el favor de arreglarte el cabello y hacerte la manicura, o lo que sea que las mujeres hacen para las ocasiones especiales. Además, se supone que debes cuidarte, así que aprovecha la situación y relájate.

Jesse se balanceó sobre los talones. Brock había argumentado bien su punto de vista y ella se sentía violenta por no haber confiado en él.

Por mucho que le costara aceptar más favores de Brock, ¿cómo negarle el único que él le pedía? Y si era sincera consigo misma, ¿no había sentido una punzada de envidia al presenciar la boda de los Sánchez?

—Está bien —dijo finalmente—. Pero has de saber que para una novia es imposible relajarse el día de su boda. Va en contra de las leyes de la naturaleza.

Brock sacudió la cabeza y, tomándola por la cintura, la condujo de nuevo hacia el mostrador.

—Jesse, tengo la impresión de que eres especialista en llevar la contraria, así que seguro que lo consigues.

Capítulo Cinco

—Por el derecho que me otorga el estado de California, les declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

El juez de paz sonrió satisfecho. Para Jesse, cada palabra de la ceremonia había sido como una sacudida. Marido y mujer. El novio debía besar a la novia…

Junto a Brock, con el vestido que él había insistido en que se comprara y el precioso *bouquet* de rosas blancas con el que la había sorprendido, Jesse se dio cuenta de que había esperado anhelante a que llegara aquel instante. Deseaba sentir sus labios, que la rodeara con sus fuertes brazos. Y aunque pudo leer en su mirada que él quería lo mismo, cuando se agachó, Brock fue a besarla en la mejilla. Pero Jesse no quería dejar pasar la que podía ser la única oportunidad de materializar su deseo y decidió que ya había llegado el momento de que la novia besara al novio.

Alzándose sobre las puntas de los pies, le tomó el rostro y lo giró hacia su boca. Por una fracción de segundo, Brock se quedó paralizado y Jesse temió que aquella perfecta escena bajo un maravilloso atardecer, acabara en una espantosa humillación para ella, con los amigos de Brock, el juez de paz y su ayudante como testigos.

Pero la parálisis pasó al instante y Brock la besó apasionadamente, reclamando su lengua y estrechándola con fuerza contra su fuerte y musculoso torso. Con gesto posesivo, la inclinó hacia atrás para besarla aún más profundamente y ella sintió la embriagadora experiencia de sentirse a un tiempo *sexy* y deseada.

Un carraspeó rasgó la neblina en la que el deseo había sumergido a su cerebro, pero su reacción automática fue apretar los brazos con los que rodeaba el cuello de Brock para que aquel instante mágico no llegara a su fin.

Más disciplinado que ella, Brock alzó la cabeza, pero Jesse no le dejó ir sin presentar batalla. Le mordisqueó el labio inferior y, dejando escapar un gemido, Brock volvió a inclinarse para presionar sus labios a los de ella hasta tres veces, antes de incorporarse y dar un paso a un lado.

—Vamos amigo, suéltala —dijo Jake Reed. El mejor amigo de Brock, un hombre atractivo parecido a Denzel Washington, se

colocó entre los dos—. Es el turno del padrino de besar a la novia.

Jesse se volvió hacia su sonriente rostro y cuando Jake le guiñó un ojo con picardía no supo si estar tranquila o si correr a buscar refugio, pero se relajó al instante cuando Jake le dio un fraternal beso en la mejilla.

—Y yo soy una defensora a ultranza de la igualdad de derechos, así que, como madrina, me toca besar al novio —Emily Reed, una sensual mujer mestiza, se acercó a Brock y flexionó el dedo para indicarle que se inclinara—: Ven aquí, guapetón.

Brock sonrió y le hizo reír al inclinarla sobre su brazo y darle un rápido beso en los labios.

Jesse comprendió a la perfección por qué Emily necesitó abanicarse cuando se irguió. Brock sabía cómo abrazar a una mujer, y aunque no tuviera derecho ni siquiera a pensarlo, se dio cuenta de que no le agradaba la idea de que hubiera estado con otras mujeres.

Para distraerse, se volvió hacia el juez de paz y su ayudante para agradecerles que hubieran prolongado su horario para poder acomodar su boda.

—Ha sido un placer, querida —dijo el juez—. Ésta es la mejor parte de nuestro trabajo.

—Dile lo que me has dicho —dijo la ayudante—. Una novia se merece tener buenas noticias el día de su boda.

—Sí, por favor —dijo Jesse, curiosa.

—No tiene importancia. Sólo se trata de que normalmente acierto qué parejas van a ser duraderas y, aunque no me suele gustar decirlo, antes le he comentado a Lydia que ustedes dos forman una de ellas. Basta con ver cómo se miran.

Aquello era lo último que esperaba oír Jesse. ¿La forma en la que se miraban? Ella respetaba y admiraba a Brock porque le había tratado mejor que ninguna otra persona en toda su vida, además de ser espectacularmente guapo, así que era fácil de adivinar lo que su mirada dejaba entrever.

Pero ¿qué podía adivinar el juez en la mirada de Brock? Y en cualquier caso, ¿tenía alguna importancia cuando su matrimonio tenía fecha de caducidad?

—Es una chica preciosa —Jake siguió la mirada de Brock hacia Jesse, que charlaba con el juez de paz—. ¿Sabes qué demonios estás haciendo?

Brock lo miró fijamente.
—Debes de pensar que estoy loco.
—¿Tú que crees? —Jake sacudió la cabeza con expresión consternada—. ¿Cuántas veces te he oído advertir a los marineros que huyeran de las bodas precipitadas? Y ahora te casas con una niña a la que apenas conoces.
—He descubierto que no ha sido nunca una niña —Brock volvió a mirar a Jesse. La brisa revoloteaba su falda y dejaba ver una parte de su muslo. Sonrió—: Además, he aprendido que a veces lo importante no es la cantidad, sino la calidad del tiempo que pasas con alguien.
—¿Quieres decir que la amas? —dijo Jake a bocajarro al tiempo que Emily se unía a ellos.
—Digamos que me importa —Brock no podía mentir a su mejor amigo—. Es inteligente y valiente, y tiene un gran corazón.
—Brock… —empezó Emily.
—Y está embarazada.
—Ah…
—Sé lo que estoy haciendo —afirmó Brock—. Quiero agradeceros vuestra preocupación y que hayáis estado hoy a nuestro lado. Emily, espero que puedas cuidar de ella mientras esté fuera.
Emily miró a los dos amigos alternativamente y dijo:
—Sabes que siento debilidad por los finales felices —se puso de puntillas para darle un beso—. Puedes contar conmigo.

Emily y Jake insistieron en invitar a cenar a Jesse y a Brock, y aunque Brock protestó inicialmente, finalmente aceptaron la sugerencia de ir a una marisquería con vistas al puerto.
En el coche, Jesse apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos. Estaba exhausta y, en el fondo, lo que más le apetecía era ir a casa y meterse en la cama.
Abrió los ojos súbitamente al darse cuenta de que, con la cama, su mente había invocado la imagen de su nuevo marido junto a ella, sobre ella, dentro de ella. ¡Estaba perdida!
Por el rabillo del ojo estudió el masculino perfil de Brock en la penumbra del coche. Haber probado el sabor de sus labios y descubrir qué se sentía en sus brazos sólo le había llevado a desear que se repitiera, pero al mismo tiempo sabía que sería una

equivocación. Era consciente de que era demasiado confiada y que eso sólo le había causado problemas en el pasado. Sin embargo, en aquella ocasión actuaría de manera distinta.

—Sé que estás cansada —la voz de Brock la sacó de sus pensamientos—. No nos quedaremos mucho rato, te lo prometo. Jake y Emily lo han dejado todo para ayudarme…, para ayudarnos, y no quería desilusionarles.

—Estoy bien —le tranquilizó ella—, sólo un poco atontada. Y eso que lo único que he hecho en todo el día ha sido ir de compras, arreglarme y asistir a dos bodas.

—Y dejar tu casa y casarte estando embarazada —Brock ocupó una plaza de aparcamiento y se volvió hacia ella con expresión risueña—. Tienes razón, es injustificable que estés cansada.

Jesse sonrió.

—Bueno, visto de esa manera…

Brock alzó la mano como para retirarle un mechón de cabello del rostro, pero finalmente cambió de idea.

—Estás preciosa —dijo.

—Gracias —la emoción hizo que Jesse hablara con voz ronca. Carraspeó y recorrió con los dedos los galones que decoraban el uniforme de Brock.

—Tú tampoco estás mal. Me he sentido muy orgullosa de estar a tu lado.

—Jesse —Brock sacudió la cabeza—. No sé que decirte.

—No tienes que decir nada. Sólo quería que supieras que te agradezco todo lo que has hecho por mí —recorrió la solapa del uniforme con los nudillos—. Y que estabas guapísimo.

—Jesse —dijo él con gesto preocupado—, no deberíamos…

—Ya lo sé, ya lo sé —le tranquilizó ella—. No estoy insinuando nada y no será porque no me tiente, porque… —¿cómo había dejado escapar esas palabras…?—. Olvídalo. Lo que quería decir es que pienso cuidar de tu reputación.

Después de mirarla fijamente, Brock asintió y su sonrisa resplandeció en la tenue luz del coche.

—Muchas gracias.

Finalmente llegó el día en que Jesse despidió a Brock desde el muelle. El aire de la mañana estaba cargado de humedad. Brock había insistido en que no era necesario que lo despidiera, que había

ido de maniobras numerosas veces sin despedidas de ningún tipo. Pero fue precisamente eso lo que la decidió a hacer el esfuerzo de acudir.

Cambió el peso de un pie a otro para entrar en calor mientras buscaba con la mirada a su marido entre la masa de marineros y familiares que se despedían en el muelle. En cuanto llegaron, uno de sus hombres solicitó la presencia de Brock para supervisar algo. Él le había advertido que sólo tendrían unos minutos antes de que el barco zarpara y que el muelle sería un completo caos, pero ella había insistido en bajar del coche.

—Lo siento —dijo Brock, apareciendo a su lado—. ¿Estás bien? —preguntó. Y Jesse se dio cuenta de que evitaba tocarla.

Ella llevaba días echando de menos las miles de maneras de estar físicamente conectados que Brock había encontrado en días precedentes, y lo había interpretado como su manera de prepararse para la despedida.

—Estoy muy bien. No tienes que preocuparte por mí. Sé que estás ocupado.

—La verdad es que debo subir al barco —Brock miró a la gente agolpada en el muelle, al barco, a su reloj.

Miraba a todas partes menos a Jesse, mientras que ella no podía apartar los ojos de él y se preguntaba si había hecho mal acudiendo a despedirlo.

—Si has de embarcar, embarca —dijo, forzando una sonrisa para relajar la tensión—. Te están esperando.

Finalmente, Brock posó la mirada en ella.

—Pero tú no te vas a ir —afirmó más que preguntó.

—No —confirmó Jesse—. Voy a esperar a que zarpéis.

Brock desvió la mirada antes de volverla de nuevo hacia ella.

—No hace falta que te quedes. Voy a estar muy ocupado y no podré salir a cubierta para despedirme.

—Ya lo suponía —Jesse dio un paso hacia él—. Aun así, sabrás que estoy aquí, deseándote buen viaje y rezando para que vuelvas sano y salvo.

—Jesse —la emoción que tiñó la mirada de Brock estuvo a punto de hacerle llorar. Brock la sujetó por la nuca y apoyó su frente en la de ella—. Es la primera vez que…

No terminó. No hacía falta. Resultaba doloroso imaginar la soledad de un hombre tan fuerte y tan generoso.

—Shh —con los ojos cerrados, Jesse alzó el rostro ladeado y

acarició con sus labios los de él. Brock reaccionó al instante con un tórrido beso.

Jesse se fundió en su poderoso abrazo, ansiosa por saciar el deseo que había crecido en su interior con la intimidad de los últimos días.

Habían permanecido juntos todo el tiempo y con cada pequeño movimiento de aproximación se incrementaba la tensión sexual entre ellos. Sentados uno junto al otro, mientras Brock le explicaba la situación de sus cuentas y le enseñaba a usar su ordenador, Jesse se había sentido embriagada por su olor. Una breve excursión en su coche para que Brock se quedara tranquilo comprobando que podía conducirlo, se había convertido en una auténtica tortura bajo un romántico cielo plagado de estrellas.

Así que la conclusión lógica era lo que estaba sucediendo en aquel momento: los labios de Brock apoderándose de los de ella, sucumbiendo a la dulce tensión de aquellos días de acercamiento hasta una imaginaria pero infranqueable línea. Se abrazó al cuello de Brock y se pegó a él mientras intentaba fijar en su memoria aquel momento. La fuerza con la que él la estrechó fue la prueba de que también dejaba de resistirse a la atracción que había entre ellos.

Y donde había habido contención, se desató la fuerza de un volcán en erupción.

Brock metió la mano debajo de la chaqueta de Jesse y, encontrando su pecho, lo acarició. Los pezones de Jesse se endurecieron, comprimiéndose contra el sujetador como si quisieran alcanzar la mano de Brock. La lengua de éste la invadía, la seducía, la provocaba. ¿Qué necesidad tenía de respirar cuando el placer la recorría desde los dedos de los pies hasta cada neurona de su cerebro? Las sensaciones borraron todo sentido del tiempo o de lugar, hasta que la gente se agolpó para la despedida, y recibieron un empujón.

—¡Qué inoportunos! —masculló Brock, atrayéndola hacia sí para protegerla de la vorágine.

Jesse tuvo que pestañear varias veces para enfocar su rostro. Estaba un poco mareada.

—¡Vaya! —susurró, comprobando que las piernas le respondían —. Sujétame o me caigo.

Brock rió quedamente y la vibración de su pecho se trasmitió a la mejilla de Jesse.

—Cariño, yo tengo el problema contrario. Por mí podemos quedarnos así todo el tiempo que necesites.

Jesse notó el problema de Brock presionando su cadera y sonrió divertida aunque sabía que quizá ésa no fuera la reacción que debía manifestar. Adoraba oír la risa de Brock porque reía raramente, y más en un día como aquél. La idea de que llevara años partiendo sin que nadie acudiera a despedirlo y la sensación de soledad que debía haber sentido, le rompía el corazón.

Ella conocía muy bien ese sentimiento y pensaba que Brock merecía mucho más que eso. Mirándolo a la cara en aquel momento, le costaba creer que alguna vez le hubiera parecido mayor. Sólido y tierno, sí; experimentado y considerado, sí; *sexy*, desde luego; viejo… debía de haber sido un error de percepción.

—Te voy a echar de menos —no pudo evitar decir, aunque no estaba segura de que Brock quisiera oírlo.

—Puedes escribirme —dijo él—. Quiero saber qué dice el médico en la próxima cita.

—¡Qué apasionante! —bromeó ella, enderezándose la chaqueta—. Será muy emocionante saber cómo están mis niveles de hierro y cuánto he engordado.

—Es parte de la experiencia —dijo él. Y con gesto paternal, le abrochó el primer botón de la chaqueta—. Cuídate mucho.

—Lo haré. Y tú tienes que prometerme que tendrás cuidado.

—Siempre lo tengo.

—No —Jesse le sujetó el rostro entre las manos y le obligó a mirarla—. No basta con que lo digas, tienes que sentirlo. Prométemelo.

—Jesse, soy un capitán de navío muy experimentado y sé cuidar de mí mismo.

—Eso espero —Jesse se puso de puntillas para darle un último beso—. Recuerda que estaré esperándote aquí mismo.

Capítulo Seis

De: grngartergirl@airnet.com
Enviado: 31 de enero, 14:15
Para: chfsullivan@navy.mil
Asunto: adiós a las armas

Brock:

Esta mañana ha sido el momento más emocionante de mi vida. La multitud expectante, la valentía de los soldados a punto de partir, la majestad del navío. Ha sido una experiencia inolvidable.

Ver a nuestros hombres asomados a la barandilla me ha producido una mezcla de orgullo y de emoción. Tantos hombres y mujeres dejando atrás a sus seres queridos para servir a su país… Me he sentido honrada de asistir a la partida.

Y además, he descubierto que sigues cuidando de mí aunque no estés. Emily llegó en cuanto te marchaste porque tú le habías pedido que me recogiera. Te perdono. Ésta es la tercera misión de Jake desde que se han casado y creo que al final ella me necesitaba más a mí que viceversa. Hemos llorado juntas y nos hemos convertido en buenas amigas. Se ha ofrecido a acompañarme a la cita con el médico; dice que para «darme apoyo moral». ¿Qué te parece?

Es la primera vez que tengo una buena amiga y creo que va a gustarme.

No debes preocuparte por mí. Te aseguro que, gracias a ti, estoy muy bien y voy a seguir cuidando de mí misma. Y, gracias a ti una vez más, mi bebé va a nacer sano y salvo. Prometo que encontraré alguna manera de compensarte por todo lo que has hecho por nosotros.

Para empezar, pienso escribirte a diario. Sí, sí, ya sé que puede ser una lata. No te preocupes, no tienes que responder. Es un regalo que quiero hacerte para que te sientas en contacto con tu hogar mientras estés fuera.

Con cariño,

Jesse

P.D: Creo que te vi en la barandilla. Si estoy equivocada, no me lo digas, guardo la imagen como un preciado recuerdo.

De: chfsullivan@navy.mil

Enviado: 31 de enero, 22:23
Para: grngartergirl@airnet.com
Asunto: adiós a las armas

Jesse:

El honor es nuestro. Me alegro de que tú y Emily os estéis haciendo buenas amigas.

Brock

P.D. Yo también.

De: grngartergirl@airnet.com
Enviado: 6 febrero, 13:28
Para: chfsullivan@navy.mil
Asunto: cita con el médico

Brock:

¡El medico me ha dado el alta! Debo descansar regularmente, seguir tomando vitaminas y hacer ejercicio moderado. Dice que el bebé tiene un corazón fuerte y en un par de semanas hará una ecografía.

Para entonces, podrán determinar el sexo, pero no estoy segura de querer saberlo. Estoy convencida de que es una niña.

Sea lo que sea, me da lo mismo mientras tenga salud. Puede que suene a cliché, pero es la pura verdad. No puedes imaginarte cuánto le quiero ya. Sé que haría cualquier cosa para protegerlo.

¡Qué tontería! Como si tú no supieras todo lo que sería capaz de hacer.

Ahora que tengo el permiso del médico, estoy pensando en volver a trabajar. Emily me ha hablado de un puesto de apoyo en una escuela de infantil que suena perfecto. No puedo consentir que sigas manteniéndome. No ganaré tanto como en el bar, pero gracias a ti, no lo necesito. Además, quiero asistir a algún curso. Tendré cuidado, pero me gustaría hacer lo más posible antes de que nazca el niño.

Con cariño,

Jesse

De: grngartergirl@airnet.com
Enviado: 28 de marzo, 23:52
Para: chfsullivan@navy.mil
Asunto: el bebé se mueve

Brock:

Hoy ha sucedido algo increíble. He sentido un leve movimiento en el vientre. Primero me he preocupado, pero luego me he dado cuenta de que era un milagro: el bebé se ha movido.

Necesitaba decírselo a alguien y he pensado en ti.

Mi bebé está vivo, crece y se mueve.

Deberías verme. Estoy enorme. Ya no me veo los pies ni puedo atarme los vaqueros. Mañana voy a comprarme mis primeros pantalones de embarazada.

¡Dios mío! Estoy llorando. Alégrate de no estar aquí. Lloro por todo, sea bueno o malo. Emily se limita a darme una palmadita y pasarme un pañuelo.

Tengo que irme. Mañana tengo un examen y quiero sacar un sobresaliente. Adoro las clases y trabajar en la escuela. Voy a ser una gran profesora.

¡Otra vez! El bebé acaba de moverse ahora mismo. ¿Lo notas? Voy a poner el ratón sobre mi vientre para ver si puedes notarlo. Ojalá estuvieras aquí para compartir este momento.

Hasta mañana.

Jesse

De: chfsullivan@navy.mil

Enviado: 29 de marzo, 6:40

Para: grngartergirl@airnet.com

Asunto: el bebé se mueve

Jesse:

Tu descripción de los movimientos es tan vivida que juraría que los noté. Imagino lo increíble que debe de ser sentirlo en tu interior.

Necesitaba recibir una buena noticia después de un día difícil. Uno de mis marineros había sufrido un accidente y casi perdió un brazo. Afortunadamente, el cirujano consiguió salvárselo. Pasé casi todo el día organizando su viaje de vuelta.

Algunos consideran que, al final, ha tenido más suerte que ellos.

Hoy he estado de acuerdo con ellos. Preferiría estar en casa contigo que mandando a uno de mis hombres herido a su casa.

Estoy seguro de que has pasado tu examen con buena nota. Has trabajado mucho.

Cuida de ti y del bebé.

Brock

De: grngartergirl@airnet.com
Enviado: 9 de abril, 18:29
Para: chfsullivan@navy.mil
Asunto: noticias del bebé

Brock:

¡Es una niña!

Estoy tan feliz… Y tan cansada. Me duermo de pie. Pero ansiaba contártelo. Te envío una copia de la ecografía.

Es una niña…

¿He dicho ya que estoy feliz?

Jesse

De: chfsullivan@navy.rnil
Enviado: 10 de abril, 6:40
Para: grngartergirl@airnet.com
Asunto: noticias del bebé

Jesse:

¿Por qué estás tan sorprendida? Desde el principio tenías la seguridad de que era una niña. Debías confiar más en ti misma. Eres muy intuitiva, sobre todo en lo relativo a la gente.

El artículo que me mandaste sobre el refuerzo de actitudes positivas me ha dado muchas ideas para levantar la moral de mis hombres.

Me alegro mucho de que sea una niña. Enhorabuena.

Brock

De: grngartergirl@airnet.com
Enviado: 16 de mayo, 16:07
Para: chfsullivan@navy.mil
Asunto: soy una mala persona

Oh, Brock:

Me gustaría que estuvieras aquí para abrazarme y hacerme sentir segura. Necesito la paz y la seguridad que tú me trasmites. Me has ayudado en el peor momento de mi vida. Me has hecho ver el futuro con optimismo.

Tad apareció por aquí el otro día. Tracy le dio mis señas. Se ha disculpado por haberme abandonado. Dice que quiere responsabilizarse

del bebé, que quiere formar parte de su vida.

¡Dios mío, Brock! Estaba tan «colocado» que apenas podía articular palabra. Luego me pidió dinero para poder enderezar su vida y ser un padre responsable.

Así que mentí.

No te enfades conmigo, pero le he dicho que el bebé era tuyo. Que estábamos juntos antes de que él apareciera y que la noche que pasé con él fue un error. Después, le exigí que se marchara.

Lo peor es que no lo lamento. De hecho, me niego a lamentarlo.

Él me dejó sabiendo que estaba embarazada y me quitó todo mi dinero. Pegó la nota a la prueba de embarazo para dejar claro su mensaje. Y lo entendí perfectamente. No quería tener nada que ver con su hija, y ahora me niego a que forme parte de nuestras vidas.

Ni siquiera ha nacido y ya la utiliza para conseguir dinero para comprar drogas.

Habrá gente que piense que tiene derecho a saber que el bebé es suyo, pero yo creo que perdió su oportunidad.

Le creí cuando prometió que había cambiado, pero ya no es el joven del que estuve enamorada en el pasado. No puedo cometer el error de volver a creerle y menos ahora, cuando sería mi niña quien tuviera que sufrir las consecuencias.

Siento haberte utilizado. Has sido muy bueno conmigo y no hago más que abusar de ti.

Soy una mala persona, pero prometo ser una madre excepcional.

Jesse. Avergonzada pero decidida

De: chfsullivan@navy.mil
Enviado: 16 de mayo, 20:00
Para: grngartergirl@airnet.com
Asunto: no seas tonta

No puedo creer que sufras por un tipo como ése. No es más que un perdedor. Olvídate de él. Si llego a estar ahí, le habría roto los dientes; le habría enseñado lo que pasa cuando se trata mal a mis chicas.

Brock. De camino al gimnasio para descargar adrenalina en lugar de pegar a alguien.

P.D. Si te tranquiliza, pon mi nombre en el certificado de nacimiento.

De: grngartergirl@airnet.com

Enviado: 16 de mayo, 22:10
Para: chfsullivan@navy.mil
Asunto: exageración

Chiflado mío:

¿No crees que has exagerado un poco mandando a los chicos de la Armada para asegurarse de que me encuentro bien? Te tranquilizará saber que comprobaron las cerraduras de puertas y ventanas.

La verdad es que Tad nunca me ha hecho daño físicamente, ni creo que me lo haga en el futuro. Claro que las drogas cambian mucho a la gente, así que estoy contenta de sentirme tan segura… y de que la élite de la marina vaya a venir de vez en cuando a comprobar que estoy bien.

Jesse. Sacudiendo la cabeza sin dar crédito a lo que eres capaz de hacer

De: chfsullivan@navy.mil
Enviado: 5 de junio, 6:40
Para: grngartergirl@airnet.com
Asunto: cambio de ruta

Jesse:

Hoy nos han informado de que nuestra misión ha sido prorrogada dos meses. Lo siento, pero no volveré para el nacimiento de la niña.

Te mantendré al tanto de las fechas,

Brock

Jesse sentía la cabeza en una nebulosa. Algo la esperaba al otro lado, algo valioso. No sabía qué, pero quería llegar al otro lado, necesitaba llegar allí.

Abrió los ojos y se encontró en una aséptica habitación de color verde. De fondo se oía el intermitente sonido de unos monitores y un hombre alto sostenía en sus brazos un bulto pequeño, envuelto en una manta rosa.

Brock.

Llevaba vaqueros y una camiseta beige. Y lo que sostenía era su bebé. Su bebé. ¡Claro que iba al encuentro de algo valioso!

Ojalá también Brock se encontrara allí, que en cualquier momento se acercara a ella y dejara a la niña en sus brazos.

Eso haría de aquel instante el más feliz de toda su vida.

Era una lástima que no fuera más que un sueño. Brock no estaba

allí. Y el bebé seguía retrasándose. Aquél era un sueño recurrente tras el que solía despertarse sola en medio de una inmensa cama.

Lo único distinto era su estado de aturdimiento. Y la sensación de incomodidad que sentía, que, con sólo hacer ademán de moverse, se convertía en un agudo dolor.

Pestañeó y enfocó al imaginario Brock, que agachaba la cabeza para besar al bebé.

—Yo también quiero uno —dijo ella. Ya que estaba soñando, por lo menos podía adoptar un papel activo en el sueño.

Brock se volvió.

—¡Estás despierta! —se acercó a la cama sin dejar de acunar al bebé suavemente.

—¿Qué prefieres? ¿Un beso o a la niña?

—Las dos cosas —Jesse sonrió. ¿Por qué no inventarse el sueño que quisiera? Alargó la mano para tirar de la trabilla del pantalón de Brock y atraerlo hacia sí—. Primero, el beso.

—Lo que la mamá ordene —con mucho cuidado para no perturbar a la niña, se inclinó a besarla.

El familiar olor a Brock añadió un componente de realidad del que sus sueños solían carecer, pero fue el sentir sus labios lo que acabó por sacarla de su duermevela.

—¡Dios mío! —musitó contra los labios de Brock—, ¡pero si eres de verdad!

Brock estaba allí.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Mientras dormía había tenido lugar un milagro. Su bebé había nacido y Brock había aparecido de la nada.

—Mi bebé —la emoción le agarrotaba la garganta.

—Allie está aquí mismo —Brock dejó el bulto rosa en sus brazos —. Es tan preciosa como su madre.

Al recuperar la memoria, las lágrimas rodaron por sus mejillas. La cesárea. Sus esfuerzos por ocultar a Brock la pesadumbre de que no fuera a estar con ella al nacer Allie. El miedo al entrar en el quirófano, ansiosa por conocer a su niña, pero aterrorizada por la intervención, por el miedo a criar a una criatura sola.

Recordó entonces que Emily, cuando ya la llevaban en la camilla, le gritó que Brock iba a acudir a verla. Ella, como ya estaba medio atontada, no había llegado a comprender, pero desde ese instante había dejado de tener miedo.

En aquel momento, descubriendo la manta que tapaba a la niña,

le contó los dedos de los pies y de las manos, y se sintió embargada por la emoción.

—Es preciosa… —dijo en un susurro.

—Es el bebé más bonito de todo el hospital —confirmó Brock—. Se parece a su madre —le retiró un mechón de cabello tras la oreja —. ¿Cómo te encuentras?

—Aquí tengo a mi bebé —sonrió Jesse con timidez—. Y tú has venido a verme. No podría encontrarme mejor.

Brock se sentó al borde de la cama.

—No me refería a eso —dijo, sonriendo.

—Todo lo demás da lo mismo —dijo ella al tiempo que acariciaba el brazo de la niña y su rizado cabello cobrizo—. ¿Cómo es posible que estés aquí? Se suponía que ibas al Golfo Pérsico.

Brock se encogió de hombros.

—Cuando me escribiste diciendo que la niña iba a nacer por cesárea empecé a organizarme. Me correspondían unos días de permiso, así que me subí a un avión de avituallamiento y, después de tres transbordos, ¡aquí estoy!

Jesse le apretó la mano.

—¡Estoy tan contenta!

—Yo también —Brock le besó los dedos con delicadeza—. No puedo quedarme mucho tiempo. He de partir el lunes antes de las ocho.

—¿Tan pronto? —sólo tres días. Jesse se enfadó consigo misma por haber hecho patente su desilusión en lugar de apreciar el esfuerzo que había hecho Brock. Una lágrima rodó por su mejilla. Lo último que quería era que se arrepintiera—. Lo siento. No me hagas caso.

—Aprovecharemos el tiempo al máximo —dijo él para animarla —. Y no te preocupes. Acabas de tener un bebé y es natural que estés sensible. No seas tan dura contigo misma.

—¡Eres tan bueno conmigo…! —Jesse se humedeció los labios y Brock le pasó un vaso de agua que había en la mejilla.

—Siempre sabes lo que necesito —al vaso le siguió un pañuelo y Jesse alzó la mirada hacia él—. Casi me asusta.

Brock ladeó la cabeza.

—¿Me estás tomando el pelo? Pero si no me dejas hacer nada por ti. Escucha, tengo que decirte una cosa…

En aquel momento un gritito de Allie les indicó que quería su atención.

—La nena de mamá está despierta. El pequeño milagro de mamá —musitó Jesse, alzando a la niña hacia su pecho.

La niña giró la cabeza en un movimiento de búsqueda mientras se chupaba el puño de miniatura.

Brock observó a la madre y a la niña sin molestarse en desviar la mirada cuando Jesse se abrió el camisón para poner a Allie a mamar.

Aquella escena lo sacudió. Salvaguardar la paz de instantes como aquél era la razón fundamental por la que servía en la Armada.

Por alguna misteriosa razón, se había sentido vinculado a Allie desde que el médico le había confirmado a Jesse que estaba embarazada.

No estaba atado a aquella niña en ningún sentido. Pero lo que en cualquier otra ocasión le hubiera resultado un alivio, en el caso de Allie no se cumplía. De hecho, tenía que reprimir un impulso irracional de abrirle una cuenta de ahorro para sus futuros estudios.

Jesse le miró con la expresión relajada, invitándole a compartir el momento con ella. Brock acarició la mejilla de Allie, que succionaba con fruición el pecho de su madre.

Nunca había sentido una emoción tan profunda. Reprimiría el impulso de planear el futuro de Allie, pero se aseguraría de que madre e hija siguieran teniendo un hogar seguro.

Allie le había interrumpido cuando estaba a punto de darle a Jesse la noticia de su ascenso.

Se trataba de una gran oportunidad, que añadía un nuevo galón a su uniforme. Y que le mantendría otros ocho meses fuera del país.

Quizá en ese tiempo, conseguirá recuperar un punto de vista menos emocional.

Capítulo Siete

Seis meses más tarde Jesse entraba en casa con la niña colgada de una mochila y tres bolsas de la compra cuando sonó el teléfono. Sin tiempo para dejar las bolsas, corrió a contestar.

—Hola —sujetó el teléfono con la barbilla y, tras dejar las bolsas en la encimera, depositó a Allie en su sillita.

—¿Jesse Sullivan? —preguntó una voz masculina en tono formal.

—Sí —Jesse se tensó. ¿Le habría pasado algo a Brock?—. ¿Quién llama?

—Oficial Thomlinson, de la Comandancia Naval. Siento anunciarle de que ha habido un accidente y…

Jesse sintió que la cabeza le daba vueltas y se dejó caer sobre una silla.

—Perdón, ¿puede repetir?

—El capitán Sullivan ha sufrido un accidente. Tras estabilizarlo, fue conducido a Alemania para ser operado.

—¿Qué tipo de operación? ¿Está bien? —preguntó Jesse con la respiración entrecortada.

—Durante una tormenta, se soltó un cable que le golpeó la pierna, rompiéndosela en varios puntos. El capitán desplazó a dos marineros para recibir el impacto del equipamiento que cayó. Tiene algunas heridas internas, pero la operación ha sido un éxito y mañana será enviado al hospital Balboa, en San Diego. Puede ir a visitarlo a partir de las nueve de la noche.

Jesse apuntó los detalles en un cuaderno con manos temblorosas.

Le costaba imaginar a Brock, siempre tan sólido, tan fuerte, atado a una cama, vulnerable.

Puesto que vivía en un portaaviones estacionado en el Golfo Pérsico era absurdo no asumir que corriera peligro. Pero siempre quitaba importancia a los riesgos de su misión, y ella había preferido creerle para no vivir en un permanente estado de angustia.

Jesse tenía veintisiete horas por delante, y aunque no sabía cómo ocuparlas mientras esperaba a Brock, sí estaba segura de que, una vez llegara, estaría a su total disposición.

La quietud mantenía a Brock despierto. La ausencia de movimiento impedía que se engañara a sí mismo pensando que estaba en el barco y que lo ocurrido en las últimas setenta y dos horas no era más que una pesadilla.

Las paredes marfil, los ventanales sin cortinas, los pitidos constantes y el olor a antiséptico le recordaban los peores momentos de su vida. Había rezado para no volver a pisar un hospital, pero su deseo no había sido concedido.

En una fracción de segundo había perdido todo: su carrera, el uso de la pierna izquierda… Y aún podía considerarse afortunado ya que podía haberse quedado sin ella.

Todo el mundo se mostraba optimista: la operación había sido un éxito, el pronóstico era bueno y con una buena rehabilitación la pierna quedaría como nueva.

Pero Brock había enviado demasiados hombres a su casa como para engañarse. ¡Cuántas veces se había mostrado animoso y había ocultado la gravedad de su situación mientras los enviaba junto a sus familias!

Finalmente había llegado su turno; volvía a casa para convertirse en una carga para Jesse, y se odiaba a sí mismo por ello. ¿Por qué no conseguía nunca el bienestar de aquéllos a quienes amaba? ¿Por qué siempre acababa fallándoles?

—Hola, hermano —una profunda voz masculina le llegó desde la puerta—. He oído que te has inventado un pequeño accidente para volver pronto a casa.

Brock sintió una mezcla de alegría, tristeza, amor y dolor.

—No es nada. No sé por qué todo el mundo está tan preocupado —dijo, pulsando un botón para levantar la parte superior de la cama. Aunque el dolor le atravesó la pierna, apretó los dientes para disimular. Debía fingir ante su hermano pequeño.

Éste encendió la luz y escrutó el rostro de Brock en el que no le costó identificar el dolor que su hermano pretendía ocultar.

—Así es la Armada, siempre envía a sus mejores hombres a casa —Ford Sullivan se sentó en una butaca al lado de la cama y cruzó las manos sobre el estómago—. No sé quién va a acabar tripulando los navíos.

—¡Calla! —dijo Brock, sonriendo ante el humor sarcástico de su hermano—. ¿Quién te ha dicho que estaba aquí? —Ford también

pertenecía a la Armada y solía acudir a ver a su hermano siempre que coincidían en la misma zona. Las visitas eran tanto una bendición como un calvario para Brock—. No llevo ni un par de horas en San Diego.

—Tengo unas fuentes de información excelentes —dijo Ford.

—Me escribiste diciendo que habías dejado los cuerpos especiales —como miembro de las fuerzas de élite de la Armada, Ford había participado regularmente en misiones clandestinas y tenía acceso a información reservada. Aunque hacía dos meses que había sido destinado al puesto de preparador de agentes, era evidente que mantenía contactos con los servicios secretos.

Pero Brock también tenía sus fuentes. Que ya no ocupara un lugar en la familia, no significaba que no se hubiera desentendido de ella.

—Un agente nunca deja de ser un agente —dijo Ford con arrogancia. Señaló la pierna de Brock con un gesto de la cabeza—. ¿Qué dicen los médicos?

—Me han puesto unos cuantos clavos. Están satisfechos con la operación, pero no pueden asegurar nada hasta que me quiten la escayola.

—No suena mal.

—Ya —a no ser que la cirugía no funcionara, lo que significaría abandonar la Armada. Pero Brock no compartió sus temores. No hacía falta, Ford los conocía. Había participado en demasiadas misiones de alto riesgo como para no saber lo que significaban las lesiones en la carrera de un marinero.

—Escucha, Brock —Ford se inclinó hacia delante con expresión solemne—. Vas a necesitar ayuda mientras estés de baja. ¿Por qué no vienes a casa? Sabes que a la abuela le encantaría verte.

Brock se tensó.

—No creo que sea una buena idea. Además, tengo ayuda.

—Brock, ¿no crees que ya te has castigado suficiente?

—No sé de qué me hablas.

—No eres culpable de la muerte de Sherry. Fue un accidente.

—Olvidas que conducía yo.

—Fue ella quien insistió en que os marcharais a pesar de la niebla. Fue un accidente —repitió Ford, vehementemente—. Nadie tuvo la culpa. Es hora de que te perdones. Vuelve a casa. Te echamos de menos.

—Si no me equivoco, fue Alex quien dijo que había sido mi

decisión y, por tanto, mi responsabilidad —seguía doliendo pronunciar aquellas palabras dieciocho años más tarde.

Los dos mayores de seis hermanos, Alex y él habían unido fuerzas con catorce y doce años, respectivamente, para criar a sus hermanos pequeños tras la muerte en accidente de sus padres. Habían formado un equipo sólido. Siempre habían dado la cara el uno por el otro.

Así que cuando Alex se encolerizó con él tras el accidente, Brock se había hundido.

La mano de Ford sobre su brazo lo devolvió al presente.

—No sé qué pasó entre vosotros. Sólo sé que Alex te echa de menos.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo dieciocho años observándolo. No tienes idea de lo que significó para él que aparecieras en Las Vegas para ser su padrino de boda. Pensamos que a partir de entonces te veríamos más, y fue una gran desilusión comprobar que estábamos equivocados. Alex fue el que más padeció.

Brock sacudió la cabeza.

—No puedo pensar. Déjalo.

—No hay nada que pensar.

—¿Le has dicho a alguien lo del accidente?

—No —dijo Ford con un suspiro.

—Me alegro. Ahora déjame descansar. Tengo que estar en forma antes de poder enfrentarme a la familia.

—Estás creando complicaciones donde no las hay. Te queremos, Brock, es así de simple.

—Tengo treinta y ocho años, Ford. Llevo dieciocho años fuera de casa. Ni siquiera me conoces.

Ford rió.

—Pero convivimos durante los años más importantes de la vida. Te conozco de sobra.

Brock lo recordó a los diez años, siempre esforzándose para seguir el ritmo de los mayores.

Sentía la cabeza pesada y dolorida. La conversación tenía que acabar.

—Me has dado mucho que pensar —dijo.

—Me alegro —su hermano le dio un abrazo—. Tómate tu tiempo, pero ya sabes que no puedo mentir a la abuela y cuando vuelva a preguntarme por ti… —Ford fue hacia la puerta—. Cuanto

antes te decidas a venir a casa, será mejor para ti.

Jesse oía el eco de sus pasos mientras avanzaba por el pasillo buscando la habitación ciento catorce. Aunque inicialmente había dudado, el deseo de comprobar por sí misma que Brock estaba sano y salvo había vencido su vacilación.

Por otro lado, se decía, Brock necesitaba ver una cara amiga, saber que le importaba a alguien.

Al doblar una esquina, se topó con un hombre alto y moreno.

Tras disculparse y seguir su camino, Jesse pensó que algo en él le había recordado a Brock, pero lo olvidó en cuanto vio el número que buscaba. La puerta estaba abierta y la luz del interior iluminaba el pasillo.

Saber que Brock estaba despierto le aceleró el corazón. Habían intercambiado numerosos correos en los que habían alcanzado un alto grado de intimidad, pero cara a cara eran unos completos extraños.

Se cuadró de hombros y, ahuyentando sus temores, entró en la habitación.

Brock tenía los ojos cerrados, pero su rostro estaba contorsionado en una mueca de dolor. La sábana le cubría hasta la cintura y, al acercarse, Jesse apreció los moratones que cubrían su lateral izquierdo.

—Brock —susurró, rozándole la mano.

—Jesse —dijo él, abriendo sus increíbles ojos azules y girando la mano para entrelazar sus dedos con los de ella—. Es tarde. No debías haberte molestado.

—Estás en casa y estás herido, ¿cómo no iba a venir a verte? ¿Cómo te encuentras?

Brock sacudió la cabeza.

—No voy a ser una gran compañía.

—No he venido a que me entretengas —Jesse se sentó en una butaca junto a la cama.

—¿Dónde está Allie?

—Va a pasar la noche con Emily. Y no me digas que me marche porque voy a quedarme.

Brock esbozó una sonrisa.

—Cabezota.

—Ya me conoces —Jesse se relajó parcialmente—. ¿Qué te han

dicho los médicos?

—Están contentos. Tengo que llevar escayola de seis a ocho semanas, y luego hacer rehabilitación.

—Brock, con lo fuerte y tenaz que eres, estoy segura de que te recuperarás —Jesse rodeó la mano de él con las suyas. Su tono indiferente no la engañaba—. ¿Cuánto tiempo tienes que permanecer en el hospital?

—Espero que me den el alta mañana —se movió incómodo.

—¿Por qué no pones la cama horizontal e intentas descansar?

Al ver que Brock no rechazaba la sugerencia, Jesse le ayudó a acomodarse. Sin decir una palabra más, Brock cayó en un apacible sueño y Jesse, sin soltarle la mano, apoyó la cabeza en la cama para descansar.

Cuando pasó el efecto de los analgésicos, Brock despertó dolorido y ya no volvió a dormirse. A las siete de la mañana, el sol inundó la habitación, arrancando destellos del cobrizo cabello de Jesse. Mientras la contemplaba, tomó la decisión de no pasar ni un día más en el hospital, aunque para ello tuviera que contravenir las órdenes de los médicos.

Por primera vez en su vida, su casa representaba un lugar apacible y seguro. Y darse cuenta de que ese cambio se debía a Jesse, le asustó más que cualquier mala noticia que pudieran darle los médicos.

Capítulo Ocho

La tarde siguiente llamaron a la puerta y Jesse acudió a abrirla, nerviosa. Eran Emily y Jake, y traían con ellos a Allie, a quien Brock vería por primera vez después de la breve visita que había realizado cuando acababa de nacer.

Al pasar junto a la puerta de la sala, donde Brock descansaba en una butaca, alzó la voz:

—Los Reed están aquí —anunció.

Brock se irguió. Por la mañana se había mostrado decidido y obstinado hasta convencer a los médicos de que le dieran el alta. Para conseguirlo, había tenido que prometer que acudiría cada día al hospital para ser monitorizado. Imaginarlo en la casa, en la cama que ella había ocupado en su ausencia, hacía que a Jesse se le pusiera la carne de gallina. En su mente se había quedado grabada la imagen de Brock en la cama del hospital, con el torso desnudo, y cada vez que la recordaba se le aceleraba el pulso.

Enfadándose consigo misma, sacudió la cabeza para ahuyentarla y abrió la puerta con una amplia sonrisa.

—Adelante —se echó a un lado para dejar pasar a Emily a Jake y de los brazos de éste tomó a su hija—. Hola, cariño mío —miró a Emily—. Gracias por ocuparos de ella.

Emily le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Es un encanto. Además —añadió, dándose una palmadita en su abultado vientre—, necesito practicar.

Jesse sentó a Allie sobre su cadera.

—¡Pero si ya eres una madre excepcional!

—No tanto como tú —Emily señaló hacia el interior de la casa —. ¿Qué tal está Brock?

—Tan cabezota como siempre. Hubiera sido mejor que estuviera una noche más en el hospital, pero ya sabes cómo es. Tiene un poco de fiebre.

—Cariño, para un hombre que ha estado tanto tiempo fuera, no hay nada como volver a casa. Sólo necesita un poco de atención.

Jesse se mordisqueó el labio.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. No nos quedaremos mucho rato —Emily siguió a Jake.

Los hombres se estrecharon la mano y luego Jake se quedó de pie junto a la butaca, como si le incomodara encontrarse bien mientras su amigo estaba incapacitado. Emily, más espontánea, le dio un beso.

—¿Cómo está el paciente?

—Mejor desde que has llegado tú, preciosa —dijo Brock, esforzándose por sonreír.

—Veo que no has perdido el sentido del humor —dijo ella, y empujó a Jake hacia el sofá—. ¡Menos mal que estás sano y salvo! Jake dice que podía haber sido mucho más grave.

Brock lanzó una mirada a Jesse antes de volver a mirar a Emily.

—Es un exagerado.

—¡Dios mío! —Jesse sintió que las piernas le temblaban y se dejó caer en un sillón al tiempo que estrechaba a Allie contra sí.

—Acabas de meter la pata —Jake miró a su mujer enfadado.

Emily lo miró airada.

—¿No me digas que los dos hombretones quieren proteger a sus mujercitas y ocultarles la realidad de la vida? —se puso en pie como si su enfado la impulsara—. La verdad no nos asusta, pero las mentiras, sí.

—Emily, cálmate —Jesse quiso tranquilizar a su amiga para que la visita no se enturbiara. Ya hablaría con Brock más tarde.

—¿Que me calme? —Emily se volvió hacia los hombres—. Sabemos que corréis peligro y no somos unas niñas, sino mujeres hechas y derechas que saben enfrentarse a la verdad.

Se hizo un profundo silencio.

Como si quisiera romper la tensión, Allie dio un gritito y aplaudió.

—Eso es —dijo Jesse—: La verdad y nada más que la verdad.

—Amén —concluyó Emily. Agachándose tomó a Allie en brazos —. ¿No crees que es hora de que presentemos a esta pequeña a su papá?

A Jesse se le congeló la sonrisa en los labios. ¿Cómo se tomaría Brock que lo llamaran «papá»? Siempre preguntaba por ella y le mandaba regalos, pero identificarse como su padre delante de sus mejores amigos, era diferente. ¿Les diría la verdad?

—Ya era hora —Brock alargó los brazos hacia Allie y la inquietud de Jesse se disipó parcialmente—. Creía que tenía que levantarme para robárosla.

—¡Hubiese sido divertido! —rió Emily, al tiempo que se la

pasaba.

Brock la acomodó en su regazo y le alisó el vestidito rosa.

—Hola, muñequita, ¿te has puesto elegante para mí?

Era un buen comienzo. Lo siguiente sería comprobar qué tal se llevaban. La pequeña Allie, con su cabello rojizo y sus enormes ojos marrones, lo observó mientras se chupaba el puño.

—¿Has cuidado de tu mamá tal y como quedamos? —continuó Brock con dulzura—. Y recuerda que no puedes salir con chicos hasta los treinta años.

Allie escuchó atentamente, como si tratara de decidir si Brock le gustaba o no. Hasta que él le dedicó una de aquellas sonrisas que ponían a Jesse la carne de gallina. En ese instante, demostrando que era digna hija de su madre, Allie sonrió dando un grito y se echó sobre él, apoyando la cabeza en su pecho.

Jesse sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Ver a Brock y a Allie juntos le producía una emoción más allá de lo que era capaz de expresar.

—Voy a preparar algo de beber —necesitaba estar a solas. Fue a la cocina, humedeció un trapo y, ocultándose en un rincón, se presionó los ojos para contener el llanto.

Notó un brazo sobre sus hombros a la vez que olía el perfume favorito de Emily.

—Vamos, llora. Tu hombre está en casa, un poco magullado, pero entero. Y tenéis una preciosa hijita. ¿Por qué no llorar?

—Quiero que se lleven bien —balbuceó Jesse, entre lágrimas.

—Ha sido amor a primera vista, cariño.

—Por eso lloro —dijo Jesse, dando un respingo.

—Ni hablar. Quizá mañana por la noche.

—¿Vas a ayudarme a ponerme un protector o no?

—No —Jesse bloqueó el acceso de Brock al cuarto de baño poniendo los brazos en jarras—. Tienes fiebre y te tambaleas sobre un pie. Puedes caerte en la ducha.

Brock se aproximó, obligándola a retroceder hasta la puerta. Tenía los ojos brillantes por la fiebre y profundas ojeras.

—¡Quítate! Si no me doy una ducha, no podré dormir.

—El médico ha dicho que no debes mojar la escayola.

—Por eso quiero cubrirla con plástico.

—No.

—Sí.
—No puedes mantener el equilibrio.
—Claro que sí —Jesse sonrió con superioridad, divertida ante el cambio de papeles que se estaba dando entre ellos—. Está bien, si puedes ir y volver hasta la puerta del dormitorio, dejaré que te des una ducha.
Brock giró la cabeza para evaluar la distancia y se volvió hacia Jesse con el ceño aún más fruncido.
—Tú no eres mi jefe. Si quiero, puedo ducharme.
—¿Tú no eres mi jefe? ¿Es que tienes cinco años? —Jesse no pudo disimular una sonrisa—. Estás enfurruñado porque sabes que tengo razón. ¿Por qué no te echas y dejas que te lave?
El rostro de Brock se ensombreció.
—¡Quiero darme una ducha!
Jesse suspiró. Lo conocía lo bastante como para saber que seguiría insistiendo.
—Está bien —se desabrochó el último botón de la camisa—. Si tienes que darte una ducha, yo me ducharé contigo.
—¿Qué? —preguntó Brock con ojos desorbitados—. ¿Quieres ducharte conmigo?
A Jesse le divirtió que se ruborizara, pero también le hizo darse cuenta, por contraste, de lo pálido que estaba. Empezaba a sudar en la frente y en el labio superior, y era obvio que se estaba quedando sin energía.
—Preferiría que me dejaras lavarte en la cama, pero si insistes en darte una ducha, tendremos que meternos juntos. Si te cayeras, no podría levantarte yo sola —concluyó, desabrochándose otro botón.
Brock tragó saliva. Ver la pálida piel de Jesse le subió la temperatura y le aturdió hasta impedirle pensar. Ni siquiera era consciente del momento en que había perdido el control de la situación.
La maldita infección le había dado una fiebre constante. Olía a sudor y le picaba la piel. Sólo quería darse una ducha.
Pero su determinación empezó a flaquear cuando, al desabrocharse otro botón, la camisa de Jesse dejó a la vista el escote y unas pequitas que destacaban sobre su blanca piel. La ducha pasó entonces a segundo lugar y Brock se vio uniendo cada uno de los puntos de aquella constelación con la lengua.
La sugerencia de que se ducharía con él le había cortocircuitado

el cerebro.

Una de las razones por las que había rechazado que lo lavara, era que no estaba seguro de poder controlarse si lo tocaba ni aunque fuera de forma impersonal. Si en lugar de eso, se planteaba estar con Jesse bajo la ducha, desnuda, enjabonándolo… se veía a sí mismo con una magnífica erección, y escayolado. Y eso no podía suceder.

El siguiente botón dejó sus senos al descubierto. El sujetador beige de encaje recogía sus redondeadas formas, que parecían jugar al escondite con él. Brock perdió definitivamente la capacidad de pensar y se dio por vencido.

—Está bien, tú ganas, pero me lavaré yo sólo. ¿Te importa traerme agua caliente, jabón y toallas?

—Enseguida —al menos Jesse tuvo la cortesía de ocultar su satisfacción—. Échate.

Brock se sentó en la cama con un suspiro. Era un alivio liberar su pierna del peso del cuerpo. Con otro suspiro apoyó las muletas contra la pared.

Estar débil era espantoso. Y todavía más lo era perder su carrera. Tenía que mejorar deprisa. No podía permitirse sentir lástima por sí mismo ni tampoco entregarse a pensamientos lascivos sobre su esposa.

Jesse volvió en unos segundos con una palangana con agua, varias toallas y un dispensador de jabón colgado del bolsillo de los pantalones. Aun en medio de la rabia que sentía, Brock se dio cuenta, maldiciéndose, de que sólo se había abrochado uno de los botones de la camisa.

Jesse dejó la palangana en el suelo y el jabón sobre la mesilla.

—¡Qué preciosidad! —dijo, tomando el viejo reloj de bolsillo de Brock—. Parece una antigüedad. Es una lástima que el cristal esté roto.

—Perteneció a mi abuelo. Me lo dio antes de morir.

Su abuelo regalaba un objeto antiguo a cada uno de sus nietos cuando cumplían diez años. Aquél era el único vínculo que Brock mantenía con la familia de la que se había excluido.

—Se rompió en el accidente.

—¡Qué pena! —Jesse lo dejó sobre la mesilla—. ¿Podrás arreglarlo?

—Eso espero —dijo Brock. Y aunque no lo consiguiera, significaba tanto para él que pensaba seguir llevándolo consigo.

—¿Te importa levantarte un momento para que ponga una toalla debajo? —Jesse volvió a concentrarse en la tarea que la ocupaba.

Brock tomó una de las muletas y la usó para incorporarse mientras Jesse extendía la toalla. Luego ella le pidió que se quitara los pantalones del chándal. Como llevaba bóxers debajo, accedió. Lo hizo con cierta dificultad, pero con un último empujón, logró bajarlos al suelo. Jesse le ayudó a levantar el pie para quitárselos completamente y Brock volvió a sentarse. Antes de que ella se lo pidiera, se quitó la camiseta. Cuando asomó la cabeza por el otro lado y vio que Jesse empapaba una esponja en el agua de la palangana, tuvo que contenerse para no gritarle.

¿Por qué no comprendía que quería estar sólo? Una cosa era que quisiera ayudarle, pero…

—Jesse —dijo entre dientes—, puedo hacerlo yo.

Jesse suspiró.

—Al menos deja que te limpie la espalda y las piernas. No alcanzarías.

Brock se frotó el áspero mentón mientras combatía con su propia frustración. Que Jesse tuviera razón sólo contribuía a irritarlo. Mentalmente, sopesó la necesidad de lavarse con la tentación que representaba que Jesse lo tocara y, si ganó su deseo de estar limpio, sólo fue porque era demasiado orgulloso como para admitir que Jesse podía doblegar su férrea voluntad.

—Está bien —dijo finalmente. Y la contempló admirado mientras ella se arrodillaba con elegancia y comenzaba a lavarle los pies.

Fue una sensación maravillosa: el agua caliente, el jabón, las delicadas manos de Jesse, sus dedos suaves y fuertes a un tiempo. Le hizo pensar en una sirvienta de la antigüedad que atendiera a su señor.

Llevaba recogida la poblada melena en una coleta que caía sobre su hombro como una cascada de rizos rojos. Al inclinarse hacia delante, la camisa se habría para dejar a la vista parte de su sujetador y de lo que éste contenía.

—Aaah —gimió Brock. Apoyándose en las manos y reclinándose hacia atrás para apartar la mirada de tanta tentación.

—Lo siento —Jesse detuvo el movimiento de sus manos y lo miró—. ¿Te he hecho daño?

—No. Ha sido un gemido de gusto.

Jesse se ruborizó y fue a cambiar el agua al cuarto de baño.

—Perdona que haya estado de tan mal humor —dijo Brock cuando volvió. Jesse dejó la palangana en el suelo y le dedicó una sonrisa de picardía mostrando su acuerdo con el comentario—. Te estoy muy agradecido por todo lo que estás haciendo.

—Me gusta poder ayudarte —incorporándose, Jesse le indicó que se incorporara para poder lavarle la espalda. Cuando se inclinó hacia delante, ella apoyó una rodilla junto a su cadera y se subió parcialmente a la cama.

Brock creyó entender en su respuesta que sentía lo que hacía como un deber, y frunció el ceño. No le gustaba que Jesse creyera que le debía nada. Ella le había dado más a él en aquel año y medio que él a ella. Había compartido sus pensamientos, sus emociones y hasta a su hija con él. Aunque estaban separados por dos océanos, le había proporcionado un hogar.

Su trabajo había sido su vida durante tanto tiempo que había llegado a creer que sólo existía la satisfacción del deber cumplido. Y sin darse cuenta, había llegado a olvidar la verdadera razón por la que estaba en la Armada: proporcionar libertad y protección a aquéllos a quienes amaba.

El olor de Jesse lo envolvía. Se trataba de una deliciosa mezcla a vainilla y… mujer. Exquisito. La esponja le acarició la espalda, de la nuca a la cintura, luego en el sentido contrario. Después, recorrió la distancia entre sus hombros antes de volver a deslizarse hacia abajo. Jesse le estaba dando un sensual masaje que amenazaba con hacerle perder la cabeza.

—Brock —dijo ella con un repentino timbre de seriedad—, ¿por qué no me habías dicho que podías haber muerto?

En una fracción de segundo, los hombros de Brock pasaron de la relajación a la máxima tensión.

—¿Lo dices por el comentario de Emily? —Brock no quería hablar de ello. Llevaba dieciocho años sin dar explicaciones y no deseaba empezar a darlas. Había llegado el momento de recordar a Jesse que su relación estaba libre de todo compromiso—. Olvídalo. No tiene nada que ver con nosotros.

Jesse se quedó paralizada.

—Decir la verdad no es propio exclusivamente de los matrimonios. A mí me importa lo que te pase.

Brock la miró por encima del hombro.

—Sabes todo lo que debes saber.

Un profundo dolor atravesó la mirada de Jesse. Bajó la vista para disimular y se concentró en las manos como si tratara de recordar lo que estaban haciendo. Se separó de la cama y dejó la esponja en la palangana.

—Avísame cuando hayas terminado —dijo con voz quebradiza. Para contrarrestar la fragilidad que su voz había dejado traslucir, Jesse se cuadró de hombros y alzó la barbilla al tiempo que iba hacia la puerta—. Vendré a recoger —tras posar la mano en el picaporte, se volvió hacia Brock con gesto imperturbable—. Ya sé que lo nuestro no tiene nada que ver con la relación de Emily y Jake, pero creía que éramos amigos. Pensaba que estaba bien que me importara que estés vivo o muerto. Siento haberme equivocado.

Capítulo Nueve

Jesse tarareó una nana mientras dejaba a Allie en la cuna. Solía dormir toda la noche, pero desde la llegada de Brock, hacía una semana, había cambiado de hábitos.

Allie pasaba las mañanas al cuidado de Erika, la hija adolescente de los vecinos. Jesse había dejado la guardería en cuanto supo del accidente de Brock y había planeado usar el tiempo de que dispusiera para completar los cursos *on-line* que estaba realizando sobre desarrollo infantil.

Finalmente, había acabado dedicando las mañanas a llevar a Brock al hospital de día y preparaba los exámenes cuando él y Allie se acostaban. Aquella noche había encendido la luz en cuanto oyó a la niña gemir.

Al día siguiente, si todo iba bien, Brock recibiría el alta. En una semana había realizado un espectacular progreso. La fiebre y la infección habían desaparecido, y su fuerza se multiplicaba día a día.

Allie se revolvió al dejar de sentir los brazos de su madre y Jesse siguió tarareando y acariciándole el vientre hasta que se quedó completamente dormida. Ya ni se acordaba de la última vez que había dormido hasta el mediodía. Aunque, si lo pensaba bien, probablemente había sido la primera noche que durmió en casa de Brock, después de ir al hospital. Parecía que había pasado un siglo.

Dejando la puerta entornada, fue al salón para volver a la cama que había improvisado en el sofá. Cuando convirtió el dormitorio de invitados en la habitación de la niña, decidió guardar la cama en el desván en lugar de instalarla en la habitación donde Brock tenía sus máquinas de musculación.

Se echó, se cubrió con la sábana y se giró de costado. Al final, había sido una buena idea pues Brock iba a poder usar el gimnasio para su rehabilitación.

Durante la última semana había llegado a la aterradora conclusión de que se sentía ciegamente atraída hacia él. Con su humor cambiante, Brock la volvía loca, pero ello no impedía que siempre anhelara su compañía.

Después de la escena del primer día y de que la rechazara, Jesse lo había tratado con la mayor frialdad posible, pero a veces no era fácil mantener el papel. Después de todo, durante casi año y medio,

había compartido con él sus pensamientos, y dejar de hacerlo no resultaba natural.

Pero lo más difícil de todo era ignorar su presencia física, su cuerpo escultural, su básica masculinidad; saber que ansiaba lo que no podía tener.

Y por si eso fuera poco, se daba la circunstancia de que Brock adoraba a Allie. Por muy malhumorado e irritable que estuviera, siempre la trataba con ternura y delicadeza. Y sólo eso bastaba para que Jesse le perdonara el trato desabrido que en ocasiones recibía de él.

Oyó un ruido procedente del vestíbulo. Aguzó el oído y se incorporó, pero en lugar de oír a Allie, su mirada se cruzó con la de Brock, que la observaba desde la oscuridad.

Ayudándose de las muletas, Brock se acercó y apoyó la cadera en el respaldo del sofá.

—¿Por qué estás durmiendo aquí? —preguntó, jugueteando con un mechón de su cabello cobrizo.

Jesse retiró la cabeza para evitar su caricia.

—¿Por qué te has levantado? —preguntó a su vez, apoyándose en el brazo del sofá para distanciarse del penetrante y limpio aroma varonil de Brock.

—Por un vaso agua. Me has contestado con una pregunta.

Jesse suspiró.

—Cuando instalé la cuna, retiré la cama.

—¿Por qué? Te dije que retiraras las máquinas de musculación —Brock se frotó el mentón con los nudillos—. Ahora entiendo por qué no dijiste que tendríamos que bajarlas del desván.

—Precisamente. Sé que ir al gimnasio del barco te relaja, y quería que pudieras hacer lo mismo cuando volvieras a casa.

Se hizo un profundo y cargado silencio. La luz de la luna se filtraba por los visillos e iluminaba el amplio pecho de Brock, perfilando el contorno de sus músculos. Jesse hubiera querido alargar la mano, acariciarle con sus dedos y con su lengua, trazar la línea de sus poderosos pectorales, probar su piel salada, la dureza de sus pezones.

Aquellos pensamientos hicieron que se le endurecieran los suyos. No comprendía por qué se sometía a sí misma a aquella tortura y decidió que había llegado el momento de tener una conversación aclaratoria.

—Brock…

—Jesse…

Dijeron simultáneamente. Jesse aprovechó la oportunidad de posponer lo inevitable.

—Habla tú.

—Esto no tiene sentido —Brock indicó con un movimiento de la mano el sofá—. Ahora comprendo por qué tienes ojeras. Es imposible que duermas bien en estas condiciones.

—No exageres. Si tengo ojeras es porque he estado estudiando todas las noches y porque Allie ha pasado un par de noches inquieta —ahuecó un almohadón—. Este sofá es muy cómodo.

—Es demasiado corto y debe de dar un calor espantoso.

—No es para tanto. Además, es la única solución posible.

—Podrías dormir en mi cama.

Jesse sintió que el corazón se le paraba.

—Dudo que ésa sea una buena idea.

—Somos un par de adultos y yo estoy prácticamente incapacitado.

—Pero yo no —Jesse se mordió el labio. ¿Cómo había dejado escapar aquellas palabras? ¿Las habría dicho en alto o sólo las habría pensado?

La sonrisa divertida con la que Brock la miró la sacó de dudas. ¡Le molestaba que Brock la desconcertara con sus cambios de humor y ella era capaz de rechazarlo en una frase e insinuarse en la siguiente…!

Lo único positivo de haber sido tan franca era que quizá animaría a Brock a demostrar si tenía o no algún interés en ella.

—Estoy segura de que sabrás controlarte —dijo él. Y Jesse no pudo evitar sentirse profundamente desilusionada—. En cualquier caso, estoy dispuesto a asumir el riesgo.

Jesse se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

—¿Y si yo no quiero arriesgarme? —preguntó, retadora.

Brock se echó hacia delante y le tiró del cabello.

—Cobarde —susurró. Y a continuación, se impulsó sobre las muletas y salió camino de la cocina mientras Jesse sentía que la sangre le hervía.

Que ella se considerara una cobarde era una cosa, pero que roca le acusara de serlo, era otra bien distinta. Y no estaba dispuesta a consentirlo.

Retirando la sábana y sin prestar atención al hecho de que llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, siguió a

roca y le dio alcance cuando sacaba una botella del refrigerador. Apoyó la mano en la puerta, y la cerró de golpe.

—¿Qué has querido decir? —preguntó, señalando hacia el salón.

roca se encabalgó sobre una muleta y abrió la botella.

—Sólo he hecho una sugerencia lógica para resolver un problema inesperado —contestó. Y bebió con una parsimonia y una tranquilidad que contradecían el abultamiento que Jesse apreció en sus bóxers. Una nueva señal que sólo contribuyó a desconcertarla aún más.

—No me refiero sólo a eso, si no a las contradictorias señales que emites, tocándome, diciéndome que vaya a tu cama, acusándome de ser una cobarde… Para luego, cuando prácticamente te hago una proposición, darme la espalda. Y mientras tanto, tienes tal erección que casi no puedes alcanzar la puerta del frigorífico.

roca dejó escapar una carcajada.

—¿No te parece que exageras un poco?

—roca, estoy hablando en serio. Te deseo, pero necesito saber qué pasa entre nosotros.

—Y yo te deseo a ti, Jesse —roca le acarició la mejilla—. Desde que te vi la primera vez. Y más en este momento, que no me cuesta nada imaginarte desnuda.

Deslizó su mirada por el cuerpo de Jesse con tanto ardor que ni siquiera la penumbra pudo ocultar el brillo de sus ojos.

—Pero sé dominar mis instintos. Y me temo que las cosas son muy complicadas —añadió.

Jesse suspiró profundamente.

—Porque estamos casados —dijo, como si fuera de una lógica aplastante.

—Así es. En lugar de simplificar la situación, la complica. No quiero aprovecharme de ti, Jesse.

—No estarías aprovechándote de mí —Jesse no comprendía por qué seguía insistiendo cuando apenas hacía unos minutos se decía que debía proteger su corazón… claro que eso había sucedido antes de que roca reconociera que también él la deseaba.

Quizá aquélla era la única oportunidad que se le presentaba de estar con roca, y todo su cuerpo ansiaba hacerlo. Todo en él le resultaba atractivo: su inteligencia, su sentido del humor, su sentido del deber, su lealtad. Anhelaba perderse en su abrazo y dar rienda suelta a la pasión que tan diligentemente había logrado adormecer

todo aquel tiempo.

¿Acaso quería convertir en realidad su matrimonio? ¿Lo amaba? La verdad era que no lo sabía, pero que estaba dispuesta a comprobarlo.

—Jesse —roca la miró fijamente—. Tienes que saber que no asumo compromisos y que siempre decepciono a aquéllos que confían en mí.

Jesse lo miró como si no comprendiera.

—¡No digas tonterías! —exclamó—. Eres la persona más de fiar que conozco —ofendida, dio media vuelta y fue hacia la puerta—. No hace falta que digas mentiras para librarte de mí. Ya no soy una niña y sé aceptar que me rechacen.

—No te estoy rechazando —renqueando, roca la siguió hasta el salón—. Es una cuestión de no querer crear expectativas —añadió con la voz teñida de lo que Jesse interpretó como emoción—. La otra noche acertaste: te considero una amiga y Dios sabe que has hecho mi largo viaje mucho más soportable —carraspeó—. Nuestra relación es muy importante para mí y no soportaría herirte.

Jesse le miró a los ojos.

—Sólo me haces daño cuando me alejas de ti —dijo ella, cubriéndose con la sábana y dándole la espalda.

roca seguía a Jesse y a Allie por el pasillo del economato. Había preferido ir de compras con ellas a pasar otro aburrido día descansando.

Nunca le había gustado la televisión, así que sólo le quedaba hacer pesas y navegar por Internet. Pero nada de lo que hacía le salvaba de pensar en Jesse y su enfado.

Como el piso era pequeño, se cruzaban constantemente y ella esquivaba su mirada sistemáticamente, evitaba cualquier contacto físico y se marchaba excusándose con una irritante cortesía, como si fueran dos extraños.

Apretó los dientes. ¿Por qué no quería darse cuenta de que sólo pretendía protegerla?

—Hola, Sullivan —oyó que lo llamaban desde un pasillo paralelo al suyo.

roca miró de reojo y saludó con la cabeza, pero no se detuvo.

Jesse pareció oír su nombre y también se volvió. Después de todo, roca pensó divertido, hacía un tiempo que también era su

apellido.

—roca —dijo ella cuando él llegó a su altura—. No hace falta que me sigas si quieres quedarte charlando con un amigo.

Jesse estaba preciosa con un conjunto rosa y blanco, y roca prefería estar junto a ella que contar una vez más su accidente.

—Estoy harto de contar lo que me ha pasado.

—roca, si te preguntan, es porque se preocupan por ti.

—He saludado a tres personas y he tenido que contar el accidente tres veces. No puedo más.

Jesse le dirigió una severa mirada.

—Está claro que no te importa desilusionar a la gente.

roca se quedó paralizado ante el inesperado ataque.

—Jesse…

—Perdona —Jesse le hizo callar apoyando la mano en su pecho —, no debería haber dicho eso.

—Quizá me he precipitado al hacer esta salida —dijo roca, desviando la mirada para ocultar su malestar.

Jesse miró el carrito de la compra al tiempo que le quitaba a Allie las llaves del coche de las manos.

—Sólo me faltan algunas cosas. ¿Por qué no vas a tomar algo y nos vemos a la salida?

Allie protestó al perder su juguete y el sonajero que le tendió Jesse no le sirvió de consuelo.

—Ven aquí, pequeña —roca la tomó en brazos cariñosamente. El afecto y la confianza de la niña siempre le calmaban—. ¿Quieres venir con papá? Voy a comprarte un helado.

—roca —dijo Jesse, frunciendo el ceño.

—Bueno, una barrita de frutas —dijo él—, seguro que sus encías lo agradecen.

—¡Eres increíble! —Jesse acarició la mejilla de Allie, que había pasado automáticamente a sonreír—. ¿Cómo vas a llevarla?

—Ahora mismo lo verás —roca tiró de un carrito que se había quedado vacío, dejó a la niña en él y recuperó la muleta que había dejado apoyada en un estante—. ¡Listo!

—Está bien —Jesse sonrió—, pero no le des demasiados caprichos.

—Eso no puedo prometerlo —dijo él con una sonrisa de picardía —. No te apresures. Puedo entretener a Allie mientras terminas.

Jesse observó a roca alejarse, advirtiendo a Allie de las maldades del consumismo desmedido y asegurando que un par de zapatos era

todo lo que uno necesitaba, y Jesse no pudo evitar sonreír al suponer que era una indirecta hacia ella y su colección de zapatos.

La sonrisa se fue borrando de sus labios a medida que avanzó por el pasillo de los detergentes. roca mostraba una extrema ternura hacia Allie, como la había demostrado hacia ella en la distancia. Y a pesar de la tensión que se había instalado entre ellos, jamás le hacía sentir que la considerara una molestia o una carga.

Ella sabía muy bien lo que significaba despertar ese tipo de sentimientos. Por eso había decidido no volver a depender de nadie, y la única razón de haber aceptado la ayuda de roca era el bienestar de su niña. Desde el primer momento había sabido que la oferta de roca se debía a un exagerado sentido del deber y ella había asumido la humillación de aceptar su apoyo a cambio de un hogar y de atención médica para su bebé.

Antes de que se manifestara la atracción sexual entre ellos, roca había actuado con generosidad y tolerancia. Bueno, cuando se le metía algo en la cabeza tendía a ser un poco dictatorial, pero aparte de eso, era un hombre de un gran corazón capaz de cualquier cosa antes de fallarle a alguien. Ésa era la razón de que Jesse no pudiera dar crédito a sus palabras cuando decía que aquéllos que confiaban en él siempre salían malparados. Y sólo podía comprenderlo como una estrategia para evitar que se acercara a él.

Media hora más tarde, Jesse llegaba a la caja y roca volvía justo a tiempo de ayudarle a cargar el carro. Cuando la cajera anunció el total, roca abrió su cartera y una fotografía cayó sobre el mostrador.

Al verla, los ojos de Jesse se abrieron como platos. Se trataba de una fotografía de ella, arrodillada en la cama, con una combinación negra de encaje, el cabello alborotado y los labios pintados de un provocativo rosa.

—¡Dios mío! —exclamó horrorizada, al tiempo que intentaba atraparla.

—¡Es mía! —protestó roca, adelantándose a ella y guardándola en la billetera.

Jesse sentía las mejillas arder de vergüenza. Terminó de cargar la compra precipitadamente y, en cuanto salieron del supermercado y nadie podía oírles, preguntó:

—¿Quién te ha dado esa fotografía?

roca la miró sorprendido.

—Me la mandaste tú.
—Eso no es verdad —dijo ella con decisión.
El febrero anterior, algunas de las mujeres de los oficiales habían decidido dar una sorpresa a sus maridos y mandarles fotografías por San Valentín. Para mantener las apariencias, Jesse había accedido a participar, pero en ningún momento había pensado enviarla a roca.
—Entonces, ¿quién me la mandó?
—Emily —musitó Jesse—. Tiene que haber sido ella.
Cuando su amiga le había preguntado por la reacción de roca al recibir la sorpresa, Jesse había admitido que no la había mandado con la excusa de que todavía no había recuperado su peso previo al embarazo. Sin embargo, Emily había dicho que estaba muy *sexy* y debía haber decidido enviarla ella misma.
Lo curioso era que roca nunca le había dicho que la hubiera recibido.
Jesse colocó a Allie en la sillita del coche con gesto malhumorado, luego fue hacia el maletero con el carrito.
—¿Estás bien? —preguntó roca.
—Sí, claro, encantada de que mi fotografía haya quedado a la vista de todo el mundo. Devuélvemela —dijo al tiempo que tendía la mano con la palma boca arriba. Tenía la esperanza de que, recuperándola, se le pasara la vergüenza que sentía.
roca miró la mano y luego, a Jesse.
—No.
—roca.
Él dejó las llaves en la mano de Jesse.
—Emily tiene razón, estás espectacular —dio media vuelta y, rodeando el coche, se sentó en el asiento del acompañante.
Jesse apretó los dientes antes de ocupar su sitio tras el volante.
Llevaba días esforzándose para actuar con frialdad, pero aquella fotografía le hacía sentirse desnuda y vulnerable. En su interior sentía un torbellino de emociones, rabia, vergüenza, dolor, confusión. Aunque Emily hubiera actuado movida por buenas intenciones, no era consciente de que la había dejado en una posición extremadamente incómoda.
—¡Dios mío! —musitó, apoyando la frente en el volante—. Ahora entiendo por qué te has inventado lo de tu dificultad para adquirir compromisos. Debes de creer que intento atraparte.
—¡Cómo ibas a intentar atraparme a tres mil kilómetros de

distancia!

—No bromees. Me siento fatal.

—¿Por qué? —la fuerte mano de roca se posó sobre su nuca para masajeársela—. Son unas fotografías preciosas. Pareces una diosa de la sensualidad.

—¡No digas eso! —Jesse sintió que se ruborizaba aún más al recordar algunas de las poses que había adoptado para la sesión fotográfica. Miró a roca con expresión suplicante—. Por favor, devuélvemelas.

La mano de roca se detuvo.

—¿Por qué? —preguntó él con gesto impasible—. ¿Las querías para otra persona? —la miró con severidad—. ¿En quién estabas pensando cuando te las hicieron, Jesse?

Capítulo Diez

—En ti —dijo Jesse—. Pensaba en ti; en el beso que nos dimos en el muelle antes de tu partida.

Los ojos de roca se iluminaron como dos zafiros y Jesse supo lo que iba a hacer aun antes de que se moviera.

—También yo he pensado en ese beso. Y en ti, preguntándome si tendría la oportunidad de volver a probarte —apretó la nuca de Jesse y la atrajo hacia él.

Sus labios se encontraron como en las películas, como si sus labios fueran dos imanes atrayéndose mutuamente.

Jesse hubiera querido suspirar, pero estaba demasiado ocupada.

Sus lenguas bailaron una frenética danza. roca ladeó la cabeza para profundizar el beso y Jesse se quedó sin aliento.

La sensación era aún mejor de lo que recordaba. Jesse hundió los dedos en el corto cabello de roca y le mordisqueó el labio inferior juguetonamente. Él reaccionó arrastrándola hacia su asiento y devorando su boca como un pirata haciéndose con un tesoro. Finalmente, la incomodidad de la palanca de cambios clavándosele en la cadera y la necesidad de respirar, hicieron que Jesse echara la cabeza hacia atrás.

roca le dio sólo unos segundos antes de volver a besarla. Cuando la soltó, ambos se reclinaron sobre sus correspondientes respaldos con la respiración entrecortada.

Como estaba demasiado alterada para conducir, Jesse puso en marcha el coche y conectó el aire acondicionado.

—Necesito hablar contigo para que entiendas algunas cosas —roca le tomó la mano y se la besó—. Vayamos a comer algo y te hablaré de Sherry.

Jesse dejó de mirar los labios con los que le mordisqueaba los dedos para mirarle a los ojos.

—¿Quién es Sherry?

—Mi prometida.

—Nos conocimos en el instituto —dijo roca cuando la camarera los dejó solos.

Jesse asintió y, sin dejar de atenderle, se inclinó para sacar una

fiambrera con la comida de Allie.

roca, que necesitaba ocupar las manos en algo, se lo quitó y tomó una cucharilla.

—Sherry era animadora y yo, deportista. Acabamos juntos el instituto, y juntos fuimos a la universidad. Teníamos nuestra vida futura planeada al milímetro.

—Ibais a casaros —dijo Jesse.

—Claro —roca dio una cucharada de puré de fruta a Allie—. Me enamoré de ella a primera vista, y desde ese momento nunca hubo otra para mí. Ni otro para ella. Hacíamos una pareja perfecta.

—¿No os peleabais? ¿No teníais celos? —preguntó Jesse—. A esa edad la vida es un continuo drama.

—No —dijo él mientras limpiaba la boca de Allie con una servilleta—. Por eso era tan maravilloso estar con ella. El resto de mi vida sí era un drama. El año anterior había perdido a mis padres y me había ido a vivir con mi abuela.

Él y sus cinco hermanos, pero eso no podía decirlo porque a Jesse no le había hablado nunca de su familia. Al principio, por falta de confianza, y más tarde, porque le daba vergüenza decirle a alguien como Jesse, que hubiera dado cualquier cosa por tener una familia afectuosa, que él se había excluido de la mejor familia del mundo. Y que ya no podía volver a ella.

Aunque le causaba dolor hablar de Sherry, Jesse merecía saber que sus cambios de humor se debían a sus propios errores y no a nada de lo que ella pudiera decir o hacer.

—Sherry era para mí un refugio, un remanso de paz —sonrió con picardía—. Y me mantenía permanentemente excitado.

Jesse agachó la cabeza.

—Así que era la mujer perfecta.

—Sí —roca dio otra cucharada a Allie—. Tenía el cabello largo y rubio, y unos enormes ojos verdes. Podía hacer de mí lo que quería.

Jesse posó su mano sobre la de él en un gesto afectuoso.

—¿Qué sucedió, roca?

—Un accidente. El segundo año de carrera. Fuimos a casa para celebrar el día de Acción de Gracias. Íbamos a pasar la noche, pero Sherry tenía que trabajar al día siguiente y prefirió volver.

roca hizo reír a Allie robándole un trozo de melocotón. Adoraba a aquella niña. Su máxima ilusión era estar con ella, tocarla. Lo mismo que le sucedía con su madre.

Jesse le apretó la mano para animarle a que continuara.

—Yo no quería marcharme porque había niebla y hacía tiempo que no veía a mi abuela —ni a sus hermanos, a quienes tanto echaba de menos—. Pero Sherry insistió y, como de costumbre, accedí.

—¿Os peleasteis? ¿Fue eso lo que causó el accidente?

—No, pero para cuando partimos, la niebla se había espesado y yo estaba cansado. Al doblar una curva nos encontramos un ciervo en medio de la carretera. Intenté esquivarlo girando a la izquierda, pero Sherry sujetó el volante y tiró de él —era la primera vez que mencionaba a alguien lo que Sherry había hecho. No lo sabían ni la policía ni su familia—. Nos salimos de la carretera y chocamos contra un árbol. Sherry murió al instante.

De un segundo al siguiente, lo perdió todo: su prometida, su futuro y el respeto de su familia.

—Lo siento —dijo Jesse con un suspiro—. ¡Qué trágico!

—Así es —dijo él con la garganta atenazada por la emoción—. Era preciosa y estaba llena de vida, y yo la maté.

—No, roca. Tú mismo lo has dicho: fue un accidente.

—Yo accedí a viajar en condiciones adversas, yo conducía, y yo tuve la culpa —su hermano Alex se lo había dejado claro. Todavía recordaba la ira con la que le había hablado en el hospital, y sus palabras habían sido más dolorosas que los huesos fracturados y las contusiones que había sufrido en el accidente.

—Y Sherry cambió el plan original y sujetó el volante, pero no por ello la culpas. Nadie tuvo la culpa. Fue un accidente.

—Podría haberlo evitado.

—roca, sabes perfectamente que las elucubraciones sobre cómo podían haber sido las cosas si hubieran sido de otra manera no conducen a nada. Sólo son una pérdida de tiempo y de energía —dijo Jesse sin poder disimular cierta amargura.

—Pero a veces ocultan una amarga verdad.

—No —dijo ella con firmeza mientras se apoyaba en el respaldo para dejar que la camarera pusiera el plato sobre la mesa—. Sólo sirven para atarte al pasado y cerrarte un futuro lleno de posibilidades.

—Para mí, no —roca contempló su filete con patatas sin ningún apetito.

—¿Qué tomaste una decisión equivocada en tu juventud debes ser castigado el resto de tu vida?

—Me parece justo. Esa decisión arrebató a Sherry el resto de su

vida.

—¿Es ése el consejo que das a tus hombres? —preguntó Jesse con hiriente tino—. ¿Qué si cometen un error deben darse por vencidos? Lo dudo mucho.

—No estamos hablando de uno de mis hombres.

—Podrías serlo. Sólo un inmaduro recluta diría lo que tú estás diciendo. roca, tú eres un hombre racional, inteligente, generoso. El honor y el sentido del deber te definen. Perdiste a un ser querido, pero creo que has alimentado el dolor precisamente porque es contrario a tu naturaleza.

roca se quedó mirándola, preguntándose si Jesse lo conocía mejor que sus hermanos, pero se dijo que sólo podía estar imaginándolo.

Aun así, era agradable que, por una vez, alguien se pusiera tan rotundamente de su parte.

. * *

roca sudaba profusamente mientras ejercitaba sus bíceps y sus cuádriceps. Realizar la tabla tres veces al día le había fortalecido la parte superior del cuerpo, lo que le permitía maniobrar mucho mejor con las muletas. Siguiendo las instrucciones del fisioterapeuta, también ejercitaba las piernas y las sesiones de gimnasio le hacían sentir que podía controlar su recuperación y, en consecuencia, su futuro.

No soportaba sentirse indefenso, y fortalecerse físicamente le mantenía mentalmente sano, además de entretenido.

Por otro lado, le permitía disfrutar de la constante visión de Jesse.

Desde el banco de ejercicio, veía parte de la cocina y del salón, los dos reductos de Jesse.

No paraba. Cocinaba, limpiaba, estudiaba y se ocupaba de que Allie y él tuvieran todo lo que necesitaban. Bueno, en su caso, no todo.

Su risa le llegó desde la cocina, donde estaba dando de cenar a Allie, y como siempre, sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Contemplarla con la niña le provocaba un peculiar bienestar. Formaban una unidad hermosa y equilibrada de la que nunca le excluían. Si en aquel mismo momento acudiera a la cocina, lo cobijarían al instante en su pequeño círculo de intimidad para

compartir con él su alegría.

Dejó las pesas en el suelo y se secó el sudor de la frente con una toalla. En la cocina, Allie puso morritos y Jesse se inclinó para recibir un pegajoso beso. Al incorporarse, tenía la huella de una mano en la mejilla y se lamía los labios. Allie soltó una carcajada cuando Jesse fingió comérsela.

Sus juegos hicieron sonreír a roca y, súbitamente le asaltó el gozoso sentimiento de saber que él había tenido algo que ver en todo aquello al haber ayudado a Jesse y proporcionar a Allie un refugio seguro.

Jesse no dejaba de sorprenderle. Su energía, su inteligencia, su entrega y su honestidad lo abrumaban. Le hacía pensar y reír. Y le provocaba sudores.

Ya no la consideraba demasiado joven. Cuando la miraba, veía una mujer generosa, abierta y hermosa, con una increíble capacidad para escuchar.

Tomó las pesas y las dejó en su sitio.

Evitaba hablar de Sherry para no recordar el pasado, pero hablar aquel mediodía con Jesse le había liberado de parte del peso que arrastraba, ayudándole a pensar en el pasado desde una perspectiva más madura. No estaba seguro de que se hubiera producido un verdadero cambio, pero los argumentos que había esgrimido Jesse a su favor le habían dado mucho que pensar.

Pero todo pensamiento relativo al pasado se esfumó al alzar la vista y ver a Jesse llegar con Allie en sus brazos. Era evidente que, mientras estaba distraído, Jesse había intentado limpiar las manchas que le había dejado la niña, y una marca de humedad hacía que la camiseta se pegara a sus redondos senos, marcando el perfil de sus pezones.

Se quedó en el umbral de la puerta, sonriente.

—A esta niña le enloquecen los melocotones. No sé quién necesita más un baño, si ella o yo.

—Los melocotones son deliciosos —dijo roca, enrollándose la toalla al cuello antes de ponerse en pie. Al llegar la puerta, se inclinó y atrapó la boca de Jesse y la besó profundamente. Luego, con una pícara sonrisa, irguió la cabeza y, lamiéndose los labios, añadió:

—¡Qué dulces!

Jesse abrió el cajón de la cómoda de roca para guardar unos pantalones vaqueros, unos calcetines y unos calzoncillos. Al dejar éstos, recordó lo *sexy* que estaba roca con ellos puestos y se estremeció.

roca le volvía loca. El roce constante y los besos ocasionales que le daba estaban nublando su capacidad de pensar racionalmente.

Recordó el primer baño que le había dado en la cama y cómo había deseado lamerle el cuerpo entero, sin que le afectaran ni su mal humor ni su actitud distante. Al menos hasta que roca la rechazó abiertamente.

Lo que le había contado de Sherry explicaba muchas cosas, pero Jesse pensaba que roca llevaba demasiado tiempo castigándose a sí mismo por lo ocurrido. Se merecía ser feliz.

Del lado izquierdo del cajón sacó el pijama de roca que más le gustaba: una camiseta y unos pantalones cortos. Había acostado a Allie y, en cuanto acabara de guardar la ropa limpia, podría sentarse a estudiar. Una de las ventajas de lo incómodo que resultaba el sofá, era que no le apetecía acostarse.

Cuando iba a cerrar el cajón, le llamó la atención un brillo dorado. Se trataba del reloj de bolsillo que roca había heredado de su abuelo y que se había estropeado en el accidente.

El reloj brillaba como el buen oro, y pesaba como una pieza de calidad excepcional. Acarició la parte de atrás con el pulgar en actitud pensativa. En el centro había una inscripción: ESJ, con la ese un poco mayor que la otras dos letras.

Jesse era muy consciente de que nada de lo que hiciera compensaría la bondad y generosidad de roca al casarse con ella, pero tenía ante sus ojos algo con lo que podía al menos darle una alegría: llevaría a arreglar el reloj y con ello le devolvería parte de su vida.

—Jesse —llamó roca desde la puerta.

—Sí —Jesse se volvió y estuvo a punto de tropezarse al descubrir a roca completamente desnudo. Para no caerse, asió al borde de la cómoda.

—Estoy cansado del entrenamiento —dijo él, pasándose una mano por el pecho—. Necesito que me ayudes con la ducha.

Jesse sintió al instante que se quemaba por dentro. ¿roca quería que le echara una mano en la ducha? ¿Bajo el agua caliente, con el jabón, compartiendo con ella un espacio tan íntimo y reducido? No estaba segura de lo que realmente le pedía porque no acostumbraba

a solicitar ayuda de ningún tipo.

A duras penas, se mordió la lengua para no preguntárselo directamente. No estaba segura de poder soportar que la rechazara una vez más. Y en su momento, roca no se había molestado en contradecirla cuando expresó su temor a que creyera que pretendía atraparlo.

Por otro lado, y viendo que se mantenía perfectamente en pie en el umbral de la puerta y que no daba ninguna muestra de fragilidad, el mensaje resultaba todavía más indescifrable.

—¿Estás mareado? —preguntó, yendo hacia él y sintiendo que la atracción entre ellos se incrementaba con cada paso que daba.

—No —dijo él, desnudándola con la mirada.

—roca —Jesse susurró. Si verdaderamente necesitaba su ayuda, por supuesto que se la daría. Pero si se trataba de una insinuación, la ducha le parecía un lugar un tanto peligroso. Se detuvo delante de él—: Voy a por el traje de baño.

Sin apartar la mirada de ella, roca sacudió la cabeza lentamente.

—No lo necesitas.

Jesse no sabía moverse en la incertidumbre. Necesitaba saber qué pretendía.

—roca, si lo que quieres es desnudarme, no pienso poner ninguna objeción, pero con la escayola, sería mejor que lo hicieras en la cama y no en la ducha.

—Me has leído el pensamiento —roca la sujetó por la nuca y la atrajo hacia sí—. Ven aquí.

Sus labios reclamaron los de ella con un calor ardiente, pero sin prisa, con delicadeza, jugueteando con su lengua y con sus labios, aspirando el suspiro que escapó de su garganta.

Jesse le rodeó el cuello con los brazos y se puso en puntas para amoldarse a su cuerpo. roca se apoyó en el marco de la puerta para soportar el peso del cuerpo de Jesse. Cuando dibujó un rastro de besos desde la comisura de los labios de ella hasta el sensible punto de la unión del cuello y el hombro, Jesse sintió que le flaqueaban las piernas y se apoyó de lleno en él. roca la sujetó sin dificultad mientras subía la mano desde su cintura hasta cubrir uno de sus senos. Jesse se estremeció.

—Toda una vida —susurró, mordisqueando el pecho de roca.

—¿Toda una vida, qué? —preguntó él, divertido, mientras succionaba el lóbulo de la oreja de Jesse.

—Llevo toda una vida esperando este momento.

Jesse se colocó a un lado para servir Brock de apoyo y, metiéndose debajo de su brazo, lo condujo hasta la cama.

* * *

Más tarde, Jesse sintió un escalofrío cuando Brock le acarició la espalda desde la cadera hasta los hombros. Su cuerpo seguía hipersensibilizado tras hacer el amor.

Brock sabía cómo volver loca a una mujer y conducirla a un clímax del que era difícil retomar a la realidad. Su cariño y delicadeza, sus movimientos, el control que era capaz de ejercer sobre su propio cuerpo, demostraron a Jesse la diferencia entre hacer el amor con un hombre de verdad o con un niño.

Suspiró satisfecha y se arrebujó en los brazos de Brock.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Maravillosamente —Jesse le acarició el pecho. Adoraba el cosquilleo que su vello producía en sus dedos—. ¿Y tú?

—Diría que no me he encontrado tan bien en más de un año y medio.

Jesse se incorporó sobre el codo para mirarle a la cara. Era cierto que tenía el aspecto de un hombre satisfecho. Tenía el cabello alborotado, los músculos relajados y esbozaba una suave sonrisa. Por primera vez, las arrugas de su entrecejo se habían difuminado.

—¿Un año y medio? ¿Quieres decir que no has estado con ninguna mujer en ese tiempo? No esperaba que me fueras fiel, Brock.

Brock dejó escapar un gemido y se cubrió los ojos.

—¡A buenas horas me lo dices! —bromeó.

—No te rías —dijo ella, desconcertada con la revelación—. ¿Has permanecido célibe todo este tiempo? Me encanta. ¿Así que no sólo he obtenido todos los beneficios de estar casada, sino que, además, has hecho ese sacrificio por mí? No es justo.

Brock le acarició el cabello.

—No debes culparte. La decisión ha sido mía.

—No lo comprendo —susurró Jesse—. ¿Por qué?

—He descubierto que, en lo relativo al matrimonio, soy muy tradicional. ¿Y tú?

—Yo también.

Brock la miró fijamente.

—Entonces, ¿tú tampoco has estado con nadie?

—¿Estás preguntándome si te he sido fiel?

—A mí no, a los votos que hicimos. Nuestro acuerdo no impedía que salieras con otros.

Turbada por la dedicación y entrega de Brock, Jesse no estaba segura de lo que quería oír. Aunque los separaran miles de kilómetros, en realidad él había estado presente en su vida durante cada minuto de su ausencia. En ningún momento se le había pasado por la cabeza salir con ningún otro hombre.

—Prometí cuidar de tu reputación —le recordó.

—Para eso bastaba con que fueras discreta; no exigía abstinencia —Brock le retiró un mechón de cabello del rostro con una delicadeza que contrastaba con la intensidad de su mirada—. Pareces incómoda con la pregunta. Puedes decirme la verdad. Prometo no enfadarme.

—No sé ni por qué la haces. He pasado siete meses embarazada, los siguientes seis, he estado pendiente de un bebé, y además, todavía estoy intentando perder el peso que gané durante el embarazo. No creo que resultara particularmente atractiva. Además, si es que hubiera estado buscando ligue, que la verdad, no se me había pasado por la cabeza, ¿de dónde iba a sacarlo si mi único tiempo libre lo pasaba con las mujeres de los marinos?

—Trabajas en la base de la Marina, donde hay veinte hombres por cada mujer, y vas a la facultad. Eres una mujer hermosa y joven. Seguro que se te ha presentado alguna oportunidad.

—¡Ah, bueno! —Jesse alzó la barbilla—. Es cierto que en una de mis clases había un estudiante monísimo.

Brock rió y la atrajo hacia sí para besarla.

—¡Mentirosa!

—Pues claro que sí —Jesse se aprovechó del movimiento para iniciar ella un nuevo beso, más lento y prolongado, antes de separar la cabeza y acariciar el labio inferior de Brock con el pulgar—. Tengo la sensación de que te enfadarías si supieras que había estado con otro. Creo que estás celoso.

—¿Es tan evidente? —Brock apoyó la cabeza en la almohada.

—Es muy halagador —Jesse le mordisqueó el mentón—. Pero no necesitas molestarte. La verdad es que desde que me desmayé a tus pies en el Green Garter, no ha habido otro hombre para mí.

—Jesse, tu sinceridad me emociona —Brock la colocó sobre sí y estrechó su cabeza contra su pecho—. ¡Ojalá fuera el hombre que crees que soy en lugar de un hombre destrozado, con un pasado deplorable y un futuro incierto!

—Y a mí me gustaría que te vieras a ti mismo con la claridad que te veo yo. Así tendrías más fe en ti mismo y sabrías si quieres seguir en la Armada o no.

Brock guardó silencio unos instantes mientras acariciaba el cabello de Jesse. Cuando finalmente habló, sus palabras rompieron el corazón de Jesse.

—Soy marino. La Armada ha sido mi hogar durante diecisiete años. Si perdiera mi lugar en ella, dejaría de ser quien soy.

Capítulo Once

Brock encontró la felicitación de cumpleaños en la papelera del dormitorio.

—¿Qué es esto? —preguntó en alto a Allie al tiempo que la sacaba y la leía.

Al lado del mensaje impersonal de la tarjeta, sólo había el mensaje: *Felicidades de parte de tus padres.*

Realmente eran unos padres sin corazón. Ni un mensaje cariñoso, ni siquiera las firmas individuales, o «mamá y papá». Sólo «tus padres». ¿Cómo era posible que una pareja tan fría hubiera tenido una criatura tan generosa, cariñosa y honesta como Jesse?

Allie intentó tomar la tarjeta, pero Brock la devolvió a la papelera.

—Tus abuelos son unos auténticos memos.

Jesse se merecía mucho más, y él era el más apropiado para dárselo. Su cumpleaños le ponía en bandeja la oportunidad perfecta.

—¿Cuándo es el cumpleaños de tu mamá? ¿Ayer, hoy, mañana?

¿Cómo era posible que no lo supiera? Al menos sí sabía que tenía veinticinco años. Pensó en la joven asustada y testaruda que había dejado atrás para convertirse en una hermosa y competente mujer, capaz de ocuparse de su hija y de su casa.

—Seguro que Emily lo sabe. La llamaremos. Estará encantada de cuidar de ti para que mamá y yo podamos pasar una noche inolvidable.

Se puso la muleta bajo el brazo, recolocó a Allie sobre su cadera y fue hacia el dormitorio de la niña.

—Será nuestro secreto. Y si Emily se queda contigo toda la noche, mamá y yo podremos dormir hasta tarde. A papá le encantaría.

Allie aplaudió como si le comprendiera y Brock rió.

—De acuerdo. Ya tenemos un plan.

Brock tramaba algo. Jesse lo sabía porque reconocía la actitud que adoptaba cuando quería estar al mando y por las vibraciones que emitía mientras esperaba a que sus planes se consolidaran.

Alzó la mirada de los libros que estaba estudiando. Primero miró a Allie, que jugaba apaciblemente; luego a Brock. Sentado delante del ordenador, leía con aparente calma su correo. Sin embargo, el aire estaba cargado de electricidad.

Sí. No cabía la menor duda. Brock tramaba algo.

Llamaron a la puerta y, sin saber por qué, Jesse se irguió expectante. Algún detalle, quizá la forma en que Brock miró la hora, le confirmó que lo que estaba a punto de suceder estaba relacionado con quienquiera que estuviera al otro lado de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Jesse, poniéndose en pie.

—Yo no, pero Allie sí.

Jesse lo miró con sorpresa.

—¿Cómo?

Brock señaló la puerta con la barbilla.

—Ve a abrir.

Intrigada, Jesse obedeció. Se trataba de Emily y de sus dos hijos.

—Hola, Jesse —los dos chicos, de cinco y siete años, repitieron el saludo al tiempo que entraban y corrían hacia Brock—. ¡Hola, tío Brock! —saludaron y admiraron su escayola.

—Hola, guapa —Emily estaba preciosa con unos vaqueros premamá y una camisa roja sin mangas—. Será mejor que te arregles. Tu coche espera a la vuelta de la esquina.

—¿Mi coche? —Jesse abrazó a su amiga—. Está en el garaje.

—No, tonta. La limusina.

—¿Una limusina? —Jesse no lograba comprender—. ¿Qué limusina? —asomó la cabeza por la puerta y, efectivamente, vio la parte de atrás de una gran limusina blanca.

—¡Vaya! —Emily puso cara de contrariedad—. ¿He estropeado la sorpresa? Lo siento. ¡Felicidades! —Emily se abrazó a su cuello y se echó a llorar.

—Tranquila, no pasa nada —Jesse le palmeó la espalda mientras miraba hacia Brock en busca de ayuda.

—¡No! —gimió Emily—. Tu hombre te ha preparado algo muy elegante y especial, y yo me he retrasado. Si no, la limusina no habría llegado ya.

—¡Otra vez se le ha roto una tubería a mamá! —dijo Troy, su hijo de siete años, acercándose a ella para consolarla.

—Sí —confirmó su hermano menor—. Parece una fuente.

—¡Niños, niños! —les amonestó Jesse—. ¿No veis que mamá está disgustada?

—No pasa nada —dijo Brock en tono tranquilo a la vez que abrazaba a Emily—. Todo está bien. No has estropeado nada.

Jesse lo miró con admiración. Conocía pocos hombres con el valor suficiente como para consolar a una mujer sollozante y menos si esa mujer estaba embarazada.

Emily se abrazó a él.

—Te he arruinado la sorpresa.

—En absoluto. Tú eres la mejor parte de la sorpresa. Chicos, ¿podéis ir a por la bolsa de Allie? Está sobre la cómoda.

—¡Claro! —los chicos corrieron al dormitorio de Allie.

Al oír a la niña protestar, Jesse fue a tomarla en brazos antes de que también ella se echara a llorar.

—No llores, cariño. Emily llora de alegría.

—Así es —Brock llevó a Emily hasta el sofá y le dio un pañuelo de papel—. No tienes por qué disgustarte. Has llegado a la hora exacta. El coche ha llegado antes de lo previsto. Pero ya que estás aquí, puedes ayudar a Jesse a arreglarse.

—Lo haré encantada —Emily abrió los ojos desmesuradamente al tiempo que se sonaba la nariz—. Pero, ¿y Allie?

—Los niños pueden ocuparse de ella. Yo me vestiré en su dormitorio y así podré controlarlos. ¿Verdad, chicos?

Troy apareció con la bolsa de Allie y su hermano tras él.

—¡Claro! —dijeron al unísono—. ¿Podemos jugar con el mecano?

—¿Ves? —Brock dio un beso a Emily—. Todo el mundo está contento.

—Menos mal —Emily sonrió—. Siento estar tan llorona.

—Estás preciosa y embarazada, y no nos importa que llores —dijo Brock, guiñando un ojo a Jesse. Ésta sonrió y hundió el rostro en el cuello de Allie. Le sobrecogía una emoción que apenas le dejaba respirar. Amaba a Brock. Estaba locamente enamorada de él, de los pies a la cabeza.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él al oído, posando la mano en su cintura.

Su calor la envolvió; su tono considerado le hacía sentirse especial. Brock le tocaba el corazón a todos los niveles y se sentía dichosa de que formara parte de su vida. Aunque también desafortunada.

La culpabilidad que había asumido por la muerte de su prometida le impedía adquirir cualquier compromiso sentimental. A

no ser que consiguiera convencerle de que no era culpable del accidente, no habría un futuro para ellos.

Pero aquella no era la ocasión de preocuparse por lo que tal vez era inevitable. Brock había hecho un gran esfuerzo para convertir aquella noche en especial. Y lo había hecho por ella.

Aunque no comprendía cómo había averiguado que era su cumpleaños, era la primera persona que se esforzaba por hacerle sentirse excepcional.

—Gracias a ti me siento maravillosamente —Jesse se cobijó en sus brazos, con Allie entre ambos. Se puso de puntillas y le dio un beso—. Sea lo que sea lo que has planeado para el resto de la noche, ya ha sido fantástica.

Brock sonrió.

—Todavía no has visto nada, cariño —él la estrechó contra sí para darle un beso más profundo—. Ve a arreglarte. Nos vamos en media hora.

* * *

El resto de la noche demostró que Brock era un magnífico organizador al que no se le escapaba ningún detalle. Champán, limusina, mesa en un restaurante con vistas al mar, paseo en carruaje a la luz de la luna… Todo fue perfecto.

Y todo giraba en torno a ella.

—Éste ha sido el mejor día de mi vida —dijo a Brock en la limusina, de camino a casa. Apoyó la cabeza en su hombro—. Tiene gracia que uno nunca salga a pasear por la ciudad en la que vive.

—Ya. Te había visto mirar los carruajes con curiosidad y eso me hizo pensar que, a pesar de haber recorrido el mundo entero, yo nunca había hecho una excursión por la ciudad. Ha sido muy divertido.

—Sí —Jesse rió—. Seguro que llevas toda la vida deseando pasear por San Diego en un coche tirado por caballos.

Brock rió y le hizo girar la cabeza para besarla.

—La compañía ha hecho que valiera la pena.

—A mí me ha encantado —Jesse tomó el rostro de Brock entre sus manos. Quería que supiera cuánto le agradecía lo que había hecho—. Gracias. Nunca nadie había pensado tanto en mí. Me has hecho sentir importante y querida.

—Porque eres especial —dijo él con solemnidad—, y me importas mucho.

Jesse tuvo que morderse el labio para no expresar sus sentimientos, para no decirle lo que había descubierto hacía sólo unas horas. Además, Brock no estaba preparado para oírlo. Aunque importarle era ya un paso que quizá podría conducir hacia sentimientos más profundos.

—Además… —Brock dio al botón que subía la mampara que los separaba del chófer—, la noche es larga y está a punto de volverse aún más especial.

Se agachó para besarle la base del cuello y Jesse sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Gimió y ladeó la cabeza para facilitarle el acceso.

—¿No te estarás insinuando, verdad? —dijo, ronroneando.

—Por supuesto que no —Brock le mordisqueó el hombro hasta atrapar entre los dientes el tirante del vestido y tirar de él hacia abajo—. Sólo sugería que diéramos otra vuelta en el coche.

Jesse entró en la elegante joyería Sullivan's. Revestida de paneles de madera oscura y con vitrinas en las que se exponían antigüedades, la iluminación indirecta y una mullida moqueta, contribuían a un ambiente de exquisito lujo.

Brock tenía una reunión en la comandancia y Jesse había aprovechado para llevar el reloj a arreglar.

Una joven rubia con un traje de chaqueta rojo se acercó sonriente.

—Bienvenida a Sullivan's. Me llamo Gabrielle, ¿en qué puedo ayudarla?

—Me han informado de que se dedican a la venta y reparación de relojes de bolsillo —Jesse sacó el de Brock del bolso—. Mi marido adora esta pieza, pero se le ha roto en un accidente. Me gustaría que lo repararan.

—Desde luego. Pase por aquí.

Gabrielle la llevó hasta una vitrina de cristal en la que se exhibían relojes antiguos.

—Voy a llamar a Martin —Gabrielle levantó el auricular del teléfono y marcó una extensión—. Él es quien repara los relojes de nuestras tiendas.

Unos minutos más tarde, Martin, un hombre de edad indeterminada, calva incipiente y agudos ojos grises, se reunió con ellas, tomó el reloj con cuidado y lo estudió atentamente. Sin alzar

la mirada, comentó:

—El cristal no será ningún problema. Tendré que abrirlo para evaluar el daño interno. Puede que no sea más que un muelle. Es una pieza muy especial. ¿Dónde la ha encontrado?

—Mi marido lo heredó de su abuelo —contestó Jesse.

—¿Y la S se corresponde con el apellido?

—Creo que sí. Su apellido es Sullivan, el mismo que la tienda —sonrió por la coincidencia—. Pero no conozco toda la historia. Sólo sé que es muy importante para mi marido.

Martin asintió.

—Es una pieza muy especial —repitió—. Voy a abrirlo en la trastienda para poder darle un presupuesto.

—Muy bien —Jesse le vio desaparecer tras una puerta. Gabrielle se ofreció a enseñarle alguna pieza, pero Jesse negó con la cabeza —. No se moleste, miraré las vitrinas.

Habían pasado apenas unos minutos cuando un hombre alto, de cabello oscuro y vestido con un traje negro, se acercó a ella.

—¿Señora Sullivan? Soy Ricky Sullivan, presidente de las joyerías Sullivan.

—Encantada —Jesse le estrechó la mano, asombrada por el azul claro de sus ojos. Le recordó a Brock y pensó que quizá había habido alguna relación entre las familias.

—Martin me ha enseñado el reloj que ha traído. Sabe que los colecciono y ha supuesto que me interesaría verlo. Me ha dicho que el apellido de su marido es Sullivan.

—Sí. Brock Sullivan; Pertenece a la Armada. El reloj se rompió al tener un accidente en el barco.

—¿Así que está en alta mar? —Rick Sullivan se apoyó en actitud relajada contra una de las vitrinas—. Debe de ser duro.

—Lo es cuando está lejos, pero en este momento está en casa.

—Me alegro —pareció genuinamente contento con la noticia—. ¿Cree que le interesaría vender el reloj?

—Ni hablar —Jesse sacudió la cabeza al comprender cuál era el objetivo que perseguía—. Es una pieza de la familia. Sufrió mucho cuando se estropeó. De hecho, lo he traído para darle una sorpresa.

—¿Así que no sabe que está usted aquí? —preguntó Sullivan con una intensidad en la mirada que chocaba con su tono intrascendente.

—No. Un amigo me ha recomendado esta tienda. Y al tener el mismo nombre que mi marido, ha sido fácil recordarla.

Jesse empezó a preguntarse por qué le hacía tantas preguntas, pero en ese momento Gabrielle apareció y le dio un papel con el presupuesto y un recibo. Sullivan se irguió.

—Quedará muy satisfecha —dijo—. Martin es el mejor relojero de la ciudad. Gabrielle, asegúrate de que la señora recibe el descuento familiar.

—¡No, no! —protestó Jesse—. No quería decir que hubiera ninguna relación entre mi marido y ustedes.

—Es lo menos que podemos hacer por nuestros hombres —dijo el señor Sullivan. Y tras saludar con un gesto de la cabeza, se marchó.

—Gracias por todo, tío —Jake estrechó la mano de Brock a la entrada de su casa—. Gracias a la idea de Jesse de organizar una barbacoa, la fiesta para los regalos del bebé ha sido soportable. Emily está entusiasmada.

—Sí —Brock sonrió—. Veo que tú también.

Jake alzó las manos a la defensiva.

—Escucha, está embarazada de ocho meses. Cualquier cosa que la haga feliz, me hace feliz a mí también —dio una palmada en la espalda de Brock—. Somos muy afortunados. Tenemos unas chicas excepcionales.

—Sí —al recordar el sexo de la noche anterior y la dedicación de Jesse para que la fiesta de Emily saliera bien, Brock no pudo sino estar de acuerdo—. Tienes toda la razón.

—Tengo que admitir que me preocupaba que te casaras justo antes de irte de maniobras, pero cada vez que os veo me doy cuenta de que estáis hechos el uno para el otro.

—¿Tú crees? —a Brock le inquietó cuánto le gustaba oír aquellas palabras.

—Sí. Está claro que Jesse te hace feliz, amigo.

—¿Y ella? —se preguntó Brock en alto—. ¿También parece feliz?

—Tú lo sabrás mejor que yo, pero te aseguro que se le ilumina la cara cada vez que te mira. O te adora o está embarazada.

Otro comentario que podía haber angustiado a Brock pero que, sin embargo, le hizo sentir una extraordinaria emoción.

—Sólo dices eso porque quieres alguien con quien compartir tu agobio —dijo Brock.

—Puede que sí —rió su amigo—. Aunque tienes que reconocer que no sería tan terrible. De lo que estoy seguro es que estarás encantado de que te hayan quitado la escayola.

—Desde luego que sí. La rehabilitación está siendo una tortura, pero el fisioterapeuta se muestra muy optimista. Según él, la pierna está fuerte y con trabajo y paciencia recuperaré la movilidad completamente.

—Nunca lo dudé.

—Papá —Troy llegó y tiró del brazo de su padre—. Te llama mamá. Dice que tiene que hacer pipí.

—¡Me llama el deber! —Jake fue hacia el coche—. Da a Jesse un beso de mi parte.

—Ni lo sueñes. Voy a guardar todos para mí.

Vio alejarse a sus amigos mientras sacudía la cabeza. Era increíble. Estaba completamente obnubilado. Y lo peor era que ni siquiera le importaba.

Se quedó en la puerta después de que los Reed partieran mientras pensaba en lo que Jake acababa de decir. Era verdad que Jesse le hacía sentir feliz y le había proporcionado aquello de lo que había carecido los últimos dieciocho años: un hogar.

A lo largo de su carrera había realizado maniobras centenares de veces, pero aquélla era la primera ocasión en la que había dejado atrás algo importante. Después, los correos y las cartas de Jesse le habían mantenido unido a la vida.

Seguir el desarrollo de Allie con Jesse había constituido una experiencia inigualable. Ella expresaba sus sentimientos, sus ansiedades, su alegría con tanta libertad que resultaba contagiosa. Le había hecho amar a Allie incluso antes de que naciera.

Y esa generosidad de espíritu, su humor y su alegría, habían hecho que se sintiera menos solo en el barco. Jesse era muy intuitiva sobre la naturaleza de las personas, y en más de una ocasión le había proporcionado consejos muy acertados que le habían ayudado a resolver problemas a bordo.

Hacía más de un año se había marchado dejando una flor rota y, al volver, la había encontrado en su esplendor. Ser madre le había sentado bien. Al dejar de ser una niña, su inteligencia y fuerte personalidad la convertían en una mujer segura de sí misma. Y extremadamente *sexy*.

Jesse le importaba. Despertaba su deseo. Se merecía, igual que su hija, tener una vida maravillosa. La cuestión era si él era su

mejor opción.

Su historia decía que no, pero todavía no estaba en disposición de marcharse.

Jake tenía razón. Encajaban. Y por el momento, eso le bastaba.

Dio media vuelta para entrar en la casa e ir a reclamar su beso cuando una voz que reconoció al instante le hizo detenerse.

—Brock Sullivan, quiero hablar contigo.

Capítulo Doce

Brock se volvió y vio a su hermano Rick caminando hacia él. Desde el otro lado de la calle, Rett, su gemelo, lo siguió tras aparcar el Jaguar. Tenían un aspecto excelente. Eran físicamente idénticos aunque tenían estilos algo diferentes; el color del cabello y de los ojos los identificaba al instante como Sullivan.

Para Brock, la visión fue dolorosa y motivo de una inoportuna preocupación. Todavía no había hablado a Jesse de su familia, así que presentarle a parte de ella cuando no sabía de su existencia iba a requerir muchas explicaciones. Sin embargo, se había quedado sin opciones.

—Rick, Rett —saludó—. ¿Qué hacéis aquí?

—Hemos oído que estabas en la ciudad, herido. ¿Cómo no íbamos a venir? —dijo Rick, estrechándolo en un fuerte abrazo—. Menos mal que estás entero.

—¿Se ha chivado Ford? —Brock decidió que la noticia sólo podía haberles llegado de parte de su hermano menor—. Debía haberos dicho que me encontraba perfectamente.

—¿Ford sabía lo del accidente? —preguntó Rett, cambiando el sitio con Rick para abrazar a su hermano—. Se va a enterar. ¿No piensas dejarnos pasar ni presentarnos a tu mujer?

—No puedo creer que te hayas casado sin decírnoslo —Rick sacudió la cabeza con dramática desilusión—. La abuela te va a echar una buena regañina.

De eso sí que Brock estaba seguro.

—La abuela… —musitó Brock con una mezcla de amor y vergüenza. La amaba tanto, le debía tanto y le había decepcionado tanto… Pero si sus hermanos estaban allí y sabían que estaba en la ciudad, no podría seguir retrasando el ir a verla.

—Escuchad, chicos, necesito unos minutos antes de haceros pasar. Pero antes que nada, si no os lo ha dicho Ford, ¿cómo sabéis lo que me ha pasado? ¿Quién os ha hablado de Jesse?

Rick sacó el reloj de oro del bolsillo.

—Tu mujer trajo esto a Sullivan para que lo repararámos.

—Mi reloj —dijo Brock, tomándolo—. Me preguntaba dónde lo había metido. ¡Funciona!

A su espalda, Jesse abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿No piensas entrar?

Brock se quedó paralizado. Ya no tendría unos minutos para prepararla.

—Señor Sullivan —saludó Jesse, sorprendida al ver a Rick. Salió y se quedó junto a Brock—. ¿Qué hace usted aquí? —al ver el reloj en manos de Brock, añadió—: No esperaba que entregara el reloj a domicilio. De hecho, iba a ser una sorpresa.

Rick se encogió de hombros con una sonrisa.

—Pues lo ha sido. Y de las grandes.

—No comprendo —dijo ella, pero miró alternativamente a los tres hombres y, clavando la mirada en Brock, concluyó—: ¿Tus hermanos gemelos?

—Sí —antes de que Brock tuviera tiempo de explicarse, llegaron más miembros de su familia.

Ford y Cole aparecieron al pie del camino de acceso; al otro lado de la calle, Brock vio a Alex aparcando. Del coche bajaron la abuela, la mujer de Alex, Samantha, y su primo Mattie.

¿Qué estaba pasando? Toda su familia se presentaba ante su puerta. La emoción le atenazaba después de tantos años de autoexilio. Había hecho añicos el mundo seguro de aquéllos a los que amaba y, al permanecer alejado, había confiado en que pudieran olvidar la muerte y la pérdida que les había provocado, así como la decepción que les había causado. ¿Por qué, entonces, le buscaban?

—¿Brock? —Jesse se pegó a Brock y pasó la mano por su brazo. ¿Quién era toda aquella gente?

El parecido era tan obvio que estaba claro que tenía que tratarse de su familia, pero ¿qué hacían allí todos? ¿Por qué Brock no le había hablado de ellos?

Brock le tomó la mano y se la llevó al corazón. Al mirarla, Jesse vio sus ojos nublados por tal confusión que fue incapaz de interpretar lo que le sucedía.

—Ven conmigo —dijo él—. Quiero presentarte a alguien —de la mano, la llevó hasta una mujer mayor con vivarachos ojos azules.

—Abuela —soltó a Jesse para abrazar a la mujer. Luego se volvió a Jesse para que se adelantara—. Ésta es mi mujer, Jesse —al continuar, esquivó la mirada de Jesse—. Ésta es mi abuela.

—Querida —la mujer tomó la mano de Jesse y la estrechó afectuosamente—. ¡Qué alegría conocerte! —lanzó una mirada recriminadora a Brock—. Estoy muy enfadada con Brock por no

habernos presentado antes.

Jesse tragó saliva. Las presentaciones se sucedieron. Más hermanos, un primo, una cuñada. Se trataba de una familia grande. Y ella se sentía estúpida. Todo aquel tiempo había pensado que Brock estaba sólo en el mundo, que ella le había proporcionado en los últimos meses algo de lo que siempre había carecido.

Muda por la sorpresa, se limitó a sonreír.

—Por favor, pasad. Estoy segura de que tenéis muchas cosas que contaros. Tengo que ir a ver cómo está Allie. Por favor, pasad.

Dio media vuelta y entró precipitadamente. Necesitaba unos segundos para recuperarse de la sorpresa. Corrió al dormitorio de Allie. La niña dormía profundamente, exhausta tras la excitación de la barbacoa. A Jesse le dio envidia su relajado abandono. Hubiera dado cualquier cosa por sufrir amnesia y no recordar los últimos minutos, una pesadilla que contrastaba dramáticamente con el dulce sueño que había vivido el último mes.

Brock llevaba seis semanas afectuoso y atento. Desde su cumpleaños, se habían convertido en una verdadera familia. Aunque era lo bastante racional como para no hacerse ilusiones, Brock había sido tan cariñoso que su corazón había vencido su parte más racional. Pero el cariño y el amor no eran lo mismo. Brock no le habría ocultado que tenía una familia si la hubiera amado.

Sin embargo, no había mencionado a sus hermanos ni una sola vez. Y siempre que hablaba del pasado, de su abuela o de Sherry, siempre, lo había hecho como si ninguna de las dos viviera.

¿Por qué la consideraría tan poco digna de su amor? ¿Por qué no merecía formar parte de su familia?

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero estaba decidida a dominarlas. Tomó un pañuelo de papel, se secó los ojos, miró a Allie y se dijo que ella era su familia, la única persona en el mundo que la amaba de verdad.

No era ella quien salía perdiendo. Desde el principio había sabido que Brock nunca le pertenecería. Gracias a él, tenía una niña preciosa y saludable. Si no las quería a su lado, era él quien saldría perdiendo. Una lágrima cayó sobre el brazo de Allie. La niña despertó y se giró para mirar a su madre. Aunque no lloró, tampoco volvió a cerrar los ojos. Parecía percibir la tristeza de Jesse. Sentándose en la cuna, alzó los brazos hacia ella y la llamó:

—¡Mamá!

—Mi niña —Jesse la estrechó contra su pecho—. Te quiero.

—Jesse —Brock la llamó desde la puerta.

—Ya vamos —dijo ella sin mirarlo para evitar que viera la emoción que la embargaba.

—Quiero hablar contigo primero y explicarte —Brock dio un paso hacia ella.

—Ya lo harás más tarde —Jesse se alejó y tomó un elefante de peluche para dárselo a Allie—. Ahora estás ocupado.

—Es de eso de lo que quiero hablarte. Sé que estás disgustada porque no te he hablado de mi familia, pero quiero que sepas que, si no lo he hecho, ha sido por mí, no por ti.

—Debemos reunirnos con tus invitados —Jesse pasó de largo hacia la puerta—. Tu familia te espera.

Brock la sujetó por el brazo.

—Allie y tú sois mi familia.

—Por favor, no digas eso —Jesse no intentó soltarse, sólo agachó la cabeza—. No digas algo que no sientes para hacerme sentir mejor. No es justo.

Estrechando a Allie en sus brazos, Jesse se unió a los demás Sullivan en el salón y se sentó junto a la abuela en el sofá. Tal y como esperaba, la atención pasó de ella a Allie.

Jesse dejó que Brock contestara a las preguntas. Siempre había actuado como si Allie fuera su hija, pero sólo él podía decidir si seguiría haciéndolo delante de su familia. No sería ella quien les mintiera.

Como un padre orgulloso, Brock les proporcionó las estadísticas vitales de Allie, así como una lista de sus principales logros.

—Ha empezado a ponerse de pie ayudándose de los muebles. No tardará en andar.

—Brock, es preciosa —cuando continuó, la voz de su abuela estaba teñida de emoción—. ¿Por qué has permanecido alejado tanto tiempo?

Brock la miró con gesto inmutable.

—La Armada exige largas temporadas de ausencia.

Su abuela sacudió la cabeza pero no insistió. Jesse podía percibir el amor que irradiaban los Sullivan y le perturbó descubrir que la familia se sentía fracturada por la ausencia de Brock.

La conversación continuó con la familia ansiosa por ponerse al día. Como era lógico, sentían curiosidad por los detalles de la boda. Tras dieciséis meses de experiencia, Jesse no tuvo dificultad en

contestar con evasivas.

—Estamos felices de que esté en casa —dijo, al concluir con algunos detalles más centrados en el presente que en el pasado—. Los últimos días hemos celebrado que le quitaran la escayola.

El comentario desvió la conversación hacia el accidente de Brock y la naturaleza de sus lesiones.

—Puede que haya sido lo mejor que podía pasarme —dijo Brock. Y miró a Jesse a los ojos—. He descubierto que me encanta pasar tiempo en casa con mi mujer y mi hija.

Aquella noche, Jesse estaba en la cama, de espaldas a Brock. Perturbada por los acontecimientos de la tarde, había evitado a Brock al marcharse su familia, acostando a Allie y dándose una ducha antes de meterse en la cama y hacerse la dormida para cuando él se acostó.

¿Por qué no le había hablado de su familia?

Por más que lo intentaba, no lograba dejar de hacerse esa pregunta.

Los Sullivan se habían marchado en grupo, tal y como habían llegado. Eran gente buena, a la que, evidentemente, les importaba haber perdido contacto con Brock.

Jesse había percibido una especial tensión y angustia en su abuela y en Alex, su hermano mayor, como si la separación les afectara particularmente.

Cuanto más lo razonaba, menos comprendía por qué Brock había roto lazos con una familia tan afectuosa. Jesse suponía que estaba relacionado con la muerte de Sherry, pero ninguno de los Sullivan parecía guardar ningún rencor hacia Brock.

¿Habría sido él mismo quien había decidido alejarse a modo de castigo? ¿Como Sherry había perdido la vida, él decidió que debía perder lo que más valoraba?

¿Y ella? ¿Qué lugar ocupaba en todo aquello? ¿Se trataba de una buena obra con la que pretendía redimir los pecados de su juventud?

La posibilidad de que sólo la considerara un deber, destrozaba a Jesse. Era una experiencia por la que ya había pasado, y por la que se había jurado no volver a pasar.

Aquella tarde, entre los Sullivan, se había sentido como una espectadora, pero aun así, había recibido más cariño y atención de

ellos que de su propia familia. Su amabilidad y sincero interés en conocerla le habían emocionado.

Y todos ellos vivían cerca. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos.

¿Por qué Brock no le había hablado de ellos?

O quizá debía preguntarse qué le hacía creer que debiera haberlo hecho. Después de todo, Brock le había ofrecido su protección cuando ella no significaba nada para él, y el plan sólo incluía que viviera en su casa mientras él estuviera fuera.

Pero aunque todo eso fuera verdad, lo cierto era que Brock nunca se había mostrado frío y distante. Siempre la había tratado con respeto y consideración, como si verdaderamente le importara. La había presentado a sus amigos, había mandado a los cuerpos especiales para que cuidaran de ella, había cruzado el mundo para acudir cuando Allie nació.

¿Estaría más traumatizada por su infancia de lo que creía? ¿Habría confundido la amabilidad y generosidad de Brock por afecto y cariño?

Inconscientemente, había imaginado un futuro para los dos: un hogar, niños, una familia…; entre tanto, Brock ni siquiera se había planteado presentarla a su propia familia.

Mientras que ella lo amaba, quizá él no sentía por ella más que una simple atracción sexual, y esa posibilidad la aterrorizaba.

A su espalda, Brock se giró y posó la mano sobre su cadera. Jesse se sobresaltó.

—Sé que estás despierta —dijo con dulzura—. Y sé que estás disgustada, pero tienes que creer que el que no te haya hablado de mi familia tiene que ver conmigo y no contigo.

—¿Eso debería hacerme sentir mejor? —susurró ella en la oscuridad—. Me has mantenido al margen de una parte sustancial de tu vida, así que, o bien no soy lo bastante importante como para presentarme, o no confías en mí. No sé cuál de las dos posibilidades es peor.

—Ninguna es verdad. Te advertí que te decepcionaría.

Ese comentario enfureció a Jesse, que se incorporó de un salto y se giró hacia él.

—¡Eso no es más que una excusa! ¿No te das cuenta de que sé que estás sufriendo? ¿Crees que me da lo mismo? Si tanto te importa decepcionarme, háblame, explícame por qué te has distanciado de tu familia cuando es obvio que los adoras.

—Porque el dolor es mayor cuanto más queremos a alguien —

Brock se giró sobre la espalda y contempló el techo—. Pero no soy lo bastante fuerte como para haberme separado por su bien. Me fui porque no podía soportar que me miraran con desprecio.

—El pasado ha quedado atrás. Hoy sólo había amor en sus miradas.

—Puede que sí —Brock se sentó y apoyó la espalda en el cabecero con expresión de enfado—. Pero ¿qué sabes tú si nunca has tenido una familia en la que hubiera amor?

La acritud de aquel comentario golpeó a Jesse como un puñetazo en la mandíbula. Aunque el dolor la atravesó, se dio cuenta de que ése no era el estilo habitual de Brock, e hizo lo posible por ignorarlo. Después de todo, se había casado con un hombre de la Armada y no debía extrañarle que la atacara. Normalmente, mostraba su faceta de guerrero protector, pero en aquella ocasión la había dejado a un lado y, como cualquier animal herido, el sufrimiento le volvía agresivo.

Ofuscado por el pasado, herido recientemente en cuerpo y alma, había pasado por momentos difíciles y la aparición de su familia le había perturbado.

Jesse no sabía cómo reaccionar, pero tenía claro que se encontraba en medio de una batalla de vida o muerte. El futuro de su matrimonio pendía del resultado de aquella confrontación. Mientras Brock no pudiera dejar el pasado atrás, no habría futuro para ellos.

Decidida a recuperar el terreno que había perdido, alzó la barbilla y se cruzó de brazos.

—Tienes razón, no sé nada de familias que se quieren, por eso mismo reconozco una cuando la veo. Y te aseguro que hay sentimientos peores que el desprecio. El desinterés, por ejemplo, o el abandono. De eso sí que sé mucho —se echó el cabello hacia atrás y continuó—: Puede que esté equivocada. Quizá el problema no está en ti, sino en tu familia. ¿Qué te hicieron? ¿Tanto te hirieron que no puedes perdonarles?

—Estás diciendo tonterías. Te dije que maté a la mujer que amaba.

Jesse suspiró con impaciencia y siguió presionándole.

—¿Amas a tu familia?

—Por supuesto —dijo él, malhumorado.

—¿Si hubiera sido uno de tus hermanos quien condujera el coche, le habrías culpado?

Brock frunció el ceño.

—Por supuesto que no.

—Y sin embargo estás convencido de que ellos sí te consideran responsable.

—Alex desde luego —estalló Brock como si llevara años con esas palabras atrapadas en el pecho—. Le oí decirlo en el hospital mientras yacía semiinconsciente. Estaba indignado con mi estupidez por haber conducido en aquella circunstancias y por haber dejado que Sherry me convenciera.

—Brock, también él estaba bajo el impacto de lo sucedido —Jesse respiró hondo—. Dices que le oíste decirlo. ¿Llegaste a hablar de ello alguna vez con él?

Brock le lanzó una mirada iracunda.

—Me bastó con oírlo una vez.

Jesse se sentó en la cama con las piernas dobladas bajo el trasero para mirar a Brock de frente.

—No puedes considerarlo responsable de lo que dijo en un momento tan angustioso. Acababa de perder a una amiga y había estado a punto de perderte a ti. Tanta emoción necesita una válvula de escape —Jesse posó suavemente la mano en la rodilla de Brock, que estaba cubierta por la sábana—. Debía de estar aterrorizado y aliviado a un tiempo, y seguro que, en cierta medida, hasta se sentía culpable.

—¿Te importaría dejar el tema? —Brock se cubrió los ojos con el antebrazo—. Pasó hace años y ya no tiene importancia.

—No puedo dejarlo porque sí es importante y tú no consigues olvidarlo. Fue espantosamente trágico, pero fue un accidente.

Angustiada por su incapacidad para llegar al corazón de Brock, Jesse se levantó y caminó por la habitación.

—¿Todavía la amas? —tenía que preguntarlo—. ¿Por eso no puedes dejar atrás el pasado?

Brock soltó una cínica carcajada.

—¡Dios mío! ¡Eres inagotable! ¿Quieres saber la verdad? Ni siquiera recuerdo su cara.

Jesse percibió la desesperación en su tono.

—Han pasado dieciocho años —le recordó—. Es comprensible —de pronto creyó entender—. ¿Por eso has decidido dedicar tu vida a expiar ese suceso, para no olvidar?

—He pasado todo este tiempo en la Armada, te aseguro que no he tenido tiempo de expiar nada —replicó.

—Pero antes, estabas en la universidad y la dejaste para ingresar en la Armada. Cuidas de tus hombres como si fueran tu familia y sin embargo le has aislado de aquélla a la que amas. Para mí, eso es una forma de expiación.

—Te equivocas.

La rabia con la que Brock se expresó convenció a Jesse de que había dado en el clavo.

—Brock, eres el mejor hombre que conozco. Y por mucho que lo niegues, te culpabilizas por la muerte de Sherry. Subconscientemente, te has dedicado a compensar ese hecho. Pero si quieres creer en que hay una justicia universal en la que se puede compensar una vida por otra, no tienes más que mirar en el dormitorio del otro lado del pasillo. O bastaría con que me miraras. Tú me salvaste aquella noche en el Green Carter. Era joven y estaba sola. Cada vez que pienso que podía haber perdido a Allie me siento morir. Tú salvaste su vida y la mía. Ya no soy la chica sola y aterrorizada. Tengo trabajo, amigos, una niña preciosa y creo en mí misma. Tú me has dado todo eso, y por ello te estaré siempre agradecida —concluyó, mirando fijamente a Brock.

—No quiero tu gratitud, Jesse —dijo él.

—Allá tú, porque siempre la tendrás. Me has devuelto la vida. Gracias a que tú creíste en mí, he recuperado la autoestima. He dejado atrás mis inseguridades, así que sólo puedo estarte agradecida. Pero ése es sólo un sentimiento entre muchos. Te amo, Brock.

Aunque no sabía qué reacción esperaba, el silencio con el que Brock acogió sus palabras la inquietó. Su corazón se aceleró. Tragó saliva. Quizá se había equivocado.

—Di algo —dijo con voz trémula—. Hoy has dicho que te gustaba pasar tiempo con tu mujer y con tu hija —por la manera en la que la había mirado al decirlo, Jesse había creído entender que le enviaba un mensaje cifrado.

Su pecho se llenó de aprensión mientras esperaba una respuesta. Brock la miró con expresión distante.

—¿Qué debía haber dicho, que estoy atado a una desconocida que no sabe cuándo marcharse?

Capítulo Trece

Brock habría querido tragarse sus palabras. Vio que Jesse palidecía, la observó asimilar el golpe y sintió su dolor como si fuera propio.

La amaba. La revelación lo dejó sin aliento. Por más que había intentado mantenerse distante, por más que se había dicho que Jesse merecía a alguien mejor, no era capaz de controlar su destino.

Amaba a Jesse. Y acababa de decirle que no significaba nada para él.

Evidentemente herida, Jesse se alejó de la cama.

—Jesse, lo siento —Brock se sentó y, al golpear el pie en el suelo, un intenso dolor le recorrió la pierna, ignorándolo, se puso en pie—. No quería decir eso.

Ella se limitó a sacudir la cabeza mientras retrocedía paso a paso. Al llegar a la cómoda, sacó violentamente unos vaqueros y un jersey, se los puso y fue hacia la puerta.

El pánico se adueñó de Brock al darse cuenta de que se marchaba. No del dormitorio, sino de la casa, de él.

Fue hacia ella, pero Jesse aceleró el paso. Cojeando, Brock intentó darle alcance, pero para cuando llegó al pasillo, ella ya tenía a Allie en brazos, su bolsa de pañales en el hombro, y avanzaba hacia la puerta principal.

—Jesse, por favor, detente —la alcanzó y la atrapó contra la puerta—. No me dejes así —le susurró al oído—. Sabes que eso no es lo que pienso.

—Pero lo has dicho —dijo ella en tensión—, así que, en cierta medida, sí debes de pensarlo.

—No. Tú y Allie sois lo mejor que me ha pasado en la vida. Eso es lo único de lo que estoy seguro en este momento. Es sólo que…

Titubeó. No estaba acostumbrado a expresar sus inseguridades, pero o lo hacía o perdería la única esperanza de tener un futuro feliz. Sólo le salvaría una total honestidad.

—Has insistido en remover un pasado que constituye una gran herida en mi interior. Te has acercado demasiado a la verdad y he reaccionado atacándote.

—Sólo intentaba ayudar.

—Lo sé. Y mucho de lo que dices tiene sentido, pero no estaba

en disposición de escuchar. Son demasiadas cosas a la vez. Necesito que me des tiempo. Por favor, no te vayas.

—Tengo que marcharme. He luchado demasiado para llegar a este punto en mi vida —susurró Jesse con voz temblorosa—. No puedo volver a perder el respeto hacia mí misma, ni siquiera por ti.

—Jesse —a Brock se le rompió el corazón al ver el daño que le había hecho—. Por favor.

Aunque Jesse se relajó parcialmente, no se volvió.

—Tienes mucho en que pensar. Tu futuro en la Armada, el pasado, nosotros. Tómate el tiempo que necesites. Entonces, hablaremos.

Abrió la puerta y Brock no tuvo más remedio que dejarle marchar. No recordaba un instante tan difícil en su vida como el de verla alejarse.

Jesse se detuvo brevemente.

—Reflexiona mucho, Brock, porque si no puedes dejar el pasado atrás, si no eres capaz de darte cuenta de que la muerte de Sherry fue un doloroso suceso, la verdadera tragedia será que aquel accidente acabó tanto con su vida como con la tuya.

La cena de los domingos en casa de la abuela era una tradición que Brock recordaba desde antes de la muerte de sus padres. Después, Alex y él habían insistido en mantenerla como símbolo de la unión de la familia.

Brock subió las escaleras del porche y llamó a la puerta. A los pocos segundos, Ford salió a abrir. En cuanto vio a Brock, sonrió.

—Ya era hora —dijo, estrechándolo en un fuerte abrazo—. Tal y como pediste, estamos todos reunidos. Me he enterado de que te han destinado a Colorado, la central de los cuerpos especiales. Enhorabuena.

—Sí —Brock lo miró con suspicacia—. No habrás tenido tú nada que ver ello, ¿verdad?

—Cuando supe que el jefe se iba a retirar, me limité a mencionar que quizá estarías interesado en un trabajo en tierra firme, ahora que has formado una familia.

—Es un puesto de mucho prestigio —todas las ansiedades de Brock sobre su futuro en la Armada habían quedado disipadas—. Gracias.

—Te lo mereces —Ford le hizo pasar—. Voy a anunciar que has

llegado. Como siempre, estamos en la cocina. Estoy deseando que conozcas a mi mujer, Rachel, y a los mellizos.

Brock nunca había visto tanta gente en la cocina. Le presentaron a Rachel, a Samantha una vez más y a varios sobrinos. La abuela ocupaba la posición central en la mesa de madera.

Una mano se posó sobre el hombro de Brock. Al volverse, se encontró cara a cara con Alex, quien señaló el porche trasero con un gesto de la cabeza y dijo:

—Hablemos.

—Muy bien.

Brock le precedió. Quería retomar a su familia y el principal escollo que debía superar era la conversación que llevaba dieciocho años aplazando con su hermano.

Al llegar al porche, ambos se apoyaron en la barandilla desde la que se divisaba el jardín de rosas de la abuela.

—Espero que esta visita signifique que vas a volver a las reuniones de los domingos —dijo Alex.

—Eso depende de ti —comentó Brock.

—¿De mí? —Alex se volvió hacia él—. ¿Por qué?

Brock le contó lo que le había oído decir aquella noche en el hospital.

—Llevo todos estos años convencido de que me culpas del accidente. Dijiste que te había decepcionado por actuar irresponsablemente.

—Brock —Alex sacudió la cabeza—. Lo único que recuerdo de aquella noche es el horror de perder a Sherry y de creer que podíamos perderte a ti. Estaba aterrorizado, pero intentaba mantenerme tranquilo de cara a la abuela y a los chicos —se pasó la mano por el cabello—. Ahora recuerdo. Los demás se habían ido, tú estabas sedado y, de pronto, perdí la cabeza. Eras mi mejor amigo, y para una vez que me necesitabas verdaderamente, no podía hacer nada por ti. No era a ti a quien hablaba, sino a mí mismo —pasó un brazo por los hombros de Brock y lo atrajo hacia sí hasta que sus cabezas se tocaron—. Lo siento. Nunca supe que me habías oído ni que creyeras que te atacaba.

—¡Soy un estúpido! —Brock se abrazó a él y al instante sintió que se le quitaba un enorme peso de encima—. Jesse tenía razón.

—¿Por qué no lo hablaste conmigo? —preguntó Alex, dando un paso atrás—. Sabía que te culpabas del accidente, pero no se me había ocurrido que creyeras que yo te consideraba culpable. ¿Por

eso te enrolaste en la Armada?

Brock asintió.

—No podía soportar haber perdido a Sherry y tu respeto.

—Pero han pasado dieciocho años, Brock. Podías haber intentado hablar conmigo.

Brock se encogió de hombros.

—No he sido capaz. Según Jesse, llevó todo este tiempo intentado expiar mis culpas.

—Eso suena a que os habéis peleado. ¿Es ésa la razón de que nos hayas convocado a todos?

Brock carraspeó.

—Algo así. Necesito que la familia me haga un favor.

Jesse recorría la pequeña habitación de invitados de Emily arriba y abajo. Allie dormía plácidamente en su cuna.

No comprendía por qué echaba tanto de menos a Brock si en realidad habían pasado más tiempo separados que juntos. Pero cuando pensaba en todas las cartas que se habían escrito durante su ausencia, se daba cuenta de que ésa era la razón de su nostalgia. Brock y ella habían sido amigos antes que amantes. Así que su dolor era doble: echaba de menos al amigo y añoraba al amante.

Aun así, todavía oía el eco de su voz refiriéndose a ella como una «desconocida» y el dolor la atravesaba.

Aunque se hubiera disculpado al instante, aunque ella supiera que no quería herirla como lo hizo, aunque unas palabras no pudieran borrar los actos de más de dos años, la realidad era que Jesse había sufrido demasiado durante su infancia sintiéndose una extraña, y que aquellas palabras la habían destrozado.

Apenas había podido dormir y, de forma irracional, había ansiado que Brock se presentara por la mañana en casa de Emily para suplicarle que lo perdonara y que volviera con él a casa. Pero sabía que ésa no era la solución. No quería una reacción visceral y precipitada, sino que Brock decidiera comprometerse compartir un futuro juntos.

Ella sólo lo quería en su vida si eso era lo que Brock deseaba sinceramente. No estaba dispuesta a ser otra más de las responsabilidades que asumía por sentido del deber.

Llamaron a la puerta. Emily. Su amiga le había abierto la puerta de su casa sin hacer preguntas, dejándole tiempo para pensar y

llorar. De hecho, había tenido un comportamiento muy poco característico en ella. Jesse se obligó a sonreír para recibirla y fue a abrir la puerta.

—Emily… Brock.

Su marido la miraba desde el rellano de la escalera y Jesse tuvo que reprimir una sonrisa de alegría.

—Jesse, ¿puedo pasar?

—¡Brock! ¿Por qué te has molestado en subir las escaleras? Podía haber bajado yo.

—Tenía que venir a por ti —dijo él con dulzura al tiempo que la tomaba por el codo y entraba con ella en la habitación antes de abrazarla—. Te he echado de menos esta noche.

Jesse tuvo que pestañear para contener las lágrimas.

—Yo también a ti —dijo, titubeante.

Brock la soltó y se inclinó sobre la cuna para acariciar la mejilla de Allie.

—Os he echado de menos a las dos —alzó la mirada hacia Jesse—. La adoro, Jesse. Es mi hija ante la ley y en mi corazón.

Jesse asintió. Sabía que Brock era sincero. El romance entre él y Allie había empezado incluso antes de que la niña naciera.

—Lo primero de todo —continuó él—, quiero pedirte disculpas por decir lo que te dije.

—Anoche ya te disculpaste —dijo ella, cruzándose de brazos.

—Lo sé, pero no quiero que pienses que creía nada de lo que dije. Estaba enfadado y quería hacerte daño. Te juro por lo más sagrado que jamás volveré a utilizar tu pasado como un arma contra ti.

Jesse sabía que una promesa de Brock era inquebrantable, pero prefería mantenerse cautelosa.

—No podría soportar volver a sentirme excluida —dijo con firmeza.

Brock fue hacia ella y le tomó el rostro entre las manos.

—Me enrolé en la Armada para salvar vidas. Al final, el que se salvó fui yo. La Armada me proporcionó una razón de vivir y un refugio cuando decidí abandonar a mi familia. Ahora me ha proporcionado a mi alma gemela: tú.

—¡Oh, Brock!

—Cuando te conocí sólo vivía para trabajar. Había olvidado lo que era tener alguien con quien compartir mi tiempo. Te dejé vivir en mi casa, pero tú me devolviste un hogar. Tus cartas y tus correos

me devolvieron a la vida. Te amo, Jesse. Anoche no me diste tiempo a decírtelo. Hoy, si tú me dejas, quiero que sea el primer día de nuestra vida juntos.

—¡Oh, Brock!

—No haces más que repetir mi nombre. ¿Quiere eso decir que me aceptas?

Jesse suspiró esperanzada. Sentía que su corazón iba a estallar de júbilo.

—¿Estás seguro? —preguntó, temblando de emoción.

—Desde luego que sí. Mi instinto lo sabe hace tiempo, pero mi cabeza y mi orgullo insistían en que te merecías algo mejor que este maltrecho marinero.

—¡No digas eso! Eres el hombre más vital que conozco.

—Parece que la Armada coincide contigo, porque me han destinado a Colorado, así que no tendré que separarme de vosotras.

Todo parecía tan perfecto que Jesse no sabía si creerlo. Pero sabía que Brock no mentía y en sus ojos sólo veía amor y sinceridad. Le rodeó el cuello y lo abrazó.

—¡Eso es maravilloso! ¿Cuándo te lo han dicho?

—Esta mañana. Aunque es domingo, mis superiores sabían que estaba ansioso por saber qué destino me asignaban y me han llamado a casa para decírmelo.

—¿Ya no tendrás que ir de maniobras?

—No. Y hoy me he reconciliado con Alex. Mi día sería perfecto si accedieras a casarte conmigo de verdad.

—¡Oh, Brock!

—¡Otra vez mi nombre! —Brock la besó. Luego la empujó suavemente hacia la ventana—. Por si no lograba convencerte, tengo otra sorpresa para ti.

Jesse se detuvo y, girándose hacia él, lo abrazó.

—No necesito más sorpresas, Brock. Te amo y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—¡Ya era hora de que lo dijeras! —dijo él con otro beso.

—¿Cuál es la sorpresa? —preguntó entonces ella.

Brock señaló hacia la ventana. Jesse se acercó y miró al jardín. Allí se reunían numerosas personas, entre las que reconoció a Emily y Jake, a la abuela de Brock, a Alex, a Rick y su hermano gemelo. Había Sullivans por todas partes, mayores y pequeños, riendo y tomando helado.

—¡Tu familia! —exclamó ella, maravillada—. ¡Han venido

contigo!

—Nuestra familia —le corrigió él—. Han venido por ti. Ahora eres uno de los nuestros.

—¡Oh, Brock!

Fin